

—¡A ver si sopláis pa otro lao, que caen aquí las chispas! No váis a adelantar ná, porque yo el fuego lo apago a estacazos. ¡Rediez!

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL

Un golpe de remo más y llegará a la deseada orilla que supone para Vd. la vida.

Si Vd. está inapetente y todos los medios que ha puesto en práctica para recuperar las ganas de comer le han resultado inútiles, no olvide que una copa de

"HESPERIDINA BAGLEY"

antes de cada comida, es la devolución de la salud perdida: es la deseada orilla que supone para Vd. la vida.



FRAY MOCHO

Año IX — Buenos Aires, 27 de enero de 1920 — Núm. 405

Semejanzas y desemejanzas periodísticas entre Norte y Sud América

Que un periodista dé una conferencia, nada tiene de particular. Pero que un argentino, miembro de la prensa y, por añadidura, director de un gran diario, diserte victoriosamente en inglés ante un selecto público de habla británica, sobre tema tan interesante como las características del periodismo en ambas Américas, ya no es cosa común. El autor de la proeza es don Jorge A. Mitre, director de "La Nación", y el teatro de su hazaña, el "American Club", cuyos miembros tributaron al brillante "speaker" muy merecidos aplausos, ya que su reciente viaje a Estados Unidos le habilitaba de manera muy especial para ocuparse con todo acierto de los progresos periodísticos de la gran república del norte.

Para el señor Mitre, mientras la mayoría de los diarios estadunidenses, sin descuidar la exactitud e importancia de las noticias, emplean al presentarlas el sistema calificado ya hace 50 años de sensacional, los colegas sudamericanos, por el contrario, se conservan fieles al método vetusto de no ayudar al lector con encabezamientos llamativos que le permitan encontrar con rapidez la novedad que busca.

"En cuanto a mi propio criterio al respecto—añadió— basta una ojeada a "La Nación" para comprenderlo".

Y luego al referirse a otros aspectos menos desemejantes de la comparación, tales como el propósito común de reflejar el movimiento del mundo, utilizando las mismas grandes agencias universales; y el no menos característico de localizar las noticias, seleccionando cada corresponsal lo que debe enviar primero, pasó el conferenciante a ocuparse con cierta amplitud de los ideales de ambas prensas, hallándolos substancialmente idénticos en el fondo, dado que una y otra alientan, o deben alentar las mismas aspiraciones de orden moral.

"Un periódico sin ideales—traducimos algo libremente—es una cosa sin alma..."

Finalmente, aludió por ahí a la "plancha" del "Mafalda", el hermoso trasatlántico naufragado... en olas de papel y mares de tinta hace pocas semanas, provocando el excelente rasgo una tempestad de risas, sobre todo por lo oportuno de la frase, en medio de un arranque entusiasta sobre las maravillas de la información telegráfica general de nuestros diarios.

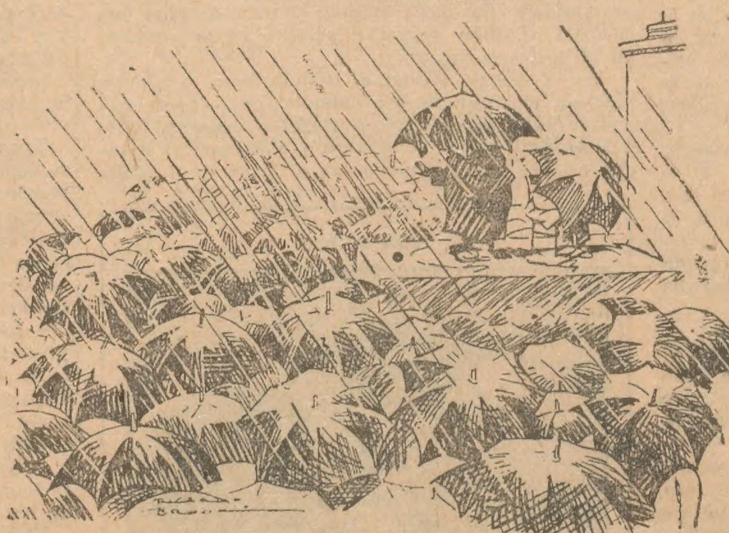
Luego dijo:

En las veinticuatro horas del día, aquí como allá, no cesa el diluvio de cablegramas en la redacción de un gran cotidiano, consistiendo la diferencia en que, al revés de lo que se hace en Estados Unidos, donde se distribuyen en tres, cuatro y aun seis ediciones, aquí se agrupan generalmente en una sola, pero tan amplia y espaciosa como las cinco o seis de allá."

Es posible que esta última afirmación sólo se refiera a los diarios matutinos, en cuyo caso no habría nada que decir. No sería lo mismo si también se incluyera a los de la tarde, pues no faltan al respecto, ejemplos de ediciones repetidas, siendo bien notorio el espécimen de "La Razón".

De todos modos, esto en manera alguna atenúa el mérito del trabajo del señor Mitre, ni disminuye el calor de los aplausos con que justicieramente saludó el auditorio del "American Club" al ameno y espiritual conferencista, a quien, también nosotros, felicitamos.

ASAMBLEA AL AIRE LIBRE



—Los que estén de acuerdo con esta proposición ¡levanten los paraguas!

La voz del caminante

...Y el viejo caminante, que esperaba la hora
de la muerte, de pronto, dijo con voz sonora:
Sigue esta norma siempre, haciendo que tu vida
no sea tan monótona, y el dolor de tu herida
se disipe cual eco de una orquesta lejana,
o como el son pesado de una vieja campana!
Recoge las ternuras de labios como rosas,
que enciendan tus quimeras, que digan muchas cosas;
inspírate en las horas de íntimos agravios,
en las rosas sangrientas como si fueran labios;
y de tus adversarios, para cada murmullo,
levanta siempre en alto las alas de tu orgullo;
que se agiten radiantes al proseguir tus huellas,
como una mar dormida bajo un millón de estrellas.
Adora al sol potente de llamas tembladoras,
que disipa las noches y enciende las auroras;
que sobre todo ríe—fuente de luz y calma—
y al corazón penetra por las puertas del alma!
Desata tus furores en contra la perfidia
del que te arroje el dardo punzante de la envidia,
y sigue tu sendero, amando la belleza,
cantando tus poemas a la naturaleza,
señor de la quimera, que despliegas las alas
entre la sombra inmensa de aquellas almas malas!
sigue esta senda, sigue, y harás tu vida entera
como un jardín hermoso que besa Primavera;
y frente a la canalla de indómitos furores
deshoja tus canciones como si fueran flores!

. . . .

Y se fué el caminante con su dolor profundo,
llevando en el cerebro todo el peso del mundo!

Félix B. VISILLAC.

El mismo fraile...

Desde luego que las alforjas son diferentes. Tal es el caso de la estoica provincia de Catamarca, recientemente librada de las garras de la oligarquía por una intervención nacional a paladar del altísimo de la calle Brasil.

El nepotismo era moneda corriente en los tiempos del régimen. Si la familia Z, se atrincheraba en el presupuesto, comía hasta el primo de un primo muy lejano del... jefe de policía, para no meternos con la parentela del gobernador. Ahora, con los radicales en el comedero, tanto en Catamarca como en Entre Ríos se cuecen habas. En Catamarca, la Benjamina de las provincias apostolizadas, la familia Acuña acaba de echar tan hondas raíces en el humus burocrático que... que toda ella está ubicada. Y tenemos: un Acuña, director de rentas; otro Acuña, presidente del departamento de irrigación; un tercer Acuña, hermano del primero y primo del segundo, inspector general de... de patentes; un cuarto Acuña, tío de los anteriores, vocal del consejo de educación. (Siguen los Acuña). Total de Acuñas injertados: 15.

En rueda de cotorras

. . . .

—Se dulcifica, Fulana.

—No, Mengana: se amansa...

—¡Jesús! Ustedes. las del régimen, son lo más deslenguadas. Para mí, nuestro querido Hipólito se dulcifica.

—Modos de ver, María del Parque. Para mí; como dice Fulana, el apóstol se amansa. Ya no es el matrero del primer día de plebiscitamiento. Ya no tira al monte de Micheo ni se asusta de la orquesta del Colón. Yo me alegro, che. Me agrada un presidente así como lo veo hoy, más sociable, más humano, más... ¿cómo te diré?... más argentino.

—¡Ave María Purísima! ¡Jesús, qué horror!

—Y ahora, hasta me resulta algo simpático este otro Hipólito, María del Parque, este Hipólito que acaba de dar su grito de Ipiranga al independizarse de los callos y de los besugos, de las paellas y de las morronadas del hotel de cierto peninsular de la Avenida de Mayo, para elevar una pica en el Flandes del Plaza Hotel, todo buen gusto y todo distinción. ¿No es así, María del Parque?

—La influencia de los "galeritas"...

—¡Ojalá, María del Parque! Lo cierto es que ya rompió las cadenas que lo ataban a la cocina de su Jesusa, que se traslada al Micheo en el coche ferroviario presidencial, que...

—¿Qué más, oligarca?

—Que ya no es espiritista...

UNA REVANCHA

por Martiniano LEGUIZAMON

Era un astuto. "Ypirá el cuymbaé"—afirmaban sus camaradas con expresivo símil del lenguaje vernáculo para celebrar su sagacidad.—¡Escurridizo como un pescado!

Mestizo de india y de español, corría mezclada en la sangre de sus venas la malicia sutil e hipócrita del charrúa con el brío soberbio y la gracia vivaz y hombruna del rudo soldado andaluz.

Se estrenó como hombre de presa sirviendo de sargento en la policía del villorio de Mandisobí, pero surgió rodeado de una aureola tan singular de fiereza, que su jefe, por pronta providencia, le hizo remachar una barra de grillos poniéndolo a buen recaudo en el calabozo.

El mocetón no se quejó del rigor con que se le castigaba: con la resignación altiva y fatalista de su raza, aguardaba tranquilo el término de la prisión, y cuando algún compañero le exageraba la gravedad de su delito, encogiéndose de hombros respondía desdeñoso:

—¡Bah! no hay lazo que no reviente, ni argolla que no se gaste...

Y para concluir la inoportuna conversación, cogía una guitarra y acercándose a los barrotes de la ventana del calabozo, como si estuviera ante la reja de su prenda, hacía brotar del instrumento una sarta de notas trémulas y alegres que acompañaba de algún picaresco cantar.

En el pecho de aquel ser no anidaba la pena.

Y, bien mirado, su caso tenía atenuantes, pero él no quería defenderse porque la súplica era cosa que no se avenía con su temperamento hecho para el empuje y la violencia, ni concebía tal vez la clemencia su tenebroso cerebro de revoltoso.

—Pero... ¿se le habría ido en realidad la mano, como decían...? ¡Oh! ¿Y acaso otros se dejaron agarrar del garrón como borregos...? ¿Pa qué me mandó entonces el jefe que no les mesquinase fierro?—respondía a las observaciones; y, más bien con el propósito de poner de relieve el siniestro suceso, que para justificarse, contaba los menudos detalles del hecho brutal.

Una gavilla de gauchos alzados tenía aterrorizados a los pobladores de las estancias del distrito con todo género de fechorías. El jefe le había llamado un día para decirle:—"Elegí gente de confianza y tráime esos bandidos, vivos o muertos, pero no te presentes sin ellos".

El sargento escogió cuatro hombres de su laya y partió a desempeñar la comisión.

De qué medios se valió para rastrear y sorprender a semejantes desalmados en sus escondrijos selváticos, son puntos obscuros que la tradición no ha conservado. Pero lo cierto fué, que una tarde a la puesta del sol apareció en el villorrio con su gente, custodiando una carretilla donde venían varios cadáveres. ¡Era la gavilla entera!

Como no quisieran rendirse los había peleado, reduciéndolos por la fuerza a la suprema sumisión. La refriega, sin embargo, debió ser tremenda, porque los soldados y el mismo sargento mostraban profundos desgarrones en el cuerpo, como zarpazos de jaguareté.

La noticia produjo gran alboroto, y hasta el jefe por más que íntimamente se regocijara con la desaparición de los perdularios, que se habían cebado en las vaquillonas más gordas de su estancia y ensillaban los mejores caballos de sus tropillas, sin pedirle permiso, en presencia del hecho inaudito juzgó como la generalidad que "al sargento se le había ido la mano", y para salvar el respeto a la opinión que traducía pintorescamente con un "por el qué dirán", optó por engrillarlo dejando que el tiempo, ese gran perdonador de faltas, echara sombras de olvido sobre el bárbaro suceso.

El preso, entretanto, no olvidaba; por más que desimulara el agravio, espiaba la primera ocasión propicia para tentar la revancha, y una noche, mientras sus guardianes estaban entregados a las emociones de una jugada de naipes, atropelló al centinela con el macho de los grillos que se había limado y de un solo golpe lo dejó tendido.

Luego ganó la calle perdiéndose en las sombras.

Al conocer la fuga, el jefe, exasperado, ordenó montar a caballo sin pérdida de tiempo, emprendiendo personalmente la persecución. Aquella burla hería su amor propio y menoscababa su autoridad. Había que volver por el crédito.

—¡No te me has de ir!—repetía nervioso dilatando en las tinieblas las pupilas como el felino, mientras marchaba a gran galope siguiendo sobre el campo entenebrecido el rumbo del fugitivo.

El cálculo no falló. Con las primeras luces de la madrugada divisaron a lo lejos, entre la vaga bruma, a un jinete que apurando el montado trataba de llegar a las rinconadas montuosas de la costa.

—¿No dije? Allá va — exclamó alegre, y añadió en seguida con esa maravillosa certidumbre del campero que jamás yerra el pronóstico. — El pingo está aplastao; va taloniando... ¡No le vamo a dar tiempo pa ganar la madriguera!...

Y dando las órdenes oportunas, la emocionante cacería empezó.

Abierto en forma de enorme abanico, con la vista fija en aquel punto movedizo que se alejaba como una sombra veloz sobre el llano, los soldados clavaron los pinchos de las espuelas haciendo dar un salto a sus cabalgaduras y avanzaron a media rienda.

La campiña lisa, sin arboledas ni poblaciones, permitía abarcar el amplio escenario que recortaba al fondo la mancha azulada de las costas del Mandisobí. Hacia la izquierda avanzaba la curva verdegueante de una isleta de sauces indicando la proximidad de algún arroyo; y a la derecha una cuchilla dilataba su suave bombeo hasta perderse en el horizonte lejano.

Con el cuerpo encogido, echado hacia adelante, rozando el pescuezo del animal para ofrecer menos resistencia al aire, el fugitivo cruzaba bajos y lomadas huyendo semejante a una inquieta mancha gris en que se confundían el jinete y el bruto.

VIDA SOCIAL



El turista, en peligro de caer a un precipicio.—Le advierto, señora que si usted me salva la vida con el propósito de casarse conmigo... es mejor que suelte.

Pero el monte estaba todavía lejos; el caballo hostigado, enloquecido por aquella carrera desesperada, aplanaba las orejas tembloroso, estirándose en el último esfuerzo y empezaba a perder terreno.

—Le va tapando la marca — decían los soldados viendo la frecuencia con que lo castigaba.

La distancia se acortaba cada vez más. Los contornos del perseguido se acusaron netamente en la luz de la mañana.

De pronto sofrenó con un brusco tirón de riendas alzándose en los estribos y giró la mirada en derredor.

El grupo de los perseguidores espoloneando recio estrechó el varillaje del moviente abanico, y en el silencio de la campiña resonó el ulular irónico de los que ya lo creían en sus garras. El jefe, cortado adelante, levantaba en alto las certeras boleadoras...

Fué un momento de ansiosa hesitación. El cuadro de la cárcel sin luz con el peso de los grillos que iban a privarle de nuevo el movimiento, quién sabe por cuánto tiempo, la muerte quizá, debió cruzar ante su mirada chispeante de cólera rebelde. Y aquella naturaleza nutrida con aire de pampa y efluvios de sol que llameaba en los gramillales, sintióse invadida por la nostalgia del campo abierto; las emociones de la libre aventura le sacudieron con férvidas ansias; ese amor a la querencia, que ellos no saben definir, pero que compendia sus hoscos cariños, le trajo la riente visión de los recuerdos del pago, las ternuras del ranchito oculto como un nido allá entre las umbrosas enramadas del bosque nativo, y, sin poderlo evitar, sintió hinchársele el pecho con un rugido de rabia y dolor.

Pero en breve se serenó; el instinto, la astucia atávica que regaba sus arterias de sangre brava, le confortó el corazón en el duro trance, haciéndole recordar lo que era, gaucho criado retozando con el peligro como los potros chúcaros y los toros montaraces; e irguiendo la cabeza melenuda le vieron abandonar asombrados el rumbo del monte, volver riendas a la derecha, repechar la cuchilla y desaparecer...

Cuando los perseguidores coronaron la lomada sólo vieron en el plano del bajío un ranchejo solitario junto a las barrancas de un profundo zanjón. ¡El fugitivo había desaparecido!

Creyéndolo refugiado en la casa, dispuesto a resistir, se acercaron prevenidos. La puerta de la habitación estaba abierta; bajo la ramada de multa y mataojo se veía el fogón encendido; en una caldera ahumada se calentaba el agua para cebar mate, y a la orilla del rescoldo, pendiente de un asador, colgaba un trozo de costillar.

—Ave María—dijo el jefe—apoyando la mano en la culata de la pistola que traía al cinto, con la vista clavada en la puerta, sin pestañear.

Transcurrió un minuto. Una morocha apareció y recostándose en el marco de la puerta contestó al saludo y se quedó inmóvil en una actitud de inocencia y abandono, como si todo aquello le fuera indiferente. Pero al ser interrogada, bajó los párpados al suelo y con medias palabras, restregándose los dedos para sacarse las mentiras según la costumbre campera, empezó a contar:

—Hace un ratito nomá se allegó un forastero juyendo... y sin decirme nadita... montó el caballo que estaba a soga contra ese maisal... y disparó...

—¿Pa qué lao?

—Pa el monte... po entre el sanjón del arroyo...

—Mesmo. Aquí está el rosillo qu'él montaba. ¡Se le sentó al otro y se hiso humo!—gritó riendo uno de los soldados desde atrás de la casa.

El hecho era verosímil. Un caballo no falta nunca en el más miserable rancho. ¿Lo había visto entonces desde la lomada el fugitivo y con su baquía y astucia gaucha abarcó de golpe la escena y cambió la estratagema aprovechando aquel accidente del terreno?

Así debía ser, sin duda alguna. Sonrióse el jefe comprendiendo la treta audaz. Ahora se explicaba aquel repentino cambio de dirección que hacía imposible la escapatoria. ¡Le habían ganado la jugada por segunda vez, a él, aguará viejo, sogueado en más de una correría...!

La muchacha permanecía apoyada en la puerta del rancho mirando sin curiosidad, con aire indolente. Sus ojos gauchones, negros, profundos, ojos de amor; sus mejillas tostadas de color de bronce; su boca grande, graciosa, de labios carnudos y rojos como flores de ceibo; su cuerpo turgente, de senos duros, tenía el hechizo de la belleza agreste.

—"Etymá poráng la cuñataí!"—exclamó entusiasmado uno de los del grupo haciendo el elogio de la linda chinita con una perífrasis sensual a lo bruto.

—No ha d'ir lejos; síganle el rastro. Yo viá componer el recao mientras esta güena mosa me convida con un cimarrón... Aurita los alcanso,—dijo entonces el jefe procurando disimular el pensamiento que, como una llamarada de deseo, le cruzó el cráneo.

Bordando comentarios diversos sobre el incidente que daría pábulo por mucho tiempo a los sabrosos relatos del fogón, sin preocuparse ya del fugitivo a quien suponía lejos, pues iba montado en un caballo de refresco, alegres, al contrario, con la hazaña del mozo, gaucho al fin, como todos ellos, que hacía honor a la casta, los soldados pusieron al paso las cabalgaduras y poco a poco se fueron internando bajo las arboledas que sombreaban las márgenes del arroyo.

Al sentirlos llegar los chajases volaron alerteando; un estremecimiento súbito alborotó las maciegas de totora y paja brava, y una nube multicolor de garzas, mirasoles, gallinetas y ciriríes se levantó dando agudos silbidos, mientras en el claro del agua un casal de macás con las crías sobre el lomo se alejaba nadando lentamente.

Hizo bulla uno de los soldados para espantarlos, y las aves ariscas dando una rápida zambullida desaparecieron tras un recodo del cauce.

—Mirá, arteros pa esconderse, lo mismo qu'el sargento—observó el que los había espantado.

—Lo vamo agarrá, si al jefe no se l'escapa ¡a la fija! — le retrucó otro con amplia risotada de burla.

Y desmontando al pie de un birará sacó del tirador los avíos de fumar, picó calmosamente el naco

COMPASION



—¡Pobre hombre! ¿Cómo hacía para rascarse?

y armó un cigarrillo; dió en seguida fuego al yesquero y encendió; después lanzando lentas bocanadas de humo permaneció recostado en el caballo, caídos los brazos con indolencia y la mirada semidormida, fija en las espesuras ribereñas...

En el rancho reinaba profundo silencio. Bajo la dorada luz que vibraba en la atmósfera serena todo parecía aletargado por ese sopor de la naturaleza en reposo, cuando el sol fecunda con el largo beso de sus rayos ardientes.

Sólo de tarde en tarde, un blanco penacho de humo que ascendía flotando sobre la pajiza techumbre denotaba la presencia de los moradores.

Transcurrieron largos minutos de quietud.

Al pronto, por entre las verdes matas del maizal asomaron dos pupilas renegridas atisbando.

Luego el cuerpo del fugitivo se destacó avanzando despacio, con ese andar cauteloso del digitígrado en dirección al caballo del jefe—un soberbio pangaré de remos nerviosos y finos y el pelaje lustroso como cuero de guazubirá, — le desprendió la manea y lo contempló sonriendo gozoso.

¡Oh, con semejante flete y las madrigueras del monte que él conocía, no había cuidado, no, de que le echaran las garras! El pangaré relinchó inquieto haciendo sonar la pontezuela de plata del freno, mientras el fugitivo sin pisar el estribo le cazó las cerdas de la cruz y de un salto rápido se le enhorquetó, y poniéndole al paso, tranquilamente, seguro ya de su destino, se escurrió por el bajío de la cuchilla.

Los trineos de los Vosgos

Una de las regiones de Europa en que mayor importancia tiene la explotación de los bosques, es la de los Vosgos. Allí, los leñadores construyen verdaderas sociedades, que viven consagradas a la corta de árboles, a veces en parajes alejados hasta de las más pequeñas poblaciones y de los últimos caminos de herradura. La mayor dificultad con que estas gentes tropiezan en su industria, es el transporte de la madera hasta sitios accesibles a los carros, y para resolver este problema se ven obligados a recurrir a los "schlitters", obreros cuyo nombre procede del verbo "schlitter", transportar en schlittes, que es como llaman en Alsacia a los trineos. Este procedimiento de transporte exige ante todo la construcción de una vía o camino especial. Antes de que se crearan las magníficas carreteras forestales que hoy cruzan en todos los sentidos aquellas montañas, la construcción de las vías de schlitte era cosa difícil y lenta; pero ahora son pocos los caminos de esta clase que exceden de una legua de longitud.

Un camino de schlitte no es cosa que sepa hacer todo el mundo. Tiene que tener la inclinación suficiente para que el trineo se deslice por sí solo, y no ser, sin embargo, tan pendiente que la carga se precipite innecesariamente. Además, debe adaptarse a la configuración del terreno, salvar los precipicios, lanzarse sobre los torrentes. Forman este camino numerosas traviesas, regularmente espaciadas, fijas sobre dos líneas de troncos dispuestas paralelamente como los carriles de una vía férrea. Diríase una escala sin fin serpenteando por las vertientes de la montaña. Cuando la vía se apoya directamente en el suelo, la cosa es sencilla; pero cuando hay que cruzar un barranco o un torrente, crecen las dificultades, pues hay que construir pies derechos, arcos y andamiajes que sostengan el camino de traviesas en el aire. En la Lorena llaman a estas vías "raftons", y en la Alsacia "schlittwege".

El schlitteur se hace su propio camino y se hace también su vehículo. Este es un trineo ligero y sólido a la vez, como hace falta tratándose de un vehículo que ha de sostener grandes pesos y que, sin embargo, hay que subir a brazo a lo alto de las montañas. Generalmente está hecho de madera de fresno y de arce. A los patines del trineo, por debajo, se le ponen unas zapatillas o láminas muy delgadas, también de madera, en forma que puedan cambiarse fácilmente cuando se estropean; porque, a pesar de la precaución que se toma de engrasarlas en cada viaje, se desgastan rápidamente con el roce.

Cuando los schlittes bajan cargados, sus conductores van delante recostados sobre la carga, fuertemente asidos al trineo, pero con los pies libres para dirigir, apoyándolos sobre las traviesas, la marcha del vehículo, y moderar su velocidad, que naturalmente tiende a acelerarse.

El conductor a quien le flaquean un instante las rodillas o se le engancha un pie en una traviesa, es hombre perdido; un resbalón, un paso en falso, pueden significar la muerte. El peso del trineo cargado derriba al infeliz y lo aprisiona brutalmente contra las traviesas... Algunos días después, una tosca cruz de madera, junto a la cual vienen a llorar una mujer y unos niños famélicos, marca el sitio del accidente, sitio que los demás schlitteurs miran desde entonces como de mal agüero.

Banquete interrumpido

El dux de Génova Antonio Adorno se fugó durante un motín, y los genoveses eligieron en su lugar a Jacobo Fregoso. Arrepentido Adorno de su cobarde fuga volvió a entrar en Génova con el mismo secreto que había salido, y sorprendió a Fregoso en el momento que iba a sentarse a la mesa, y le dijo:

—Habéis mandado preparar esta comida para vos, pero comeremos juntos y después os retiraréis a vuestra casa.

UN ALMA

por Sofía ESPÍNDOLA

Cuando Pepe Carrarez supo en el club que Anita Estévez, la joven autora teatral, se había casado, sufrió una violenta emoción que robó de golpe la legión de dichosas esperanzas que muy íntimamente había sabido acumular.

Lleno de ilusiones por la sonrisa alentadora de la talentosa colega, decidió abandonar el teatro durante un mes, hacer vida feliz de campesino despreocupado para tejer a solas, bajo la verde enramada de algún follaje tupido, el panorama sutil, compendio de sus más exquisitas realizaciones futuras...

Un mes de campo le haría meditar más gravemente para adquirir toda la seriedad de hombre casado. Y sonreía entre los alentadores proyectos, que elevaron su alma hasta mucho más allá del ensueño.

Cuando se despidió de Anita, le dijo quedamente:

—¿Podré esperar?

—Si Vd. se propone...—Y había sonreído con ese aire enigmático que dejaba traslucir los misterios románticos de esa alma exquisitamente sublime.

Y Pepe partió, pletórico el corazón de risueñas quimeras, muchas quizá irrealizables. Sin embargo, tenía cierta inquietud en su espíritu de artista. Ana era la joven mimada del Club Teatral. A su paso menudo y rápido, dejaba en cada corazón una inquietud por llegar y en cada mirada un ensueño dichoso por venir.

Cuatro autores de los más famosos por su posición y talento, se presentaron a rendir culto a esa tirana que sonreía a todos sin aceptar las ofrendas de ninguno. Pero ella muy dulcemente, discretamente, supo desviar insinuaciones y propuestas sonriendo siempre...

Mas Pepe se consolaba pensando, muy cuerdamente, que a él no lo había rechazado, que, por lo contrario, lo había alentado con su sonrisa de diosa.

Y cuando volvió, más feiz aún por el horizonte quimérico que los místicos jardines de su alma le habían hecho forjar, recibió la noticia inesperada que echó por tierra su castillo gigantesco en donde encerrara celoso sus más dichosas esperanzas.

—¡No te aflijas hombre!—habíale dicho su amigo y colega—No lo merece. Si hubiera escogido alguno de nosotros que podían competir con su talento... pero no; según han dicho, se ha casado con un miserable patán sin un adarme de inteligencia y con miles de cheques encima.

Pepe no quiso saber más. Necesitaba verla, decirle que por qué lo había abandonado, que por qué alentó las horas de espera... Y hasta la soberbia mansión se fué, repitiéndose siempre lo mismo, como un sonámbulo... como un inconsciente...

Cuando se halló frente a la joven, no supo que decirle. Recién ahora la reflexión imperó sabiamente. ¿Qué promesa le había dado ella? ¿Qué vanas esperanzas de su parte pudo hacerle forjar su imposible quimera?

Haciendo poderosos esfuerzos, pudo serenarse.

—Me han dicho que se ha casado Anita...

—No está mal informado, querido amigo.

Aunque estaba seguro de esa afirmación, cerró sus ojos embargado por un dolor superior a su voluntad. Es que en el fondo de su alma se hallaba aún latente el resto de esperanza marchita que le obligaba a aferrarse a la ilusión de un vano absurdo.

—¿Se puede saber quién es el feliz mortal? ¿Quién es el poseedor de tantos encantos?

Anita frunció el entrecejo. Luego murmuró mortificada:

—A nadie interesa...

En aquel momento se abrió la puerta, y un hombre bajo, excesivamente grueso, ridículamente tosco, se presentó confundido al ver al joven.

—Usted dispense... pero...

Anita se mordió los labios hasta hacerse daño. Los ojos, oscuros adquirieron el brillo amenazador de los soberanos ofendidos.

—¿No te he prohibido venir acá? ¡Vete!

El hombre huyó más bien, sin cuidarse de cerrar la puerta de la sala.

Pepe comprendió nítidamente el papel secundario que el otro representaba en la casa. El dinero más que el hombre fué la inclinación de esa alma que la creyó tan pura, tan exenta de prosaísmo...

—¿De modo que ese es su marido?

—Nerviosamente encendió un cigarro para aplacar sus nervios.

Anita, después de envolverlo con una mirada de ardiente despecho, habló tiránica:

—¿Sabe usted por qué no he escogido a ninguno de sus amigos por esposo? Porque todos son iguales o más inteligentes que yo... ¡y eso no lo tolero jamás! Quiero ser la reina absoluta de mi casa, la reina más grande, la más talentosa, la reina que no puede ni debe admitir objeciones que podían ofender su dignidad. ¡Oh! Yo odio a todos mis colegas, porque sé que son inteligentes y... ¡ya ve usted si podría vivir con alguno de ellos!

Comprendió Pepe, de golpe, el alma mezquina que sabía esconderse tras la tentadora sonrisa de hechicera. Fué una revelación inesperada que echó por tierra las quiméricas esperanzas de su cariño.

—¡Adiós, Anita! Nos veremos en el teatro...—dijo Pepe, sintiendo que con el velo que se había descubierto ante sus ojos, moría para siempre aquel amor que lo hubiera hecho tan infeliz y tan prosaico.

CUENTO VIEJO



—Nene, ¿quieres ir hasta el jardín a ver si llueve?
—Es lo que me dicen todos los novios de mi hermana. La tarifa es de veinte centavos.

La ciudad del hormigón

La capital de Méjico puede llamarse con razón la primera y la mayor ciudad de hormigón, pues en el espacio de cuatro siglos puede decirse que todos los edificios se han construído de hormigón.

Las construcciones de madera son tan raras que casi se consideran como curiosidades, y el ladrillo es casi tan escaso como la madera.

La situación especial de esta ciudad, con su medio millón de habitantes y su gran número de edificios públicos y privados, rodeada parcialmente por montañas de 3.000 a 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, hace que la madera en todas sus formas sea uno de los artículos de comercio más escasos. En los alrededores de la población no se encuentra arcilla para la confección de ladrillos, mientras que en cambio abundan la cal y la arena. El hormigón es más barato en Méjico que en ninguna otra parte del mundo, y por lo mismo apenas hay casa que no sea de este material.

Algunos edificios son magníficos desde el punto de vista del artista y del constructor, y además, están construídos con un material que los hace impermeables a la lluvia, resistentes contra los más tremendos terremotos y firmes como la roca para las tempestades.

Por esta causa todos los edificios públicos, los de las grandes empresas y muchos particulares, son del citado material reforzado con acero.

La casa de Correos es uno de los mejores edificios de este carácter en América del Norte, y ha costado unos tres millones y medio de pesos oro, y sus materiales son hormigón armado y mármol italiano del más fino. Lo mismo puede decirse del palacio de la Presidencia.

Para el servicio de aguas de la ciudad se emplean acuedutos de hormigón. El agua viene de Monterrey y para su conducción hay multitud de puentes de hormigón tendidos sobre los valles.

Prof. José QUARTINO



El carbón como contraveneno

Los japoneses no temen a las intoxicaciones, gracias a la costumbre que tienen de absorber carbón mineral o vegetal, en cuanto experimentan cualquier síntoma gastro-intestinal inquietante.

El hecho es conocido de antiguo. Fontana, a fines del siglo XVII, fué el primero que dijo que el carbón absorbe los gases; Figuier y Lowitz, después, en 1790, estudiaron su acción desinfectante, y en 1830 se empezaron a utilizar sus propiedades clarificativas en la industria azucarera.

Touery dió cuenta a la Academia de Medicina en 1852 del resultado de sus experimentos con perros y conejos, y como sus asertos fuesen puestos en duda, para convencer a los incrédulos se tragó un gramo de estricnina que no le hizo ningún daño, porque al momento se tomó quince gramos de carbón.

El mismo Mr. Touery dió cuenta a la Academia de muchos casos de enfermos que habían ingerido sustancias tóxicas, y que se habían curado tomando carbón con agua o con ayuda de la sonda estomacal, pues conviene poner al carbón en contacto con el veneno lo más pronto posible.

Cadáveres pasados por agua

Entre las cosas en que difieren más unos pueblos de otros, está la manera de enterrar a los muertos, o más bien, de destruir sus restos, ya que en muchos casos no hay verdadero enterramiento. Apenas se encuentran dos naciones ni dos tribus que sigan en tan tristes circunstancias las mismas costumbres, y hay que reconocer que las adoptadas por algunos pueblos son realmente originales.

Sirva de ejemplo lo que se hace en las islas Andamán. Allí, cuando muere alguien, su pariente más próximo arroja el cadáver al mar, pero atándolo una cuerda al cuello para sacarlo cuando convenga. En efecto, transcurrido algún tiempo, cuando entre las olas, los peces y los crustáceos no han dejado más que los huesos, se saca el esqueleto a tierra, se hace con él un paquete, se le seca bien al fuego y se cuelga, en fin, del techo de la choza, como recuerdo de familia.

EL DUQUE DE PORTLAND

por A. Villiers de L'ISLE ADAM

Gentlemen, you are welcome to Elsinore.—Shakespeare. Hamlet.

Hace algunos años, a su vuelta del Levante, Ricardo, duque de Portland, joven lord, antaño célebre en todo Inglaterra por sus fantásticas orgías, sus corceles victoriosos, sus castillos, su fortuna fabulosa, sus lejanos viajes y sus amores, desapareció bruscamente.

Sólo una vez, en la noche, a la luz de las antorchas, vióse su dorada carroza secular atravesar al galope, con cortinas cerradas, los prados de Hyde Park.

Y luego—reclusión tan súbita como inexplicable el duque se encerró en el castillo de sus mayores, haciéndose habitante solitario de esa almenada morada, construída en lejanos siglos, en medio de sombríos jardines y de bosques espesos en el cabo de Portland.

Una inmensa hoguera sirve de faro allí, a toda hora, y guía a los grandes navíos que cruzan atemorizados los escollos peligrosos. Una estrecha senda, cortada entre rocas graníticas y sombreada por pinos salvajes, baja del castillo a la playa y termina en una dorada reja que la marea baña al subir.

Creáronse en los tiempos de Enrique VI extrañas leyendas acerca de aquel castillo, en cuyo interior, iluminado por vidrieras historiadas, resplandecen innumerables riquezas feudales. Sobre la plataforma que une las siete torres, velan aún arqueros y jinetes de piedra, esculpidos, en tiempo de las Cruzadas, en actitud de combate. Y en la noche, cuando ruge la tempestad y el viajero avanza sin más guía que el resplandor del rayo y escucha el clamor de las olas que se estrellan contra los arrecifes de Portland, pudiera pensarse en formidable asalto, sostenido eternamente por una heroica guarnición de fantasmas contra una legión de malos espíritus.

¿Qué podría significar el aislamiento insólito del espléndido señor inglés? ¿Acaso algún terrible ataque de spleen? ¿Acaso alguna misteriosa influencia producida por sus viajes misteriosos en el lejano oriente? Su desaparición hubo de causar alarma profunda en la corte. La reina dirigió un mensaje urgente al invisible lord...

Reclinada al pie de un candelabro, la reina Victoria prolongó aquella noche más de lo acostumbrado, una recepción extraordinaria. A su lado, en un taburete de marfil, hacíale compañía una joven lectora, de extraña belleza, miss Elena H...

Acababa de llegar, de parte de lord Portland, una misiva enlutada. La joven lectora, después de abrir el pliego ducal, leyó, en pocos instantes, con los azules ojos luminosos, las cortas líneas del mensaje. Luego, sin decir palabra, lo extendió a la soberana. La reina, leyó en silencio; a las primeras palabras, su rostro, habitualmente grave, llenóse de triste asombro. Después, muda y sombría, acercándose a una bujía, prendió fuego a la carta y dirigiéndose a los nobles que la rodeaban, dijo:

—Señores no volveréis a ver a nuestro amado Portland. Por gracia especial le dispensaremos de asistir al parlamento. No investiguéis su secreto ni penséis jamás en dirigirle la palabra.

Luego, dirigiéndose al mensajero del antiguo castillo, añadió:

—Contad a vuestro amo lo que habéis oído.

Dichas estas misteriosas palabras, la reina se levantó para dirigirse a su aposento. Viendo a su joven lectora como absorta en profundo sueño, díjole suavemente:

—¿Vienes, Elena?

Pero como la joven persistiera en su inmovilidad, la reina, acercándose, comprendió que, pálida, hasta donde puede palidecer un lirio, se había desmayado.

Un año después de aquella escena, en una tempestuosa noche de otoño, los barcos que cruzaron los escollos de Portland vieron el castillo profusamente iluminado. ¡No era, en verdad, la primera de las fiestas nocturnas que anualmente ofrecía el lord "ausente"! Hablábase mucho de esas fiestas, de originalidad casi fantástica y a las cuales nunca asistía el duque. No se efectuaban ellas en los salones del castillo, adonde nadie entraba y que el duque que habitaba los sótanos, nunca visitaba. Al regreso de sus viajes, había hecho cubrir con inmensos espejos venecianos los vastos subterráneos de la morada ducal. Grandiosos cortinajes servían de única separación a una gran serie de salas maravillosas, adornadas con muebles orientales, extraños y riquísimos y con espléndidas plantas tropicales. En los pisos de mármol, fuentes perfumadas llenaban con su tibio aliento el ambiente inverosímil de aquéllos sótanos fantásticos.

Y allí, por invitación amable del castellano de Portland, quien siempre lamentaba estar "ausente", reuníase la crema y la flor de la aristocracia británica. Al amanecer, la fiesta, fantástica e increíble, adquiría proporciones de orgía. En el sitio de honor del festín, el sillón del joven lord permanecía vacío y cubierto de fúnebre crespón. Pero las miradas animadas por la embriaguez y la dicha pronto lo olvidaban, para tornarse hacia más gratas presencias. Y así, a la media noche, en los subterráneos del castillo de Portland, en las salas voluptuosas, entre las aromas embriagadoras de las fuentes y de las plantas exóticas, estallaban las carcajadas y los besos y el ruido de las copas y el clamor de las músicas!

Pero, si en aquel momento, alguno de los convidados levantándose de la mesa hubiese acudido a la desolada ribera del mar, hubiera visto al pie de las olas un espectáculo que habría acabado con su alegría, al menos por el resto de la noche. A esa hora precisa, por la estrecha senda que bajaba al océano, descendía un personaje envuelto en una capa, precedido por dos viejos servidores que alumbraban el sendero con humeantes antorchas. Abríase a su llegada la dorada reja y el caballero avanzaba solo hasta el borde mismo del mar. Y allí, como perdido en profundo y desesperado ensueño, embriagándose con la desolación de los espacios, permanecía taciturno, semejante a los espectros de piedra que velaban inmóviles en las plataformas de su castillo...

La mañana que precedió a aquella fiesta otoñal, la joven lectora de la reina, enlutada siempre desde que recibió el misterioso mensaje, oraba en la capilla de Su Majestad, cuando le fué entregado un billete escrito por uno de los secretarios del ausente lord. Contenía tan sólo dos palabras que leyó con espanto: "Esta noche".

Por esa razón, hacia media noche, una de las reales embarcaciones tocó en la rada de Portland. Una juvenil forma femenina saltó a la playa y después de orientarse en la oscuridad, se dirigió hacia un lejano sitio iluminado por antorchas humeantes. Allí, tendido sobre una roca, envuelto en negra capa, agitábase un hombre, en paroxismos mortales.

—Oh! desgraciado! exclamó con terrible sollozo y cubriéndose el rostro, la joven aparición, acercándose al moribundo.

—Adiós, adiós! replicó Ricardo.

En vago murmullo llegaban hasta ellos los ecos de la fiesta, las risas y los gritos.

Y después, en medio de un silencio, el moribundo, dirigiéndose a la joven, que permanecía en inmovilidad absoluta, con los ojos cerrados, la dijo:

—Adiós Elena, eres libre.

Una hora después, al acercarse los viejos servidores, vieron a la doncella que oraba al pie del muerto.

Tres días después el "Diario de la Corte" publicaba esta breve noticia:

"Miss Elena H..., prometida del duque de Portland, convertida a la religión católica, tomó el velo en las Carmelitas de L..."

¿Cuál podría ser el secreto del poderoso y enigmático lord?

Un día, en sus lejanos viajes por Oriente, habíanse alejado de su caravana en los alrededores de Antioquía, el joven lord, conversando con los guías de la región, oyó hablar de un mendigo de quien todos se apartaban con horror y que vivía aislado y solitario en una choza rodeada de ruinas. Y como nadie escapa a su destino, el príncipe tuvo la idea trágica de visitar al mendigo.

Ese fúnebre Lázaro era el último depositario de la antigua lepra asiática, de aquel mal implacable y sin remedio del cual sólo Dios podía resucitar a los Jobs de la leyenda.

A pesar de las súplicas de su séquito, Portland osó desafiar el contagio, en la caverna misma que habitaba el pobre paria y allí, por capricho y audacia de gran señor, después de obsequiar al mendigo un puñado de monedas de oro, quiso estrecharle la mano. En el mismo instante una nube pasó por sus ojos. Pocas horas después, sintiéndose perdido, partió de Oriente para buscar en In-

El sudor de la dinamita

Por efecto del frío la dinamita se congela y acaba por trasudar, cubriéndose de una especie de cristales que son mucho más explosivos que la dinamita, tanto, que en ocasiones basta pisar fuerte en el almacén del explosivo para que éste explote violentamente.

La cordita es otro de los explosivos peligrosos, sobre todo durante su fabricación, pues en su forma definitiva su manejo es bastante fácil. La cordita se compone de nitroglicerina, algodón pólvora y vaselina.

Los almacenes de nitroglicerina son edificios extraordinarios que se hallan siempre debajo de una colina, y en los cuales se penetra por un pasadizo de ladrillo.

La nitroglicerina en sí, es un líquido casi incoloro, cuyo manejo exige muchas precauciones. El pavimento del almacén es de plomo, y si se cae una gota de explosivo los obreros se apresuran a enjugarlo con un paño húmedo. Toda el agua que sale del edificio subterráneo se recoge en una charca inmediata, y todas las semanas se vuela con dinamita para quemar el peligroso explosivo que contiene el líquido.

Hasta en la fabricación de un explosivo tan "inofensivo" relativamente como la pólvora, se toman grandes precauciones. Al entrar en las fábricas hay que dejar todos los instrumentos de metal y las cerillas, y además hay que ponerse un calzado especial para que no caiga tierra de la calle en el mullido pavimento de cuero del edificio.

Doctor PALCOS.

glaterra una curación imposible. Pero ante el desarrollo aterrador del mal, que principió a devorarlo en el curso de la travesía, comprendió que, perdido, no podía esperar más alivio que el de una pronta muerte. Adiós juventud, fuerza y riquezas! Un simple apretón de manos mató de un golpe todas las esperanzas de una vida brillante! El lord heredó al mendigo. Un segundo de audacia, un movimiento de excesiva generosidad bastó para hundir esa existencia luminosa en el abismo de una angustia desesperada.

Y así pereció el duque Ricardo de Portland, el último leproso...

UN PELIGRO MUSICAL

¿Desaparecen las voces?

por Luis Astrana MARIN

La escasez de voces potentes, sonoras y timbradas es ya notoria, y ha llegado a constituir un peligro en el mundo de la música.

Cuestión es ésta que merece ser estudiada con detenimiento. Puede asegurarse, sin temor a errores, que, por cada mil individuos, apenas se halla una mediana voz. Y no es atrevido anotar que hay poblaciones de cuarenta o cincuenta mil habitantes donde no podrían elegirse para el canto más de media docena de personas, prefiriendo, desde luego, a las mujeres.

La voz de hombre, cualquiera que sea su timbre, atraviesa hoy una honda crisis. La voz de contralto (hombre) puede decirse que ha desaparecido por completo. Aquellas partituras italianas del tiempo de Farinelli; la misma "Flauta encantada", de Mozart, y mil prducciones más que pudieran citarse, son hoy imposibles de ejecutar, por ser preciso para ellas dos cantantes diferentes.

Claro es que en ello han intervenido varias causas, fisiológicas unas, naturales y musicales otras.

Yo me huelgo de la desaparición de aquellos famosos y desgraciados "contralti", que tenían el valor heroico de someterse a una cruenta operación para lucir las excelencias de su bella y aguda voz.

Pero, hoy mismo, aun acudiendo a tales procedimientos, no se llegaría a formar voces de hombre de extensión que les permitiera emitir con facilidad las notas de la mitad de la escala siguiente al "do" de pecho de los tenores.

Se ha observado, y la experiencia cotidiana lo confirma, que las voces tienden a bajar, marchan hacia el registro grave, y no estará lejano el día en que los tenores tipos canten en el diapasón de los actualmente segundos tenores; éstos en el de los barítonos, y la voz de "basso profondo" desaparezca casi por completo.

Porque es lo extraño. Si está perfectamente definido el descenso de las voces, parece lógica la multiplicación de éstas en el registro grave. Pues todo lo contrario. No tratándose de voces de bajo claramente analizadas, las de tenor segundo y de barítono se estancan ya al descender en demasía, observándose el fenómeno de que pierden considerablemente de volumen, sobre todo de timbre, quedando reducidas a voces opacas de muy limitada extensión. El hecho puede concretarse en estos términos: las voces pierden extensión y brillantez en el registro agudo, y volumen en el grave; siendo prueba evidente de ello la escasez de bajos, pues por cada millón de habitantes, no es fácil hallar más de veinticinco verdaderamente profundos, de potencia en la sonoridad.

De este descenso en las voces proviene la preponderancia de la voz de barítono sobre la de tenor, cada vez más defectuosa y escasa. Nótese, cuántos que se dicen barítonos no son sino tenores medios, defectuosos, descendidos, que en el registro grave emiten notas que perdieron en el agudo; pero conservando, aun cuando velado, su antiguo timbre que los hace imposibles de confundir con los barítonos. La parte de barítono no tenía antiguamente aplicación en el coro; hoy se la va concediendo importancia en él, y aunque impera en el solo, acabará por adoptarse en el conjunto.

Si las partes de contralto (hombre) en las primitivas óperas, son imposibles de cantar en el día, como dije antes, no deja de ocurrir lo propio con las sopranos agudas, cada vez más escasas. Muchas grandes obras de los célebres maestros del siglo XVIII no pueden hoy ejecutarse, por idéntica razón. La tiple segunda ha invadido los dominios de la contralto, y en tal descenso y desconcierto, pocas sopranos dramáticas—tal vez ninguna—emiten con libertad el "fa" sobreagudo. En los teatros de primer orden es hoy una temeridad escribir partituras en las que se repitan con alguna frecuencia las notas "si", "do", "re", "mi", sobreagudas, y sus intermedias; en los de segunda clase no se puede rebasar del "si", sin exponerse a un fracaso; y en los de zarzuela u opereta, así como en el coro, es muy prudente en aquéllas limitarse al "sol" o "la", y en éste al "mi", en las primeras partes.

Muchas cuartillas fueran precisas para tratar detenidamente de cuestión tan importante, que debe tener sobre aviso a cuantos se interesen por el divino arte de la música.

La voz humana, el instrumento por excelencia, atraviesa un período de crisis; medios ha de dar el arte y la naturaleza para contenerlo.

Apliquemos el remedio, luego de indagar las causas.

El cabello y la salud

Un médico japonés, el doctor Matsuura, de Kioto, ha hecho concisas observaciones sobre las variaciones de espesor de los cabellos y sobre las condiciones en que se producen estas variaciones.

El autor ha partido de la idea de que la nutrición del cabello, como la de las uñas, debe depender del estado de nutrición general y que si la consistencia, el volumen y la coloración de las uñas sufren alteraciones en las partes que crecen en el curso de una enfermedad, debe ocurrir lo mismo al cabello.

La observación ha confirmado estas previsiones teóricas, y el doctor japonés ha comprobado que en el curso de casi todas las enfermedades agudas o crónicas, la parte de los cabellos nacida durante el período morboso tiene un espesor inferior al normal. Esta disminución varía de una décima a una cuarta parte, mientras que las diferencias normales no pasan jamás de la décima parte.

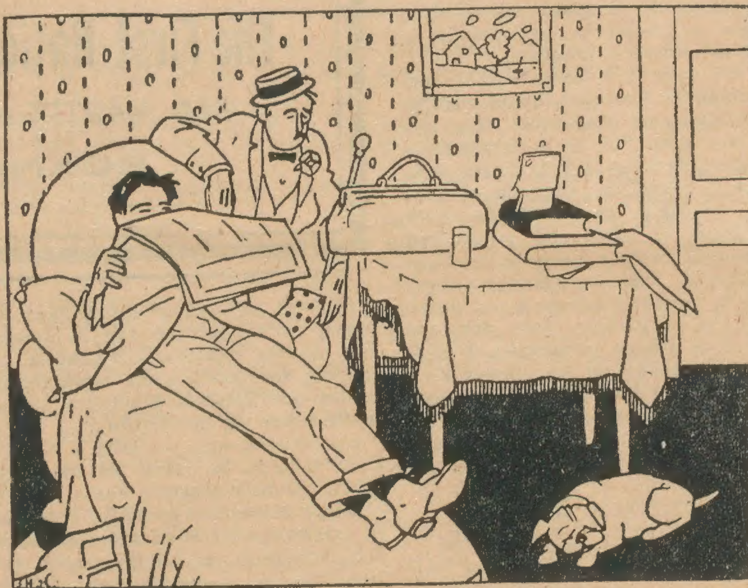
Como es de suponer, en las enfermedades de larga duración, como la fiebre tifoidea y sobre todo en la tisis, es donde más se acentúa esta alteración. En los únicos casos en que el autor no ha observado ningún rastro de este fenómeno ha sido en los de muerte rápida.

Al mismo tiempo que la disminución del grueso del pelo, el autor ha observado la interrupción de su capa medular y su friabilidad. Los cabellos de los enfermos se depilan con más facilidad.

Estas observaciones no constituyen simplemente una curiosidad médica. Prácticamente puede servir para reconstituir la historia de las enfermedades de un individuo, y en medicina legal para comprobar ciertas afirmaciones e identidades dudosas.

Leopoldo MELO.

RIVALIDAD INDUSTRIAL



—He sabido que tu competidor de la otra fábrica, se casará con tu mujer en cuanto te divorcies.
—Será para averiguar mis secretos de fabricación.

Las pinturas murales y los microbios

Está comprobado que las paredes pintadas son menos favorables para los microbios que las empapeladas. La cuestión ha sido estudiada en Francia y en Alemania, haciendo los siguientes experimentos:

Pintadas las superficies de diversas tablas y de cristales con pinturas diversas, se pusieron a secar en un medio estéril y después se sembraban dichas superficies de microbios conocidos, dejándolos expuestos a condiciones idénticas de humedad, temperatura y luz durante un espacio de tiempo variable, pasado el cual se limpiaron las ya repetidas superficies con muñequillas de algodón esterilizado para colocar éste en un caldo de cultivo y ver si los microbios estaban vivos.

Generalmente los microbios habían muerto, en parte al menos, pues la mortalidad dependía de los colores empleados. Con ciertas pinturas es más grande que con otras; las lacas y las pinturas de esmalte son las más esterilizadoras. Lo que aún no está bien aclarado es cómo obran las pinturas. ¿Son los productos químicos los que matan? ¿Son los rayos luminosos? ¿Es la sequedad de la superficie? Hasta ahora no han contestado a estas preguntas los experimentadores.

José Camilo CROTTO.

Obras diminutas

En tiempos de Isabel de Inglaterra, un herrero, llamado Merk Scaliot, hizo un reloj, compuesto de once piezas de hierro, de acero y de cobre, que, con la llave, sólo pesaba un grano de oro. También fabricó una cadena de oro, de 43 anillos, que atada a una mosca no la impedía volar. En junto el reloj, la llave y la cadena, no pesaban más que grano y medio.

Noringherus, que era más famoso que Scaliot por sus obras minúsculas, fabricó 1.600 platillos, de marfil torneado, perfectamente formados, pero tan pequeños y tenues, que los apilaba todos encima de una copa hecha con un grano de pimienta de tamaño ordinario. Johannes Shad, de Metelbrach, llevó a Roma este maravilloso trabajo, y se lo presentó a Pablo V, quien lo examinó con un lente y contó las piezas separándolas con una aguja. Eran tan pequeñas que apenas se veían a simple vista.

Johannes Ferrarious, un jesuita, poseía unos cañones de madera, con sus cureñas y cajas de municiones, que cabían en el espacio que ocupa un poroto pequeño.

Un artista llamado Claudius Gallus, hizo para Hipólito de Este, cardenal de Ferrara, unos pájaros colocados en unas ramas de árbol, que por medio de una máquina hidráulica, que distribuía el agua por todas las partes del árbol, cantaban y batían las alas; pero a la repentina aparición de un mochuelo, que salía de un agujero por los mismos medios hidráulicos, las avecillas se quedaban quietas y silenciosas.

Un modesto relojero de Santiago, llamado Iglesias, construyó y llevó a Madrid, presentándolo a la entonces reina Isabel, un pequeño costurero, todo de marfil, que, además del tamaño regular y el hueco ordinario para la costura, contenía en sus adornos un prodigioso número de objetos fijos y otros de movimiento. Un friso exterior contenía todas las estatuas de los reyes de España; el interior de la tapa una ciudad monumental por la que circulaban carruajes, y por un puente un ferrocarril, cuya máquina, que era de oro, tenía todos los movimientos exteriores, inclusas las bielas. En un doble fondo de la caja había una marina con buques y figuras de movimiento, un faro girando, un telégrafo aéreo y una torre de señales.

El mismo artista, que fué pensionado, en el extranjero, reprodujo, sin examinar su mecanismo interior, el famoso pájaro cantor del Casino de Madrid. Este pájaro salía del centro de una rosa tallada en la tapa de una tabaquera, y al cesar el canto, plegaba la cabeza debajo de las alas y lo ocultaban al cerrarse las hojas de la rosa, cuyo relieve era de un centímetro.

Es de advertir que el ingeniero relojero de Santiago no había salido jamás de su país hasta que trajo el hermoso costurero; en términos que para hacer el tren de ferrocarril no tuvo más modelo que un grabado de la "Ilustración" francesa.





VIAJE

(Del libro de poesías "El sendero inmaculado", recientemente aparecido).

Una mañana alegre,
en que la Juventud dijo al poeta:
"tuya es la vida... ¡marcha!,
no desesperes... ¡sueña!",
emprendí el gran viaje,
hacia el reino celeste de la Idea,
ufanamente,
sólo con el fervor de mis quimeras...

Y conocí a los hombres...
Y todas sus miserias...
Y recordé las bíblicas palabras,
las palabras escépticas
del hondo Eclesiastés...
Y lloré de amargura y de tristeza.

Mas me interné en la Vida,
—sólo con el fervor de mis quimeras,—
ufanamente,
ávido de caminos y de estrellas...

Y conocí al Silencio,
en una noche insomne, larga y lenta...
Y fuí con él hojeando
las páginas de luz de la experiencia...
Y supe de las hondas
inquietudes secretas...

Y amé mi soledad...
Y mi indigencia...
¡Y me embriagué del vino
de mis viñas internas!

Y desprecié a los hombres...
Y sólo con la fe de mis quimeras,
emprendí el gran viaje,
ávido de caminos y de estrellas..

F. BERMUDEZ FRANCO.

Fuente de olvido

Es un hecho conocido que el tiempo dulcifica los grandes sufrimientos, pero lo que hace desaparecer sobre todo son los pequeños sufrimientos sordos; las molestias ligeras, aquello que traba la vida sin detenerla, todas las pequeñas malezas del camino. Eso se deja tras sí y sin embargo estas nadas se mezclan a vuestras más dulces emociones; es algo de amargo que en vez de quedar en el fondo de la copa se evapora por el contrario cuando se bebe.

Cuando se ha aburrido uno mucho tiempo esperando a una persona, y se la encuentra por último y nos sonríe, se olvida de repente la hora larga, pasada en la monotonía de la espera; esta hora no parece formar en el pasado más que un punto obscuro, borrado en seguida; este es un ejemplo de lo que pasa en la vida sin cesar. Todo lo que es gris, terso, descolorido (es decir, en resumen, la mayor parte de la existencia) se disipa, como una niebla que nos oculta los puntos luminosos de las cosas y vemos surgir sólo los raros instantes que hacen que la vida valga la pena de ser vivida. Estos placeres, con los dolores que los compensan, parecen llenar todo el pasado, cuando en realidad la trama de nuestra vida ha sido más bien indiferente, ni muy agradable, ni muy dolorosa, sin gran valor estético.

Juan María GUYAU.

DEFINICION



—El beso es como un rumor...
—Sí: va de boca en boca.

Impuesto extravagante

El impuesto sobre las barbas, que ideó Pedro el Grande, es, sin duda, una de las más extravagantes contribuciones. Considerando este monarca inútil y nefasto llevar pelos en la cara, prohibió el uso de la barba a todos sus súbditos, los cuales no hicieron caso del mandato y, entonces, para castigarlos, estableció un impuesto para los barbudos recalcitrantes.

Los altos funcionarios tenían que pagar cien rublos, y sesenta los individuos pertenecientes a la clase media.

Los campesinos no tenían cuotas fijas; pero cada vez que entraban en una ciudad se les exigía el pago de dos "dengui" (10 centavos), ¡y pobre del que no lo hacía!, porque los empleados del estado le rapaban las barbas sin conmiseración alguna.

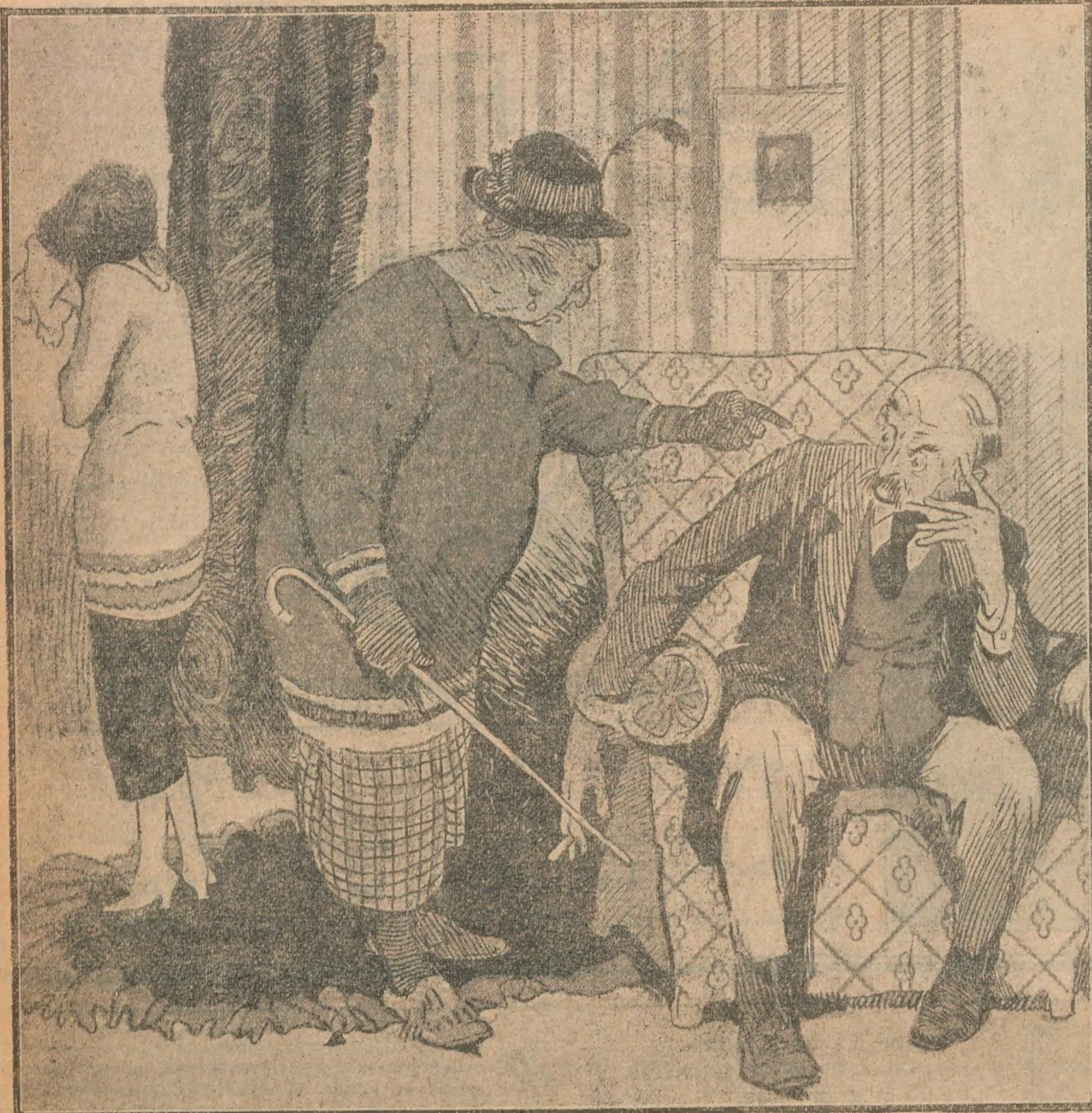
Una medalla pendiente del cuello era el comprobante de que se había pagado el impuesto. En ella se veía una barba simbólica y debajo esta inscripción: "Recibido el impuesto sobre la barba".

El mismo Pedro el Grande obligaba a usar unos levitones muy largos que se recortaban a los que no pagaban la contribución.

En 1728 permitióse a los aldeanos el uso de la barba, pero subsistió un impuesto uniforme de cincuenta rublos para los individuos de posición más elevada, bajo pena de trabajos forzados.

El impuesto fué abolido por Catalina II.

TAL PARA CUAL



La suegra. — ¡Infame! ¡Martirizar así a ese pobre ángel! Si fuera usted mi marido, le daría veneno...
El yerno. — Si yo fuera su marido, señora... lo tomaría.

Los dos mil cuellos de Mascagni

El maestro Pietro Mascagni, autor de la famosa "Cavallería Rusticana", es quizás el mortal que posee más cuellos postizos y más corbatas blancas. Su criado tiene que cuidar de que estos accesorios de la indumentaria sean dos mil, riqueza que no la posee ni Gabriel D'Annunzio, cuyo guardarropa tiene tanta fama de ser el mejor surtido del mundo.

¿Por qué almacena el maestro semejante cargamento de artículos tan fáciles de adquirir a medida que se necesitan...? La explicación es muy sencilla. El maestro no puede gastar los cuellos que todo el mundo gasta. Es tan nervioso y se agita tanto cuando dirige la orquesta, que un cuello almidonado por el método ordinario, se rompería y se doblaría de un modo grotesco al segundo golpe de batuta.

Además, como el músico suda en abundancia, si llevase un cuello postizo y una corbata como los que usamos la mayoría de los mortales, iría siempre como si llevase una camisa de dormir atada al cuello con un trapo.

Mascagni tardó largo tiempo en poder conciliar la elegancia con la comodidad, y después de muchos ensayos y de muchos fracasos, concluyó por adoptar un cuello muy ligero, apenas almidonado, pero muy brillante, cuya flexibilidad e impermeabilidad son tales, que el maestro puede dirigir todo un acto de sus obras sin parecer un ahorcado.

Hemos dicho un acto, porque después de tres cuartos de hora de gesticulaciones vehementes tiene necesidad de cambiarse de cuello, y como es tan nervioso, no es raro que arrugue diez cuellos y otras tantas corbatas antes de poder ponerse uno terso y sin arrugas, motivo por el cual su criado lleva siempre al teatro un centenar de cuellos y corbatas.

Nardo C. MENDILAHARZU

Origen de los billetes de banco

Al subir al trono del Celeste Imperio el primero de la dinastía de los Hien-tsun, por los años 807 de Cristo, se mandó a los ricos y a los mercaderes que depositasen el dinero en las arcas del tesoro público, y en su lugar se les dieron "bonos", que circularon con entera confianza con la denominación de "fey-thsian" (moneda volante en nuestra habla). Tal novedad sólo duró tres años.

"Tout-tsu", fundador de la dinastía de los Sung, año 960 de Jesucristo, autorizó a los tenedores de dineros para que pudieran depositarlos en cajas imperiales, poniendo en circulación una especie de "vales", representativos de determinada cantidad, a los que dió el nombre de "pianthsiam", que quiere decir, moneda volante. En el año 1021, circularon por tal modo, más de mil ciento treinta millones de onzas de plata. Tanto fué el crédito de los vales imperiales.

El verdadero papel-moneda, en un todo semejante a los modernos billetes de Banco, llamado "ci-tsi" que significa cupones, fué creado en el país de Chou, por los años de 1022.

Pasemos a Europa por un momento, para recordar algo de sus primeros Bancos, que, como tales, también pusieron en circulación papel-moneda o billetes, sin curarse de adoptar en tan estimados papelitos ciertas precauciones ni carteles, porque la química y la mala fe no habían hecho aún los progresos que en el día.

El primer banco que en Europa se fundó, fué el de Venecia. Siguióle el de San Jorge, en Génova, fundado en 1407; el de Amsterdam, en 1609; el de Hamburgo, en 1619; el de Nuremberg, en 1621; el de Rotterdam, en 1635; el de Stokolmo, en 1668; el de Inglaterra, el 21 de junio de 1694; el de Edimburgo en 1695, y el de Francia, en 1800.

En España nació en 1782, el Banco de San Carlos; luego, en 1829, se fundó el de San Lernando; en 1844, el de Isabel II, suscitándose gran rivalidad entre éste y aquél, hasta que el gobierno suprimió el segundo y lo refundió en el de San Fernando, que fué la base para el "Banco de España".

Perfume de olvido

Jardín de paz, a tu quietud le pido
tan sólo musgo en que inclinar la frente,
para petrificar eternamente
mi ensueño en el ensueño de tu olvido!

¿Qué me importan las penas que he sufrido
ni los placeres que gocé?... Mi ardiente
juventud, al arrullo de una fuente
y a la sombra de un árbol, se ha dormido.

De sufrir y gozar se siente hastiada,
y sólo anhela en su tedioso hastío
el ensueño de mármol de la nada...

¡Y libre de inquietudes y ansiedades,
rodar en el silencio del vacío
por una eternidad de eternidades!

Francisco VILLAESPESA.

Cómo se hace el amor en Holanda

Holanda es uno de los países que mejor conservan y observan sus antiguas costumbres. Una de las más curiosas y que de más antiguo se siguen, es la de "los domingos de hacer el amor". Son estos domingos, los cuatro de Noviembre, que en el país reciben los nombres de domingo "de revista", "de decisión", "de adquisición" y "de posesión".

El domingo de revista, es costumbre que, al salir de la iglesia, acudan al paseo todas las jóvenes casaderas que no tienen novio, y todos los muchachos que desean novia. Unas y otros, no pueden hablarse; se miran, se sonríen y nada más. Cada muchacho elige "in mente" la que es más de su agrado, si es que la encuentra, y durante la semana que sigue, puede irse enterando de los antecedentes de la chica, de sus condiciones, etc.

Al siguiente domingo, o domingo de decisión, cada joven del sexo feo, al llegar al paseo su elegida, se acerca a ella cortésmente y hace su declaración. La muchacha no puede pedirle tiempo para pensarlo; debe contestar sobre la marcha, y en caso favorable, comienza el noviazgo a escondidas de los padres.

Si durante la semana, los dos novios se encuentran igualmente satisfechos del paso que acaban de dar, al llegar el domingo de adquisición, solicitan el consentimiento de los padres o tutores de la joven, y si lo obtienen, al otro domingo, día de posesión, aparecen ya en todas partes como novios oficiales.

Acaso este sistema de hacer el amor les parezca a nuestras lindas lectoras poco poético; pero hay que convenir en que los holandeses saben hacer las cosas con método.

LA PROMESA

por Ada NEGRI

Estaban ambos recostados en las bolsas llenas de andrajos amontonadas junto a la pared de la tintorería, al lado de la fábrica. Una gran pena se reflejaba en los ojos de Fresia: ojos lentos y fieles, semejantes a los de un perro. En cambio, había una firmeza fría y resuelta en el rostro de Marcos, rostro duro, con rasgos de rapacidad y de tenacidad en los huesos, que resaltaban bajo la tensa piel.

Harapos sucios, flecos de todo color, surgían de las aberturas de las bolsas. Emanaba de ellos un asfixiante olor de polvo; de la tintorería llegaba acre olor de ácidos. La fábrica, vacía de obreros, callaba en la calma grave del mediodía; pero había en el aire la estupefacción de aquel silencio, y una sensación de espectativa, de vibrante espectativa, cómo si en aquella comarca de hierro fuese imposible vivir sin el estrépito y el jadear de las maquinarias en movimiento.

Vapores grisáceos pasaban y volvían a pasar ante el sol, deformándose, estirándose, agrupándose, mudando al especto del monte y del torrente, según las alternativas de luz y sombra.

Y Fresia dijo por décima vez:

—¿Te vas, de veras?

Y Marcos, por décima vez, repuso:

—El barco sale de Génova el jueves que viene.

Los húmedos ojos caninos de la joven se inmovilizaron en una expresión de desconsuelo.

—Somos doce del pueblo. Viene también Juan, de Fontanella, y Pablo, de la Guercia, ¿sabes? el foguista de la Fábrica Nueva. Pero, ¿crées acaso que voy a América para seguir siendo un miserable obrero, como aquí? ¡Ni soñarlo! He ido a la escuela y he seguido tres cursos de la escuela nocturna. No sé el inglés, pero lo aprenderé. Todos los días los diarios hablan de hombres que adquirieron por sí solos fortunas colosales; eran lustrabotas, dependientes de negocios, mandaderos de bancos. Quiero hacerme rico, ¿comprendes? No estaré tranquilo hasta entonces... No sólo se nace señor: uno puede llegar a serlo.

Bajó un poco la voz volviendo la cabeza hacia la casa de los patrones, que se elevaba al lado de la fábrica, y de la cual llegaba un alegre ruido de platos.

—Aquel, por ejemplo, ¿acaso nació rico...? El mismo se creó su riqueza, centavo por centavo, metro por metro. Ahora yo me saco el sombrero cuando pasa y le digo: "Monsú"; y le doy las gracias cuando al final de la semana me entrega, por la ventanilla de la caja, el sobre con mi salario. Bien, Fresia: Dentro de quince o veinte años, cuando regrese, le diré: "¿cómo está amigo?" y le preguntaré si desea vender la fábrica.

De todo este discurso la joven sólo comprendió la frase: "Dentro de quince o veinte años". Los labios le temblaron. Tendió tímidamente la mano para estrechar la de él, dura, huesuda, de uñas obscuras, anchas y chatas. Marcos contestó al apretón, pero prosiguió, con su idea fija:

—¡Los compañeros socialistas! ¡Bah! Elecciones, propaganda, demostraciones, huelgas y un mar de gestos y discursos para acabar al fin con ganar dos o tres liras más por día. Hubo un momento en que yo también pensé en hacerme socialista, pero, ¿qué se gana? ¿Qué son dos o tres liras más por día? No saldremos de pobres diablos. Es cierto, está eso de fraternidad. Pero ¿te pone algo en el bolsillo la fraternidad...? Vale más estar solo, atreverse, emprender, adelantar a fuerza de puños, a fuerza de codos: estar solo y querer. Y no tener miedo de nada. Ni de los medios ni de los enemigos...

—Y yo, entretanto, ¿qué haré?

—¿Tú? Pues quererme y esperarme, Fresia.

—¡Oh! preferiría que quedaras pobre y volvieras pronto, Marcos, para casarnos. O que me llamaras a tu lado. Piensa en lo corta que es la vida.

—¡Tonta! La vida es larga. Todo está en el mundo para quien quiera y sepa tomarlo. ¿Comprendes?

No, no comprendía. Pero él la besó en los labios, imperiosamente echándole hacia atrás la cabecita anémica, mordiéndole casi en la garganta, donde la arteria palpitaba precipitadamente. Y como ella se abandonaba, olvidada del lugar y de la hora, la incorporó con gesto rudo.

—¿Ves estos harapos?—y al decir así agarraba un puñado de andrajos de una de las bolsas—¡Uff! ¡qué mal olor! ¡qué porquería...! ¿Sabes de dónde vienen? ¿quiénes los han usado y los han ensuciado? Dicen que los desinfectan antes de traerlos aquí. Yo, por mi parte, siento en ellos el tifus, la escarlatina, todos los vicios... Mañana serán otra cosa. Mañana los pondrán a hervir en la caldera grande; se pondrán blancos y después los pasarán de máquina en máquina hasta convertirlos en aquellos géneros,—y señaló las piezas de telas puestas a secar en los patios.—Así es la riqueza, Fresia... Cuando existe, nadie averigua de qué está compuesta. Lo importante es que exista, lo importante es que se la conquiste... ¡Fresia...! ¡Y tú me esperarás...!

—Sí.

Parecía una sonámbula. La despertó la pitada de la fábrica, que llamaba al trabajo. Marcos la ayudó a bajar el montón de bolsas, besándola de nuevo, furtivamente, en el cuello. El portón se abría. Obreros y obreras acudían apresurados, tropezando unos con otros, bromeando y riendo. Minutos después todo el mundo estaba en su puesto y el trabajo volvía a entonar su canción brutal y sagrada. Y el gesto de las máquinas y el gesto de los trabajadores se armonizaban tan exactamente precisos, suscitado uno por el otro, que parecía que la misma voluntad animaba a la criatura que pensaba y a la materia disciplinada.

Transcurrieron muchos días y muchas noches en la fábrica gris. La chimenea continuó hendiendo con su altura, con su silbido poderoso, la neblina del amanecer y las luces crepusculares. La montaña ciñóse de vapores impenetrables, se vistió de suave terciopelo verde, se volvió de oro o de herrumbre, según la estación. De vez en cuando los hombres, siempre pequeños, disputaban en pleitos rumorosos e inútiles, en contiendas entre patrones y criados, en huelgas lívidas de amenaza. Entonces el bosque montañés conversaba en silencio con el torrente; y el torrente murmuraba alguna palabra irónica y misteriosa a la fábrica, que permanecía impasible con todos sus ojos abiertos hacia el valle, donde otras fábricas impasibles erguían las lanzas pesadas de sus chimeneas. Y los hombres volvían a la paz.

Entre paz y guerra sólo los seres envejecieron, a diferencia de la tierra y de las cosas.

Los hermosos cabellos negros de Fresia, dejaban ya transparentar los hilos de plata de los cuarenta años. En su boca, que había sido tan fresca y que ya se hundía en los ángulos de los labios, los dientes descuidados, se volvían amarillos y salientes. Hacía mucho tiempo que Marcos no le escribía. Según díceres de algunos emigrantes que habían vuelto a la patria, se enriquecía en el Canadá, y, más americano que un yankee, apretaba en su puño de acero los hilos de intrincadas redes de negocios. Su silencio no había desalentado a la fidelidad de la mujer. Vivía por la promesa de un día, no veía más que esa única razón de esperanza, acaso vana, en el ir y venir de la lanzadera en el telar y el recitado de las letanías en la iglesia, los días de fiesta. Aunque todo el mundo parecía abrigar la certidumbre de que Marcos no regresaría, el sentimiento casi religioso de Fresia fué respetado; y la callada mujer de dulces ojos de perro fué poco a poco considerada como una viuda.

Pero un buen día Marcos volvió. Afeitado, enjuto, con el rostro surcado de arrugas crueles, que semejaban cicatrices en los ángulos de los ojos y de la boca, con perfecto traje inglés a cuadritos leonados, descendió, de un salto, del tren de Biella en la estación de Valle San Nicolás, perdida en el campo verde, y miró a su alrededor para reconocer el lugar.

Desde el umbral del café, una mujer gruesa y bigotuda, le siguió un instante con la mirada indiferente. Tomó el sendero amarillento que conducía a Cámpore, cruzó el puente sobre el río, se detuvo un momento para contemplar el torrente que se precipitaba espumoso y furioso en el cauce bajo. Sintió, más bien que vió, el lugar natal: la montaña en el fondo, la Rovella, áspera y ferruginosa, lívida en ese instante bajo la amenaza de la obscuridad; más aquí las colinas cubiertas de viñas; y fábricas y más fábricas. En el horizonte, por encima de todo, la cumbre cándida de San Bernardino y en lo alto la cruz de Fray Dolcino, que se perfilaba nítidamente en el azul.

Desde Cámpore hasta Valle Mosso pasó entre grupos de trabajadores que regresaban del trabajo. Ninguno, entre los viejos, lo reconoció. Entre los jóvenes no vió a ninguno conocido. Volvía como había jurado a Fresia, como se había jurado a sí mismo: riquísimo y solo.

Primero en Nueva York, después en Chicago, más tarde en el interior del Canadá, mecánico, dependiente, secretario, inventor, socio en empresas ambiguas, siempre a punto de naufragar y siempre a flote, resorte y palanca de complicadas combinaciones comerciales, dotado para los negocios de un admirable olfato de animal de presa, jamás había perdido de vista su fin terco y dúctil al mismo tiempo, había sabido deslizarse e imponerse. Ni vino, ni lujo, ni mujeres, ni amigos habían podido entrar a corromper la ávida austeridad de su vida. Se convirtió en artista de la riqueza y se sirvió, para conquistarla, de todos los medios posibles, excepto de aquellos que aventuran a uno demasiado en el código penal. Para conquistarla, no para gozarla... Cuando hay dinero es preciso contarlo, vigilarlo, moverlo para que dé interés, tratarlo como a cosa viva que puede gastarse, escapar, morir...

Constructor y esclavo, sacerdote y soldado de su fortuna, la amaba por sí misma, sólida, llena, hábilmente dispuesta y empleada, botín y señorío magnífico. Pensaba volver al pueblo natal y comprar allí una fábrica de tejidos vieja, (¿por qué no, si fuese posible, la de Pedro Oddo, donde él había trabajado en su juventud?) y reformarla, ampliarla, tomar más obreros, aumentar y perfeccionar la maquinaria, explotar la industria mijando como un déspota a hombres, negocios, instrumentos y tierra.

Pedro Oddo, viejo y cansado, sin hijos varones que pudiesen sucederle en la dirección de la fábrica, estaría sin duda dispuesto a cederle el establecimiento en condiciones ventajosas.

E hizo la prueba.

BUEN PAÑO



—Aquí parece que está gastado...
—Es que usted ha hablado muy fuerte demasiado cerca del género.

Un domingo, tres o cuatro días después de la llegada de Marcos, los dos hombres, sentados uno frente a otro en el despacho del piso bajo del establecimiento, combatieron con armas iguales su duelo astuto. Ambos conocían y veneraban el valor de Su Magestad, por haberlo perseguido ansiosamente y acumulado centavo a centavo. Se parecían también, como un hijo se parece a su padre, en la frente obstinada, en el perfil duramente esculpido, en la astucia prudente y tenaz que caracteriza a la raza de Biella. El coloquio fué una obra maestra de finura, de buen sentido práctico, de habilidad comercial. Se pusieron de acuerdo en lo principal. Volverían a verse al día siguiente.

¿Cómo fué que, precisamente a la entrada de la fábrica, gris bajo el cielo gris del caluroso anochecer de ese domingo, Marcos se halló, de pronto, frente a frente con Fresia? Quizás lo había visto entrar y lo había aguardado allí. Y él tuvo en ese instante, al volverla a ver, la certidumbre de que ella era para él como los ojos en el rostro, como la sangre en las venas: algo en lo cual no se piensa, porque existe en nosotros mismos.

Se saludaron con sencillez. Tomaron, instintivamente, el camino tortuoso que conduce, subiendo, al cantón Viole. No hallaron a nadie: las mujeres se hallaban en la iglesia, asistiendo a las vísperas; los hombres en la posada.

—¿Has estado bien siempre?—preguntó lentamente Marcos.

—Sí. Pero ahora estoy sola. Mi madre ha muerto. Tú, Marcos, has enflaquecido.

Ni siquiera la más tímida alusión a su silencio de tantos años, a la promesa que él acaso no recordaba o no quería recordar, a la riqueza que los separaba, como masa opaca e informe.

Pero, ¿existía realmente esa riqueza? ¿No parecía que nada hubiese cambiado, ni siquiera el aire? ¿No era como si se sintieran sin nada y transparentes uno para otro?... ¿Desde cuándo no se veían? ¿Desde el día anterior? No: desde hacía veinte años. Y Fresia tenía ahora los labios un tanto caídos, la piel un poco marchita y uno que otro cabello blanco. Y Marcos tenía en el rostro y en el alma el enardecimiento producido por la vida violenta y rapaz. Y sin embargo, ella era la mujer única para él: aquella que uno puede arrojar a un rincón como un andrajo y olvidar por mucho tiempo, pero que sola, en silencio, humilde y fielmente, espera siempre. Si no hubiese regresado lo habría esperado hasta la muerte. Y era ignorante y tosca, semejante en esto a él, que no poseía más ciencia que la de ganar dinero. Y traía en los ojos de perro, en la voz suave y acariciadora, en el gesto lento y silencioso, el reposo necesario para la existencia de él, siempre alerta, siempre vigilante y erguida, sólo resonante con el ruido metálico de las monedas. Y ella no pedía nada: él podía dejarla allí, en un rincón, brutalmente, sin que profiriera una queja.

La contempló largo rato. A pesar de la crueldad de los años, conservaba intacto en ella el tipo, el indescriptible rasgo fisonómico que había seducido y exaltado su corazón de veinte años. Por ese rasgo inmutable ella era ante sus ojos inmutable, semejante a la casa donde uno pasó la infancia, y a la tierra donde nació.

Y fué con la calma de aquel que reanuda el hilo de una conversación interrumpida unos minutos antes, que Marcos dirigió a la mujer, que le escuchaba sin tristeza y sin alegría, estas palabras:

—Estoy por comprar la fábrica de Pedro Oddo. Cuando sea dueño de ella, me casaré contigo.

Fresia no respondió. Y continuaron juntos el camino.

Peines litúrgicos

El peine es instrumento de tocador muy antiguo, como lo prueba el hecho de existir ya en el primitivo Egipto, y ha tenido gran importancia en nuestra liturgia. Entre los utensilios sagrados de la primitiva Iglesia figuraban peines de marfil que usaban los sacerdotes para peinarse antes de ir al altar. El Soberano Pontífice hacía uso de un peine cuando iba en procesión desde San Juan de Letrán a la basílica vaticana. En las sacristías de varias iglesias había un lecho para que el Papa pudiese reposar y allí se le lavaban los pies del polvo del camino, se le cubrían los hombros con una toalla y el diácono y el subdiácono le presentaban un peine para que se arreglara el pelo. En los inventarios de las iglesias se habla con frecuencia de peises de este género.

En el Museo Arqueológico de Madrid se conservan varios. En ellos figuran escenas de la Pasión. Datan del siglo XV.

Juanito en la bodega

Durante los siglos XVI y XVII apenas existía casa en Holanda donde no hubiera una copa llamada de "Juanito en la bodega".

La copa era de plata y servía para anunciar el próximo nacimiento de un hijo.

Cuando una joven iba a ser madre, su esposo organizaba una comida a la que invitaba a todos sus parientes, y al finalizar el banquete se ofrecía a cada invitado la copa en cuestión llena de vino, en el cual surgía la figura de "Juanito" flotando sobre un trozo de corcho. La figura estaba encerrada en un depósito especial situado en el centro de la copa, depósito que recibía el nombre de bodega, y en el momento oportuno se quitaba la tapa para que apareciese la figurilla anunciadora del fausto suceso que se aproximaba.

Inyecciones de oxígeno contra la asfixia

La inyección de oxígeno gaseoso bajo la piel es un método terapéutico reciente que ha dado ya muy buenos resultados, especialmente en los estados de asfixia.

El oxígeno inyectado lo absorbe y lo disuelve la sangre circulante, a la cual enriquece. El doctor Bayeux comunicó al Congreso de patología comparada, los excelentes efectos que obtuvo con la inyección hipodérmica de oxígeno en las asfixias de diversos orígenes. Por medio de un oxigenador de precisión, dichas inyecciones son sencillas e inofensivas. Hacen desaparecer rápidamente la disnea de los tuberculosos, los golpes de tos sincopales de la tos ferina, las sofocaciones del garrotillo y hasta el mal de montaña, como lo demuestran las experiencias realizadas por el autor en el observatorio de Mont Blanc.

SEIS POEMAS INÉDITOS DE OSCAR WILDE

La imagen del Placer

Una tarde, el deseo vino a su alma de modelar una imagen de "El placer que sólo dura un momento". Y se fué por el mundo a buscar bronce. Porque sólo en bronce podía pensar.

Pero todo el bronce del mundo entero había desaparecido; y en ninguna parte, en el mundo entero, podía encontrarse ningn bronce sino el de la imagen de "El dolor que dura siempre".

Esta imagen la había él mismo modelado, con sus propias manos, y colocado sobre la tumba de la sola cosa que hubjese amado en su vida. Sobre la tumba de la cosa muerta que él había amado más, había colocado esta imagen formada por él, para que ella fuese un signo del amor del hombre, que no muere, y un símbolo del dolor del hombre, que dura para siempre. Y en el mundo entero no había otro bronce, sino el bronce de esta imagen.

Y tomó la imagen que había formado, y la puso en un gran horno, y la entregó a las llamas.

Y del bronce de la imagen de "El dolor que dura siempre", hizo una imagen de "El placer que sólo dura un momento".

Parábola

Era de noche, y El estaba solo. Y vió a lo lejos las murallas de una ciudad circular y caminó hacia la ciudad.

Y cuando estuvo cerca, oyó en la ciudad el ruido de los pies de la alegría, y la risa de la boca del placer, y el son ruidoso de muchos laúdes.

Llamó a la puerta, y ciertos guardianes le abrieron. Y vió una casa que era de mármol, y tenía en la fachada hermosos pilares de mármol. En los pilares había guirnaldas suspendidas y, dentro y fuera, ardían antorchas de cedro. Y El entró en la casa.

Y cuando hubo atravesado la sala de calcedonia, y la sala de jaspe, y entró en la larga sala del festín, El vió tendido sobre un lecho, teñido de púrpura marina, a un hombre cuyos cabellos eran coronados de rosas, y cuyos labios estaban rojos de vino. Y El se acercó al hombre, y tocándole en el hombro, le dijo:

"¿Por qué vivís así?"

Y el joven se volvió y, reconociéndolo, le contestó y dijo:

"En otro tiempo yo era un leproso, y vos me habéis curado. ¿Cómo vivir de otro modo?"

Y El salió de la casa y se encontró de nuevo en la calle.

Y pocos instantes después vió a una mujer cuyo rostro y vestidos estaban pintados y los pies los tenía calzados de perlas. Y detrás de ella iba, con pasos lentos, como un cazador, un joven que llevaba una capa bicolor.

La cara de la mujer era semejante al hermoso rostro de un ídolo, y los ojos del joven centelleaban de deseo.

Y el siguió, con paso rápido y tocó la mano del joven, y le dijo:

"¿Por qué miráis así a esta mujer?"

Y el joven se volvió y, reconociéndolo, dijo:

"Antes era yo ciego, y vos me habéis dado la vista. ¿Qué podré mirar mejor?"

Y El siguió adelante y tocó el vestido pintado de la mujer, y le dijo:

"¿No hay otro camino por donde tú vayas sino el del pecado?"

Y la mujer se volvió y, reconociéndolo, dijo:

"Vos me habéis perdonado mis pecados, y este camino es deleitable".

Y El salió de la ciudad.

Y cuando estuvo fuera de la ciudad vió sentado, al final del camino, a un joven que lloraba.

Fué hacia él y tocó los largos bucles de su cabellera, y le dijo:

"¿Por qué lloráis?"

Y el joven levantó los ojos, y lo reconoció, y dijo:

"Yo estaba muerto, y vos me habéis resucitado de entre los muertos. ¿Qué puedo hacer sino llorar?"

El espejo

Cuando Narciso murió, el estanque de su placer se trocó, de una copa de agua dulce, en una copa de lágrimas saladas, y las Orcades llegaron llorando, a través de los bosques, para decirle canciones al estanque y consolarlo.

Y cuando ellas vieron que el estanque se había convertido, de una copa de agua dulce en una copa de lágrimas saladas, deshicieron las trenzas verdes de sus cabelleras, y clamaron al estanque, diciendo:

"No nos sorprende que lloréis así a Narciso: ¡era tan bello!

"¿Era bello Narciso?" — dijo el estanque.

"¿Quién puede saberlo mejor que vos?"—respondieron las Orcades. Junto a nosotras pasaba sin detenerse, pero a vos os buscaba; a vuestra orilla se tendía, bajaba sus ojos hacia vos, y en el espejo de vuestra onda miraba su hermosura."

Y el estanque respondió:

"Pero yo amaba a Narciso, porque cuando se tendía en mi orilla y bajaba los ojos hacia mí, en el espejo de sus ojos veía yo el reflejo de mi hermosura."

Otra parábola

Y cuando las tinieblas vinieron sobre la tierra, José de Arimatea, encendiendo una antorcha de pino, bajó de la colina al valle, camino de su casa.

Y, arrodillado sobre los duros guijos del Valle de la Desolación, vió a un joven que estaba desnudo y que lloraba. Era su cabello de color de la miel, y era su cuerpo como una flor blanca; pero tenía el cuerpo herido de espinas, y coronada de cenizas la cabellera.

Y el que poseía grandes bienes, dijo al mancebo, que estaba desnudo:

"No me asombra que vuestro dolor sea tan grande, porque, ciertamente, era un justo."

Respondió el joven:

"No lloro por él, sino por mí. Yo también he trocado el agua en vino, y he curado al leproso, y he vuelto la vista al ciego. Anduve sobre las aguas, y arrojé los demonios de los que habitan en las tumbas; alimenté a los hambrientos en el desierto donde no había comida, e hice levantar a los muertos de sus casas estrechas; y, a una orden mía, ante una gran multitud, se secó una higuera estéril. Todas las cosas que ese hombre ha hecho, las hice yo también, y, sin embargo, no me han crucificado."

Allá arriba

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio. Y el hombre llegó desnudo ante Dios.

Y Dios abrió el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al Hombre:

"Tu vida ha sido mala y te has mostrado cruel hacia aquellos que tenían necesidad de socorros, y para los que pedían apoyo has sido amargo y duro de corazón. El pobre te ha llamado y no lo has escuchado, y tus oídos se cerraron al grito de Mi afligido. Has guardado para ti tu herencia y has enviado los zorros al campo de tu vecino. Has tomado el pan de los niños y se lo has echado a los perros, y Mis leprosos, que vivían en los pantanos y estaban en paz y Me alababan, los has arrojado a los caminos; y sobre Mi tierra, la tierra que yo he formado, has derramado la sangre inocente."

Y el hombre respondió, y dijo:

"Sí, eso hice".

Y Dios volvió a abrir el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al Hombre:

"Tu vida ha sido mala, y la Belleza que Yo he revelado, tú la has perseguido, y has pasado cerca del Bien que Yo he ocultado. Las paredes de tu cámara estaban pintadas de imágenes, y del lecho de tus abominaciones te levantabas al son de las flautas. Has edificado siete altares a los pecados que Yo he sufrido, y has comido de lo que no se debe comer, y la púrpura de tu vestido estaba bordada de los tres signos de la vergüenza. Tus ídolos no eran ni de oro ni de plata, que duran, sino de carne, que muere. Has teñido su cabellera con perfumes y puesto granadas en su manos. Has teñido sus pies de azafrán y tendido alfombras ante ellos. Con antimonio has teñido sus párpados, y has untado sus cuerpos de mirra. Te has prosternado en tierra ante ellas, y los tronos de tus ídolos estaban colocados en el sol. Has mostrado al sol tu vergüenza y tu locura a la luna."

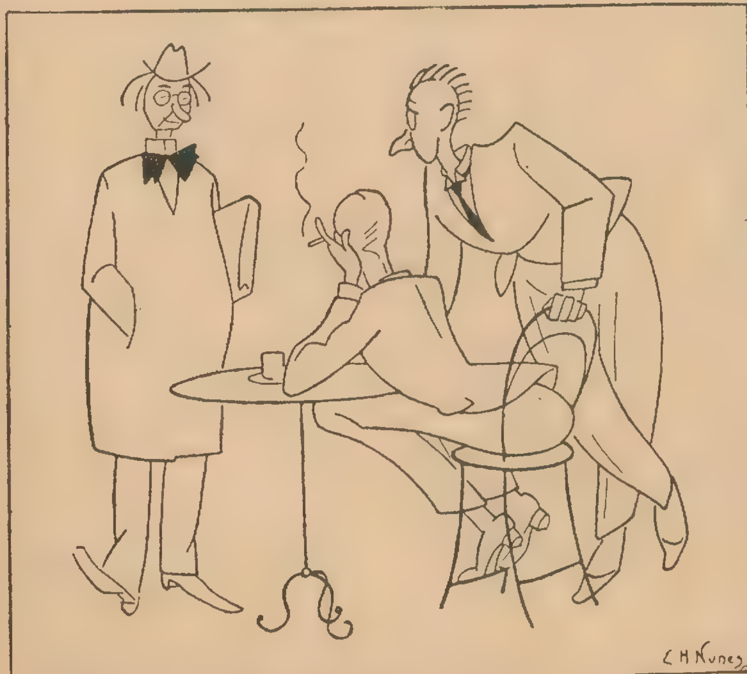
Y el hombre respondió, y dijo:

"Sí, eso hice".

Y por tercera vez Dios abrió el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al Hombre:

"Mala ha sido tu vida, y por el mal exigías el bien, y por la iniquidad, la bondad. Las manos que te han nutrido has herido, y los pechos



CAFÉ DE ARTISTAS

—El mundo va mal: en cuanto uno se acostumbra a un café, el dueño empieza a no querer fiar.

que te amamantaron has menospreciado. El que vino a pedirte agua se ha vuelto con su sed, y a los perseguidos, que te ocultaron en sus tiendas, los has traicionado antes del alba. Al enemigo que te perdonó lo hiciste caer en la emboscada, y al amigo que iba contigo vendiste por una suma de dinero, y a los que te traían el Amor has dado el Libertinaje en cambio.''

Y el Hombre contestó y dijo:

''Sí, eso hice''.

Y Dios cerró el Libro de la Vida del Hombre, y dijo:

''Ciertamente, te mandaré al Infierno. Sólo al Infierno te enviaré.''

Y el Hombre exclamó:

—''No puedes''.

Y Dios dijo al Hombre:

''¿Por qué no puedo Yo mandarte al Infierno, y por qué razón?''

''Porque nunca dejé de vivir en él''—contestó el Hombre.

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio.

Y en seguida Dios habló y dijo al Hombre:

'Viendo que no puedo mandarte al Infierno, te enviaré al Cielo.''

Y el Hombre exclamó:

''No puedes''.

Y Dios dijo al Hombre:

''¿Por qué no puedo mandarte al Cielo y por qué razón?''

''Porque nunca y en ninguna parte he podido imaginarlo.''

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio.

El Amor de Dios

Desde su infancia había sido él un hombre lleno del perfecto conocimiento de Dios y, aún adolescente, gran número de santos y santas mujeres, que habitaban la libre Ciudad de su nacimiento, se habían visto sobrecogidos de una gran emoción, por la grave sabiduría de sus respuestas.

Y cuando sus padres le entregaron la túnica y el anillo de virilidad, él los besó, los dejó y se fué por el mundo, a fin de hablarle de Dios. Porque en aquel tiempo había gentes en el mundo que no conocían a Dios y no tenían de El sino un conocimiento imperfecto, y adoraban falsos dioses que residían en los bosques, y no tenían ningún cuidado de sus adoradores. Volvió su rostro hacia el Sol y se puso en camino, los pies desprovistos de sandalias, y llevando en su cinto un saco de cuero y una pequeña calabaza de barro cocido.

Y mientras andaba por el camino, iba lleno de la alegría que viene del perfecto conocimiento de Dios, y cantaba, sin parar, las alabanzas de Dios; y al cabo de algún tiempo llegó a una tierra extranjera donde había numerosas Ciudades.

Y atravesó once Ciudades. Unas se encontraban en los valles, otras a orillas de grandes ríos y otras en las colinas. Y en cada Ciudad encontró un discípulo que le amó y lo siguió, y una gran mutitud de personas le siguieron de cada Ciudad, y el conocimiento de Dios se derramó en toda aquella tierra, y un gran número de jefes fueron convertidos, y los sacerdotes de los templos que tenían ídolos, se encontraron que la mitad de su ganancia había desaparecido, y cuando tocaban sus tambores al mediodía, casi nadie acudía con pavos u ofrendas de carne, como era costumbre en el país antes de su llegada.

Sin embargo, mientras más le seguía la gente y mayor era el número de sus discípulos, más crecía su tristeza. Y él no sabía por qué su tristeza era tan grande. Porque siempre hablaba de Dios, con la plenitud del perfecto conocimiento de Dios que El mismo le había dado.

Y una noche salió de la undécima Ciudad, que era una ciudad de Armenia, y sus discípulos le siguieron con una gran multitud de gentes, y subió a una montaña, y se sentó en una roca que había en la cumbre, y sus discípulos se pusieron en corro a su alrededor, y la multitud se arrodilló en el valle.

Y él ocultó la cabeza entre las manos y lloró, y dijo a su alma:

''¿Por qué estoy lleno de tristeza y de temor, y por qué veo un enemigo en cada uno de mis discípulos?''

Y su alma le respondió, y dijo:

''Dios te llenó del perfecto conocimiento de El mismo, y tú has entregado ese conocimiento a los demás. Tú has fragmentado la perla de gran valor, y has partido en dos la túnica sin costura. El que entrega la sabiduría, se roba a sí mismo y es semejante al que da su tesoro a un ladrón.



—¡Pronto, bombero! ¡un incendio!
—No es posible. Según nuestro gobierno, desde hace dos meses no hay combustible en el país.

¿No es Dios más sabio que tú? ¿Quién eres tú para confiar el secreto que Dios te ha confiado? Yo era antes rica y tú me has hecho pobre. Antes veía yo a Dios, y ahora me lo has escondido''.

Lloró él de nuevo, comprendiendo que su alma le decía la verdad; que él había entregado a los otros el perfecto conocimiento de Dios y que, como el que se agarra a las faldas de la veste de Dios, su fe lo abandonaba en razón del número de aquellos que creían en él.

Y se dijo:

''No hablaré más de Dios. El que entrega la sabiduría se roba a sí mismo.''

Y transcurridas varias horas, se le acercaron sus discípulos diciéndole: ''Maestro, háblanos de Dios, tú que posees el perfecto conocimiento de Dios que ningún hombre tiene.''

Y él les respondió, y dijo:

''Os hablaré de todas las cosas del cielo y de la tierra, pero de Dios no os hablaré. Ni ahora ni nunca os hablaré de Dios.''

Ellos, irritados contra él, le dijeron:

''Nos has traído al desierto para que te escucháramos. ¿Nos despedirás hambrientos, y con nosotros a la gran multitud a quien has hecho seguirte?''

El les respondió, y dijo:

''No os hablaré de Dios.''

Y la multitud murmuró contra él, diciéndole:

''Nos has conducido al desierto, y no nos has dado a comer ningún alimento. Háblanos de Dios y eso nos bastará.''

Pero él no les dió palabra alguna en respuesta. Porque sabía que, si les hablaba de Dios, entregaba su tesoro.

Y sus discípulos se fueron tristemente, y la multitud de gentes volvió a sus moradas. Algunos murieron en el camino.

Y cuando estuvo solo, se levantó y volvió su cara hacia la luna, y viajó durante siete lunas sin hablar a nadie y sin dar ninguna respuesta. Y cuando declinó la séptima luna, llegó a un desierto, que es el desierto del Gran Río.

Y, encontrando una caverna habitada en tiempos por un centauro, la tomó por morada suya, y, haciendo una estera de juncos para acostarse, se convirtió en ermitaño. Y el ermitaño loaba a Dios a todas horas, por haberle permitido conservar algún conocimiento de El y de Su grandeza maravillosa.

Una noche, pues, que el ermitaño estaba sentado ante la caverna, que había hecho su morada, vió a un joven de hermosa cara y maligna, que pasaba junto a él, pobremente vestido, y con las manos vacías. Todas las noches pasaba con las manos vacías, y todas las mañanas volvía con las manos llenas de púrpuras y de perlas. Era un ladrón que robaba las caravanas de mercaderes.

Y el ermitaño lo miró, y tuvo piedad de él. Pero no le dijo palabra. Porque sabía que el que pronuncia una palabra pierde su fe.

Y una mañana, como el joven volvía, llenas las manos de púrpura y de perlas, detúvose frunciendo las cejas, y golpeando con el pie en la arena, dijo al eremita:

''¿Por qué me miráis siempre de este modo cuando paso? ¿Qué es lo que veo en vuestros ojos? Porque nadie antes me ha mirado así. Y esto es para mí una espina y un tormento.''

Y el ermitaño le respondió, y le dijo:

''Lo que véis en mis ojos es la piedad. La compasión es la que os mira por mis ojos.''

Y el joven lanzó una carcajada de desprecio y gritó amargamente al eremita, diciéndole:

''Tengo en mis manos púrpura y perlas, y vos no tenéis más que una estera de junco para acostaros. ¿Qué compasión podéis tenerme? ¿Y por qué razón me compadecéis?''

''Tengo piedad de vos—dijo el ermitaño—porque no tenéis conocimiento de Dios.''

''¿Y es cosa preciosa ese conocimiento de Dios?''—preguntó el joven, aproximándose a la entrada de la caverna.

''Es más preciosa que toda la púrpura y todas las perlas del mundo''—respondió el eremita.

''¿Y vos la poseéis?''—dijo el joven ladrón, y se acercó todavía más.

''Sí, en tiempos—respondió el ermitaño—poseía yo el perfecto conocimiento de Dios. Pero en mi locura me deshice de él, compartiéndolo con otros. Ahora mismo, sin embargo, lo que de él me queda es más precioso para mí que la púrpura y las perlas.''

Cuando esto oyó el joven ladrón, tiró la púrpura y las perlas que tenía en las manos, y sacando una corva espada de acero cortante, dijo al eremita:

''Dadme ahora mismo ese conocimiento de Dios que poseéis, u os degüello en el acto. ¿Cómo no mataría yo al que tiene un tesoro más grande que mi tesoro?

Y el ermitaño abrió sus brazos, y dijo:

''¿No será mejor para mí ir a los secretos tabernáculos de Dios y alabarle, que vivir en el mundo sin poseer ese conocimiento? Degolladme si queréis, pero no entregaré mi conocimiento de Dios.''

Y el joven ladrón se hincó de rodillas, y le imploró; pero el eremita no quiso hablarle de Dios ni darle su tesoro. El joven ladrón se levantó y dijo al eremita:

''Sea como vos queréis. Pero yo me voy a la Ciudad de los Siete Pecados, que sólo dista de aquí tres jornadas, y por mi púrpura me darán placer, y por mis perlas me venderán alegría.''

Y recogió la púrpura y las perlas.

Y el eremita lanzó un grito, y lo siguió suplicante. Por espacio de tres días siguió al joven ladrón en el camino, implorándole para que volviese y no entrara en la Ciudad de los Siete Pecados.

Y de cuando en cuando, el joven ladrón, volviéndose al ermitaño, lo llamaba y decía:

''¿Queréis darme ese conocimiento de Dios, que es más precioso que la púrpura y las perlas? Si me lo dáis no entraré en la Ciudad.

Y siempre el ermitaño respondía:

''Todo lo que tengo te lo daré, menos eso sólo. Porque eso no me es permitido entregarlo.''

Y al crepúsculo del tercer día llegaron muy cerca de las grandes puertas escarlatas de la Ciudad de los Siete Pecados, y de la Ciudad venía el ruido de una risa enorme.

Y el joven ladrón respondió con una carcajada, y se acercó a llamar a la puerta. Y yéndolo a hacer, acudió el ermitaño, lo agarró por la falda de la veste, y le dijo:

''Tended vuestras manos, echadme los brazos al cuello, acercad vuestro oído a mis labios, y os daré lo que me queda del conocimiento de Dios.''

Y el joven ladrón se detuvo.

Y cuando el eremita hubo entregado su conocimiento de Dios, cayó al suelo llorando, y una gran oscuridad le ocultó la Ciudad y al ladrón, tanto que no los vió más.

Y, como yacía llorando allí, sintió que Alguien estaba a su lado, y Aquel que estaba a su lado tenía los pies de bronce y los cabellos como de lana fina. Y levantando al eremita, le dijo:

''Antes has tenido el perfecto conocimiento de Dios. Ahora tendrás el perfecto Amor de Dios. ¿Por qué lloras?''

Y le dió un beso.

PUCHITOS

El gobierno inglés ha establecido cerca de Londres una escuela de cadetes aviadores, cuyo programa de estudios comprende, aparte de las materias obligatorias, cinco, a opción, y entre éstas el griego y el latín. A estas horas la gente se pregunta qué tienen que ver las lenguas muertas con la preparación de un buen aviador.

El soldado canadiense es el mejor pagado del mundo. Durante la guerra, en Francia, cada combatiente canadiense percibía seis chelines por día. Ultimamente ese salario, pues no es otra cosa, ha sido aumentado a doce chelines, que es, en cualquier parte del mundo, la remuneración de un buen operario. Pero los soldados que poseen un oficio de especial utilidad en el ejército—armeros, talabarteros, mecánicos, herreros, etc.,—pueden ganar en las filas hasta dos libras esterlinas por día.

Los avestruces viven muchos años: alrededor de treinta y cinco. Tienen hasta cuatro mudas de plumas por año, plumas que, como se sabe, son de gran valor comercial. Se cita el caso de un solo avestruz que producía anualmente plumas cuyo valor ascendía a 10.000 francos. Unos cuantos de esos animales, bien cuidados, representan, pues, una renta cuantiosa.

Un invento sencillísimo, el del sobre para cartas, fué al principio considerado como algo de extraordinaria utilidad pública. Ese invento cuenta ciento doce años. En 1808, un inglés llamado Brewes, hizo fabricar los primeros sobres en Brighton y los entregó al comercio. En pocos años Brighton se puso rico.

Según el doctor Kuwada, no hay existencia más lamentable que la de las obreras japonesas. Hay cerca de 700.000 en las diversas industrias y todas llevan una vida de sufrimiento sin tregua. Trabajan todo el día y apenas se les concede tiempo para comer. Se las engaña haciéndolas permanecer en la fábrica más horas que las convenidas. De cada 80.000 obreras, nada menos que 70.000, las siete octavas partes, son menores de catorce años.

Los pececillos rojos que se acostumbra tener en las peceras domésticas, pueden permanecer sin comer hasta cerca de un mes. Es siempre poco conveniente darle migas de pan o féculas que alteran el agua.

Los etnólogos norteamericanos han observado el hecho curioso de que los negros de los estados del sur se vuelven cada vez más negros, a pesar de los cruzamientos. Por lo común, el negro norteamericano tiene un tercio de sangre de raza blanca, pero su tez es más negra que la de sus antepasados africanos. En cambio tiene los rasgos africanos menos pronunciados, el prognatismo menos marcado y la cabellera menos motuda.

Los barcos japoneses cuyos nombres terminan en "kau", son buques de guerra; si el nombre acaba en "maru", son barcos mercantes.

La corbata viene de los croatas, aunque seguramente la mayor parte de los croatas nunca han usado corbata. Un antiguo autor francés, nos dice al respecto: "Se llama "cravate" (corbata) el lienzo blanco que uno se pone al rededor del cuello y cuyos dos extremos caen hacia adelante. Se le llama así a causa de que hemos tomado esta especie de adorno de los croatas llamados ordinariamente "cravates". Agrega que "esa especie de adorno" comenzó a imitarse de los "cravates" en 1636.

En ciertos terrenos pedregosos del sur de Africa se cría una planta del género de los mesembriantemos, cuya semejanza con los guijarros es tal, que muchas veces se recogen creyendo que son piedras.

Otra especie de la misma planta, que crece en los montes de escasa vegetación, echa dos hojas del tamaño de huevos de gansa, cuya superficie, de color gris oscuro con algo de verdoso, les da el aspecto de piedras. Pasado algún tiempo, les nacen a estas plantas unas flores de color amarillo claro.

Existen también otras especies que se parecen a los guijarros de cuarzo, entre los cuales se crían.

Toda la antigüedad clásica, Alcibíades y Virgilio, la Edad Media, Dante y Beatriz y buena parte del Renacimiento se sonaban las narices con la mano. Es penoso admitirlo, pero es la verdad. Todavía a mediados del siglo XVI un tratado de urbanidad aconsejaba limpiarse las narices con los dedos de la mano izquierda, y no con los de la derecha, que servían para tomar la carne del plato. Pues hasta entonces tampoco se conocían los tenedores y nuestros poéticos antecesores metían la mano en las salsas.

Si se coloca una pluma de avestruz en sentido vertical, se verá que tiene exactamente iguales los dos lados, porque el tallo está precisamente en el centro.

Esta particularidad no se observa en otras aves, cuyas plumas tienen el tallo más próximo a un lado que a otro.

En algunas regiones de Rusia Central se encuentra una variedad de piedra muy curiosa. Es una piedra fibrosa que se puede hilar y tejer como el tejido de cristal, y resulta tan flexible como la tela de algodón. Además ofrece la ventaja de no romperse, por cuya razón los obreros la emplean para camisas. Cuando está sucia no hay que hacer sino echarla al fuego, y queda nueva, como pasa con el amianto.

En los países donde el oro circula como la plata, una moneda de este metal tiene que pasar, según cálculos, por dos mil millones de manos antes de que se desgaste el relieve por la fricción.

Las monedas de plata duran más. Antes de quedar borradas tienen que cambiar de mano nada menos que 3.250 millones de veces.

Dícese que la flor más grande del mundo es una que se cría en Mindanao, y a la que los indígenas llaman "bolo". Tiene cinco pétalos que miden cerca de un metro de ancho, y se han cogido ejemplares que pesaban cerca de diez kilos. Se encuentra en los terrenos más elevados de la isla, a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar.

Desde hace muchos siglos existe en el Japón una curiosísima ley, por efecto de la cual, cuando el emperador o la emperatriz se presentan en público, ninguna persona puede ocupar un lugar más alto que estos miembros de la familia real.

Para cumplir con la ley, que aun está en vigor, al pasar los monarcas por la calle nadie puede asomarse a las ventanas, las cuales se cierran con persianas, de tal suerte que las casas parece que están desiertas.

En ciertos pueblos de Oceanía, sobre todo en Australia, el yerno y la suegra no deben mirarse, ni hablar, ni acercarse. Las relaciones sólo se estrechan algo cuando la esposa da a luz.

La idea de que el Sahara es una región completamente estéril y sin valor ninguno es uno de tantos errores admitidos por el vulgo. Sólo en el Sahara Argelino había hace años nueve millones de cabezas de ganado lanar, dos millones de ganado cabrío y 260.000 camellos. El millón y medio de palmeras de sus oasis dieron en un año dátiles por valor de treinta millones de pesos oro.

Hallándose en el Café du Nord, en Ginebra, el gran pintor ginebrino, F. Holder, dibujó en el mármol de la mesa la cabeza y el busto de una joven bellísima, y el dueño del establecimiento mandó cortar el mármol y ponerlo en marco. Hoy son varias las personas que ofrecen 3.000 francos por la obra de arte.

Poco tiempo después de su coronación el rey Eduardo de Inglaterra recibió un paquete de Vermont (Estados Unidos), dirigido a "Su Majestad el Rey de Inglaterra en la casa del Parlamento, Inglaterra", con una patata gigantesca, premiada en una exposición de agricultura. El remitente rogaba humildemente que aceptase el regalo.

Otro de los presentes raros recibidos por el ya mencionado monarca, fué la mano momificada de una princesa egipcia. El rey aceptó el obsequio y lo usó como pisa-papeles en su mesa de despacho del palacio de Sandringham.

El primer prelado español que mereció ser nombrado vicario apostólico por el Sumo Pontífice, fué Zenon, obispo de Hispalis o Sevilla; el papa Simplicio le nombró su vicario apostólico, y fué el primero entre los españoles que obtuvo tan alta dignidad.

Parece ser que nada menos del año 203 a 211 (a. de J.) es el plano más antiguo que de Roma se ha conservado hasta nuestros días. Tiene un tamaño de 266 metros, y está compuesto de ciento diez pedazos de mármol de diferentes tamaños, observándose en algunos de ellos una labor muy detallada y fina, mientras que en otros el dibujo es muy basto.

Lo más raro de este mapa, llamado "Forma Urbis", es que tiene varias escalas, como, por ejemplo, las partes correspondientes al Foro y al Palatino en que es mayor que en el resto.

El termómetro más costoso en uso actualmente es uno que existe en la universidad de "John Hopkins", en Estados Unidos. Es un instrumento casi perfecto y sus graduaciones son tan finas, que requieren el empleo del microscopio para hacer las lecturas. Su costo está avaluado en 25.000 pesos moneda nacional.

La isla de Yeso, en el Japón, es notable por muchas cosas, y entre ellas por el tamaño colosal que en sus bosques adquieren las plantas herbáceas. Los cardos y las bardanas son allí muy parecidos a los de Europa en su aspecto, pero de dimensiones verdaderamente gigantescas, adquiriendo con frecuencia la talla de pequeños árboles. Ello es sin duda debido a la influencia de un verano muy caluroso y muy húmedo sobre una flora de origen occidental en un terreno volcánico.

Un par de indígenas, por ejemplo, pueden defenderse de los ardorosos rayos del sol con una hoja de bardana.

El Lena y el Volga son, entre todos los ríos del mundo, los que siguen el curso más recto. El Lena recorre más de 1.400 kilómetros en línea recta, y el Volga tiene un trozo de más de 277 kilómetros sin curva alguna.

Los cafres que trabajan en las minas de diamantes del Africa del Sur, viven presos todo el tiempo que permanecen al servicio de la compañía explotadora. Al concluir el trabajo, los capataces los conducen, bien vigilados, al "compound", que es una especie de pueblo rodeado de alta estacada para que no puedan salir más que con un permiso especial. La compañía les proporciona todo lo necesario para su alimentación y hasta para su recreo, pero no obstante todas estas precauciones, hay cafres que a diario roban.

Antes iban a pie las brigadas de obreros desde la mina hasta el "compound", pero ahora se les transporta en tranvías aéreos.

CARADURA



—¡Tiene usted todavía el valor de venir a ofrecerme en venta los pollos que me ha robado!
—Es que, como usted los ha criado, creí que nadie los apreciaría mejor que usted.

DISCULPA



—¡Pero, tío! ¡Usted en el cabaret!
—Es para saber cómo se empleará mi plata después de mi muerte.

Una estafeta primitiva

Las ciudades norteamericanas son notables por la rapidez con que se desarrollan en extensión, población y elementos de vida. Uno de los ejemplos más admirables lo ofrece la ciudad de Nebraska, capital del estado del mismo nombre de la república norteamericana. Nebraska es hoy una población importante y, sin embargo, todavía vive en Londres un viajero que cuenta en sus recuerdos una anécdota muy curiosa.

El viajero en cuestión llegó a Nebraska en los tiempos en que no había allí más que un grupo de casuchas y barracones construídos de cualquier modo por los primeros pobladores, y al preguntar a unos vecinos por la estafeta de correos, le indicaron que debía ponerse al habla con un viejo que estaba sentado en un tronco de árbol, a algunos metros de distancia. El viajero se acercó al anciano y cuando le hubo expuesto su deseo de ir a la estafeta a recoger una carta que esperaba, el viejo se quitó el sombrero, rebuscó entre varias cartas que guardaba en él y entregó el pliego esperado. ¡La administración de correos de Nebraska no tenía más local que la copa del sombrero del cartero!

Hoy dispone el servicio postal de la población de numerosos empleados y de un gran edificio a la moderna.

El humo antiséptico

Es incontestable que ciertos humos tienen propiedades antisépticas; la conservación de las carnes curadas al humo constituye una prueba manifiesta.

Pero se ignoraba, hasta hace poco, cuál era la substancia activa a la que debían los humos tan preciosa propiedad. De los experimentos realizados por M. Trillet resulta que dicha substancia es el aldehido fórmico.

Como consecuencia de este descubrimiento, el mismo autor ha demostrado que en la atmósfera de las grandes ciudades existe una cantidad notable de aldehido fórmico, procedente de los humos de los combustibles y cuya presencia puede considerarse como un principio de saneamiento del aire urbano, del que tan mal hablamos.

Entre los cuerpos cuya combustión desprende más formoldehido figuran en primer lugar las materias azucaradas y las resinas, y precisamente las substancias cuya combustión se recomienda desde la más remota antigüedad para el saneamiento. Nada menos que en tiempos de Homero se quemaban ya bayas de enebro y resinas en tiempo de epidemia y todavía hoy se quema azúcar para desinfectar.

En nuestros antepasados la noción de la desinfección estaba intimamente ligada con la de la deodorización; lo principal era destruir los malos olores. El formoldehido tiene precisamente la propiedad de formar compuestos inodoros con el hidrógeno sulfurado y sus derivados, y así, guiados por la observación fundada en la desaparición del mal olor, los antiguos eligieron las substancias que desprenden más aldehido fórmico, el cual es un antiséptico poderoso.

Declaraciones alpinas

En las remotas aldeas alpinas se conservan curiosas costumbres tradicionales para declararse por medio de las flores. Si, por ejemplo, una joven acepta un ramo de edelweiss de un hombre, quiere indicar que le acepta por novio, considerando que el pretendiente ha arriesgado su vida al agarrar las flores para la mujer a quien ama.

En el Canton de Glarus tienen otra costumbre. El pretendiente pone en el alféizar de la ventana del aposento donde vive la joven pretendida, cuando está ausente, un tiesto con una sola rosa y una carta, y espera, durante varios días, a veces, la respuesta. Si la joven toma la rosa, el pretendiente entra resueltamente en la casa y concierta la boda con la familia, pero si la pretendida deja que la rosa se marchite y se seque, quiere decir que rechaza el noviazgo, sin que entre la pareja se cruce una sola palabra.

Un reptil de hace millones de años

El Museo de Historia Natural de Nueva York posee el esqueleto fósil de un gigantesco lagarto, de especie enteramente desconocida hasta ahora, que vivió hace millones de años en lo que hoy es el Canadá. Juzgando por este esqueleto, el animal a que pertenecío medía unos diez metros de largo, y debía ponerse con frecuencia en dos pies, a la manera de los canguros, en cuya posición no bajaría su estatura de cinco metros.

Los huesos del cráneo demuestran que debía tener la cabeza adornada con una especie de cresta cutánea, como la de esos lagartos actuales de la América Central llamados basiliscos, los cuales, por supuesto, nada tienen que ver con el terrible basilisco de la fábula.

A pesar de su aspecto, que era sin duda imponente, este reptil se alimentaba sólo de hierba, según se deduce de la conformación de sus dientes, y probablemente era víctima de otros reptiles carnívoros, como el albertosaurio, que vivía en la misma época y en el mismo país.

Una pluma estilográfica del siglo XVIII

Las modernísimas plumas estilográficas son más antiguas de lo que pudiera creerse. Un lector del periódico científico "La Nature", escribió lo siguiente:

"Repasando un libro publicado en 1725 y firmado por el "señor Bion, ingeniero del rey para los instrumentos matemáticos, quai de l'Horloge, en cuya casa se encuentran estos instrumentos perfeccionados", encuentro esta descripción de la "pluma sin fin".

"Es un instrumento compuesto de tres piezas F., G., H. La pieza F. lleva una pluma adaptada a un tubo con rosca interior y soldado a otro tubito del grueso del interior de la tapa G., en la cual va soldado un tornillo que sirve para subir y bajar dicha tapa a fin de tapar el agujero I., por donde sale la tinta. La otra pieza sirve para tapar el orificio superior del depósito, y contiene un porta-lápiz de tornillo.

"Para usar la pluma se destornilla la pieza G., se sacude un poco la pluma y la tinta va bajando poco a poco, mientras se escribe, a condición de conservar bien tapado el orificio de H., para impedir que el aire haga presión sobre la tinta y ésta salga toda de una vez."

Curiosa ceremonia fúnebre

En Labruck (Irlanda) se conserva todavía una costumbre muy curiosa en el acto de los enterramientos.

Al cementerio se lleva en compañía del féretro una caja de pipas de barro, que se reparten entre los asistentes al duelo bien cargadas de tabaco, y en cuanto se da tierra al cadáver, todos se ponen a fumar en silencio. Sobre la sepultura se echan unas cuantas piedras formando una especie de pirámide, y al acabar de fumar se arroja solemnemente la ceniza de cada pipa sobre el montón de piedras, se rompen las pipas, se tiran los pedazos y todo el duelo se retira.

La astronomía y la longevidad

Por una curiosa ironía del destino, la profesión más castigada por la mortalidad es la de los médicos.

En cambio la profesión de astrónomo es la que cuenta con el mayor número de longevos. Camilo Flammarión, astrónomo y hombre de edad muy avanzada, dice:

"Los astrónomos mueren muy viejos: su intimidad con los astros les procura, sin duda, una serenidad de espíritu que los aleja de las pasiones del mundo.

"La sociedad astronómica de Francia cuenta entre sus miembros a dos o tres centenarios."

Algunos ejemplos confirman la longevidad atribuída a los astrónomos: Fontenelle, autor de "La pluralidad de los mundos", murió centenario; Carolina Herschell, hermana del famoso Herschell y su colaboradora en estudios astronómicos (descubrió siete cometas), murió a los 98 años. Cassini llegó a los 97. Newton, Halley, Biot, La Hire, Bernouilli y otros muchos astrónomos pasaron de los 80 años.

No sólo hay profesiones favoritas de la longevidad, sino también países. Bulgaria es a este respecto un país excepcional. Su población no alcanza a cuatro millones, pero en ella se cuenta más de tres mil centenarios, mientras Alemania, con cerca de doce veces esa población, no contaba, antes de la guerra, con más de 78 centenarios.

Es curioso mencionar el caso de Suiza, donde los centenarios son casi desconocidos. Los médicos explican el fenómeno por el rigor del clima helvético en invierno.

Pedro COLOMBO.

Los microbios y el aroma del queso

Entre las industrias de las fermentaciones, ninguna como la quesería demuestra hasta qué punto ha podido la finura de observación de los prácticos dirigir hacia un objeto definido una serie de acciones sucesivas, las cuales tienen por campo el queso, alimento precioso para el "gourmet" y abundante medio de experimentación para el bacteriólogo.

Es bien sabido que los quesos constituyen, en efecto, verdaderos cultivos de microbios variados. A partir de la coagulación, sucédense diversas categorías de fermentos que atacan a la lacteína para convertirla en alcoholes o ácidos, los cuales acaban por perderse sin dejar rastro de la azúcar lactosa. Por virtud de esas acciones, la caseína comienza a su vez a ser modificada, mientras que las materias grasas permanecen casi intactas.

Hasta este preciso instante de la fabricación, la ciencia del laboratorio no ha podido prestar grandes servicios a la industria quesera, que en verdad sea dicho, necesita el estudio complejo, todavía algo descuidado, no de los cultivos micróbicos puros, sino por el contrario, de la asociación de los fermentos, puesto que para elaborar quesos diferentes es indispensable regular de modo preciso la serie de fermentaciones.

Los bacteriólogos no han conseguido, ciertamente, hasta ahora y procediendo por síntesis experimental (contaminando leches esterilizadas) obtener quesos pertenecientes a un tipo definido. En este punto interesante de microbiología industrial sólo sabemos que las vegetaciones son necesarias para la fabricación de los quesos llamados finos, y que todas ellas pertenecen al género denominado por los botánicos "Penicillium".

¡Y es curioso esto que ocurre con el empleo de los microbios en la elaboración de quesos! Como que cada familia de bichitos tiene no sólo su misión especial que cumplir, sino su momento oportuno de aplicación. Existe, por ejemplo, el "Penicillium candidum" que, desarrollándose en todos los quesos enmohecidos, no conviene, sin embargo, más que a los productos destinados al consumo en fresco, cual ocurre con los quesos "Bondons" y "Coulommiers". El microrganismo del exquisito queso de "Brie" y del "Camembert" es el "Penicillium album", en tanto que el del "Roquefort" lleva el nombre un tanto modernista de "Penicillium glaucum".

El más delicado de todos esos animalucos es el "Penicillium album", cuyo papel consiste en eliminar el ácido láctico para preparar la fermentación de la caseína, que sería imposible en un medio ácido. A pesar de las estrechas condiciones a que se le somete, el "Penicillium album" permanece blanco, circunstancia necesaria para la buena marcha de la fabricación. Por el contrario, considérase ya depreciado el queso que en esta fase de elaboración se vuelve negro.

Ahora bien; no deja de ser extraño que semejantes vegetaciones presenten normalmente esporas verdes. Si aquéllas continúan blancas durante la fermentación quesera, es que el desarrollo de la misma se encuentra regulado por microbios antagonistas; antagonismo debido a que desempeñan el mismo papel y se nutren del mismo modo, devorando "oidiums" y micodermos.

Una vez obtenido el medio alcalino, otras especies micróbicas indeterminadas, que producen vegetaciones rojas, hacen desaparecer al "Penicillium album", cuya misión alcalinizante ha terminado después de haber sido favorecida por acciones paralelas. Algunas veces se obtiene el mismo resultado mediante una atmósfera neutralizante amoniacal a la que son sometidos los quesos; pero la verdad es que la alcalinización debe ser efectuada por el "Penicillium album", el cual en cierto modo deja su sabor especial al producto alimenticio. Recuérdese cuán diferente es el gusto de los quesos "Livarot", "Port-Salut" y "Pont l'Eveque", que prescinden del "Penicillium album", al de los que lo utilizan, como ocurre con el "Brie" o el "Camembert".

Cabe esperar que, ahora que han entrado los bacteriólogos en el estudio de las asociaciones micróbicas queseras, proporcionarán a la industria, como resultado de sus experiencias sintéticas, nuevos quesos de aroma sutil, obtenidos mediante fermentaciones bien dispuestas.

Billetes de banco curiosos

El Banco de Barcelona, que cuenta hoy día sesenta y ocho años de existencia, fué en sus primeros tiempos Banco de emisión, por haber sido autorizado para emitir y poner en circulación billetes al portador desde el valor de 200 hasta el de 20.000 reales de vellón cada uno, por el artículo 10 de sus Estatutos, aprobados en 1.º de mayo de 1844.

Usando de esta facultad, emitió varios billetes que circularon legalmente, y entre ellos hizo una emisión en 1845, que decía textualmente: Al centro: "Banco de Barcelona, doscientos cincuenta pesos fuertes pagaderos a la vista al portador. Barcelona". Seguían las firmas del comisario regio, el director del servicio, el administrador y el cajero. Y al lado izquierdo, verticalmente, se leía: "pena de muerte al falsificador".

En las emisiones sucesivas de 1855, 1859 y 1868, no se consigna esta inscripción.

Un nuevo procedimiento de antropometría

El doctor Severin Icard, es inventor de un nuevo procedimiento para marcar a los criminales con un signo indeleble que facilitaría su identificación.

El procedimiento consiste en inyectar bajo la piel cierta cantidad de parafina, la cual se rodea de tejido fibroso y concluye por formar una especie de quiste que sólo puede desaparecer mediante una operación quirúrgica, pero dejando siempre una cicatriz tan visible como la nudosidad. La inyección en frío de la parafina no ofrece ningún peligro, y puede practicarse en diversos puntos del cuerpo, según la naturaleza del delito, y este signo constituirá un revelador para la policía.

LA CAUSA DEL MAYOR PRECIO



—¿Cómo se explica que usted me venda las castañas extranjeras a un peso y medio, cuando su vecina me las da por uno y treinta?
—¡Las mías son más extranjeras!

EL NUEVO RÉGIMEN EN ALEMANIA



Se acabaron en el Zoo el Tigre Real y el Aguila Real.

La prueba de la brujería

Los brujos y adivinas actuales no son más que unos pobres diablos obligados a vivir de ese género de modestas estafas, y sólo los toman en cuenta otros pobres diablos, tan ignorantes como ellos, que resultan sus víctimas. Pero en otros tiempos se les tomaba en serio, tan en serio, que los pobres brujos pagaban el pato con su propia sangre. Era en la Edad Media cuando se les trataba con más crueldad, pero la costumbre de perseguirlos judicialmente subsistió hasta el siglo XVIII.

Lo primero que los jueces reclamaban en los procesos de brujería, era "la confesión del crimen".

Y esa confesión se obtenía por la tortura. Como las autoridades en esa clase de delitos afirmaban que el Diablo se esforzaba por impedir la confesión, los jueces comenzaban por hacer afeitar cuidadosamente al acusado por temor de "que el maligno se ocultara entre los pelos del cuerpo".

Esta tontería provoca la risa. No así otros procedimientos más convincentes que luego empleaban: ordenaban al verdugo que pinchara con largas agujas en todo el cuerpo del acusado hasta dar con el "punto insensible" que, según suponían, era donde se asilaba el espíritu del Diablo.

En cuanto se descubría ese punto insensible no había duda alguna de que el individuo era un brujo que mantenía relaciones con el infierno.

En la actualidad se sabe que hay diversas enfermedades mentales que ocasionan la insensibilidad de algunas partes del cuerpo. Si este fenómeno, científicamente comprobado, hubiese sido conocido hace siglos, muchos infelices se habrían salvado de la hoguera.

En el siglo XVIII, los magistrados comenzaron a entrar en razón.

Se refiere que en Holanda, en Oudewater, una graciosa estratagema, debida a Carlos V, salvó del suplicio a una multitud de individuos, considerados como brujos por el populacho.

Era la llamada "balanza de los brujos". La costumbre consistía en pesar en la gran balanza municipal a las personas acusadas de brujería y verificar así si poseían un determinado peso considerado propio de los "buenos cristianos".

La mayor parte de las personas sospechadas de magia por la murmuración pública, se presentaban espontáneamente para ser pesadas.

Dos funcionarios especiales procedían a efectuar la toma de peso, que era certificada y legalizada por un escribano y un funcionario judicial. Entre todos ellos se repartían la suma de seis florines y diez sueldos que pagaba cada persona, para obtener en cambio un certificado que atestiguaba que el peso era "regular" y que no poseían nada de diabólico.

El certificado era otorgado sin mayor dificultad y la gente sospechosa pagaba con gusto esos seis florines, que los salvaban de la horca o la hoguera.

Un gran depósito de diamantes

Un sindicato compuesto de hombres de ciencia, de reconocida autoridad, y de varios financieros, emprendió, no hace mucho tiempo, la más extraordinaria aventura minera que puede recordarse en la historia del mundo.

El objeto de la empresa es la busca de un enorme aerolito que cayó en la Tierra hace muchos siglos y que vale muchísimos millones de pesos, porque, según se cree, es de diamante puro.

El campo de operaciones de esta sorprendente empresa minera será la Montaña del Meteoro, situada en el corazón del desierto de Arizona (Estados Unidos).

En la tribu de pieles rojas conocida por el nombre de los Moki, circula una leyenda interesantísima acerca de la Montaña del Meteoro. Hace muchos, muchos siglos, los mokis ofendieron al Gran Espíritu y cayó de los cielos una estrella deslumbradora que iluminó la tierra y sembró el terror entre las arrepentidas tribus, porque la juzgaban como un aviso para que se arrepintiesen. Y, en efecto, los mokis son desde tiempo inmemorial los indios más virtuosos, tanto que los blancos les conocen por "los indios buenos".

La leyenda era muy conocida, pero todo el mundo la juzgaba como tal hasta que un caminante que se extravió se detuvo al pie de la Montaña del Meteoro y descubrió el sitio donde probablemente cayó la "estrella deslumbradora". El caminante cogió unos cuantos fragmentos meteóricos y no tardó en descubrir que contenían varios diamantes negros. Todo el terreno estaba sembrado de trozos semejantes, evidentemente desprendidos del cuerpo principal del aerolito al chocar violentamente con la tierra.

Registradas las faldas de la montaña se encontraron bastantes fragmentos para obtener la certeza de que el meteoro era de carbono puro.

El sindicato científico, formado para explotar la Montaña del Meteoro, cree seguro que va a descubrir el mayor depósito de diamantes del mundo. La creencia se basa en la teoría de Sir William Crookes, según el cual los agujeros sin fondo conocidos por cañerías de diamantes, en los cuales se encuentran generalmente estas piedras preciosas, son el resultado de meteoros caídos en la Tierra.

Teniendo en cuenta el tamaño probable del meteoro y la tremenda fuerza con que caería, los ingenieros del sindicato calculan que debe de hallarse a unos 800 metros de profundidad. Ya tienen abierto un pozo de más de 400 metros, por lo cual, el descubrimiento del diamante gigantesco es ya cosa de poco tiempo.

FALLECIMIENTO DEL GOBERNADOR LENCINAS



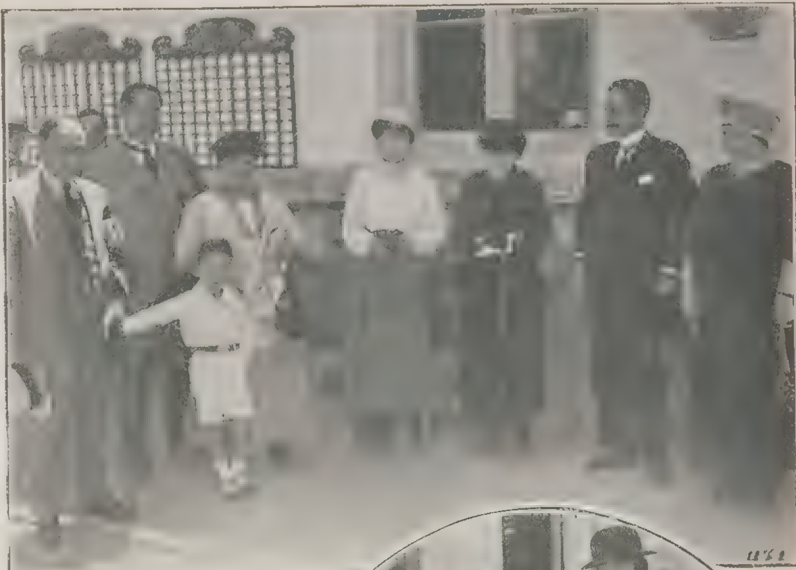
Dr. José Néstor Lencinas, que dejó de existir en Mendoza el día 20 del actual.

Por lo inesperada, causó profunda sorpresa en Buenos Aires la noticia de la muerte del gobernador de Mendoza, ocurrida en dicha ciudad, el martes de la semana anterior.

Los sucesos políticos últimamente desarrollados en aquella provincia, atrajeron la atención del país sobre este caudillo y le rodearon de gran popularidad en muy corto espacio de tiempo.

La personalidad del Dr. Lencinas se destacó en las luchas políticas por la entereza y energía de su carácter, y por las típicas modalidades que puso de manifiesto en su labor de gobernante. La provincia de su mando se conmovió rudamente, pero el batallador político permaneció firme en la lucha, haciendo gala de poseer un espíritu incansable y bien templado, sin desmayos en la acción.

El doctor Lencinas graduóse de abogado en la facultad de Córdoba, en 1880; dictó cátedra de historia en el Colegio Nacional de Mendoza, fué diputado a la legislatura de esta provincia, intendente municipal de Mendoza, y, por último, diputado nacional en 1916. Dos años después resultó elegido gobernador.



Las últimas fotografías del mandatario mendocino.— En Cacheuta, descansando de las tareas políticas.



En las mismas termas, con su familia y las de Letamendi, Del Aglio, Chiappe y otras.



Conversando con dos correligionarios.

MAESTRAS EGRESADAS DE LA ESCUELA NORMAL NÚMERO 5



De pie, de izquierda a derecha: señoritas Rosalía García, Lucinda Valdés, María N. García, María E. Soldani, Delia Luppi, María Silva, Lucía Lovet, Pilar Carrasco. Margarita Carrietter, Justa Gonnella, Juana Lombardi, Amalia Durruty. — Sentadas, segunda fila: Adela Pozos, Antonia Monti, Elena Masera, Celestina Onesto, Angela Ghilini, Nieves García, Sara Anselmi, Teresa Raimondi, Clara Narvais. Manuela San Martín. Luisa Pérez. — Centro: Rosa Gonzales. — Primera fila: Adelaida Vallejos, Ernesta Stagnaro, Fortunata Rondanini, Herminia Vázquez, Aperantos Bouquet, Margarita Fontana, Emma Brugia.

CINE.—"EL OTRO" de Eduardo ZAMACOIS



Señor Eduardo Zamacois

A la hora de escribir estas líneas se anuncia el próximo estreno de la película "El otro", adaptación cinematográfica de la novela del mismo título, de que es autor el señor Eduardo Zamacois.

De esta trágica obra se han hecho los mayores elogios por parte de la crítica, y el libro obtuvo nn lisonjero éxito, pues se editaron de él más de 40.000 ejemplares y fué traducido al inglés y al francés.

La adaptación a la pantalla se hizo bajo la dirección de Zamacois y él mismo encarnó uno de los personajes, o sea el inglés Enrique Halderg.

También tomaron parte en la interpretación del film, artistas de la talla de Bianca Valoris y Quadreny.

El hecho, no frecuente, de que un escritor prestigioso interprete sus propias obras, desempeñando, aunque sea en la escena muda, el papel del protagonista creado por él, constituye, por cierto, una interesante novedad.

El film que nos ocupa fué estrenado en España no hace mucho tiempo, y los juicios de la prensa peninsular, que en aquel entonces nos llegaran, revelaron claramente que la cinta cinematográfica "El otro" obtuvo, por parte de la opinión pública, la misma excelente acogida que primero alcanzara el libro de donde aquélla está tomada, y del que se llegó a decir que podía compararsele a las más trágicas concepciones de que fuera capaz la pluma de Guy de Maupassant.

Todas estas circunstancias unidas al prestigio de que goza el autor de la novela, hace que sea esperada con creciente interés la exhibición de dicha película, que seguramente obtendrá un éxito como el conseguido por el señor Zamacois en sus recientes conferencias pronunciadas en la capital bonaerense.



"Riaza, en su locura, sentía el deseo de destruír a la mujer, a la maldita, a la aliada de la serpiente"...



Bianca Valoris y el señor Quadreny en la escena de la "flagelación".



El señor Quadreny, encarnando el papel de Alberto Riaza, en la película "El otro", de Eduardo Zamacois.



Bianca Valoris, eminente actriz francesa, del teatro Antoine, de París, y una de las estrellas del arte cinematográfico.

Actualidad italiana.—Inauguración del XXV período parlamentario

Llegada del cortejo real al palacio Montecitorio.



El honorable Nitti saludando al príncipe de Udine.



El rey Víctor Manuel III saliendo de Montecitorio.

"FRAY MOCHO" EN MAR DEL PLATA



El doctor A. R. Zambrini, con su esposa Rosario Zambonini.



Señoritas de Torres y de Hope.



Un pibe que es para el agua como ratón para el queso.



Señoritas de Nelson y de Bullrich.



Señora y señorita de Hope.



Señoritas de Urquiza y de Mihanovich, acompañadas del capitán de fragata Jorge Campos y Urquiza, comandante del guardacostas Almirante Brown.







Señoritas de Carballido y de Udaondo.—En el centro Benito Villanueva, de riguroso pantalón de brin, dando remolque a un coetáneo de Benigno Ocampo.

Un poco de historia.—El doctor Ricardo Levene y su esposa.



En el "Ocean Club".—El doctor Carlos Rosetti, oligarca y calvinista, predice su pronta vuelta a la dirección general de correos y telégrafos. ¿Espejismo o realidad tangible?...



En las delicias del baño.



El oficio de bañero tiene no pocos encantos...



El senador Vicente C. Gallo, futuro presidente de... "La República", Compañía de Seguros, en amena charla con una distinguida dama.

Fot. Bixio y Bonain.



NOTAS ROSARINAS



Concurrencia que asistió a la convención del partido demócrata progresista, realizada en el teatro Colón, de Casilda.



Demostración ofrecida al director de las escuelas provinciales, señor Antonio Arce, y organizada por sus amigos y por los directores de las escuelas de Rosario, con motivo de la reciente jubilación de dicho señor.



Los convencionales del partido demócrata progresista que proclamaron la fórmula Lejarza-Molina, en la asamblea efectuada en Casilda.



Grupo perteneciente al Club General San Martín, de la fracción elizaldista, que formó parte de la manifestación radical, realizada últimamente. La columna, a su paso por la calle Córdoba



Un aspecto de la plaza Sarmiento durante el mitin de estibadores llevado a efecto recientemente.



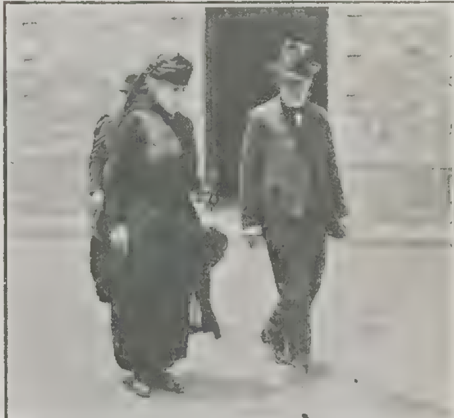
Un grupo de candidatos a diputados y afiliados del partido Unión Cívica Radical de Santa Fe.

Fot. Gaspary.

DE CACHEUTA



Los doctores Federico Pinedo, Salvat y E. Corvalán "cuereando" al prójimo.



Don Joaquín M. Cullen y señora, a la salida de misa.



El doctor C. Henser, corrigiendo la puntería de las niñas.

Fot. Arata.

EN RUSIA

SEGUN LA PROPAGANDA ANTIBOLSHEVISTA



El primer pedazo de pan que pudo conseguir al cabo de varios días de hambre. Hay en Rusia muchos como él.



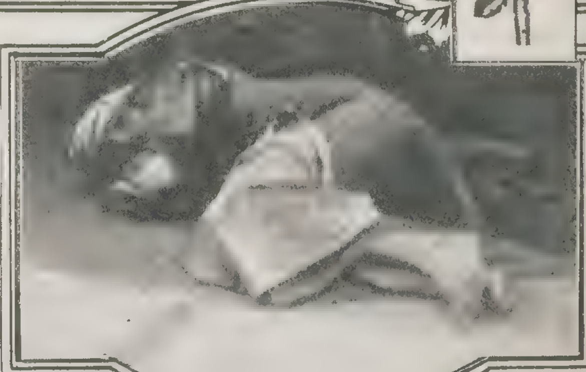
Millares de familias viven a la intemperie en las condiciones más primitivas



Los soldados desmovilizados se dedican a las más variadas ocupaciones. Aquí se ve a uno que vende pepinos, por las calles.



Estos adversarios del bolshevismo viven en una gruta.



En las poblaciones del Cáucaso mucha gente carece de hogar y duerme en medio de la calle.



Todo lo que halló de su hogar cuando regresó de la guerra. Escena frecuente en las poblaciones del ferrocarril del Cáucaso.



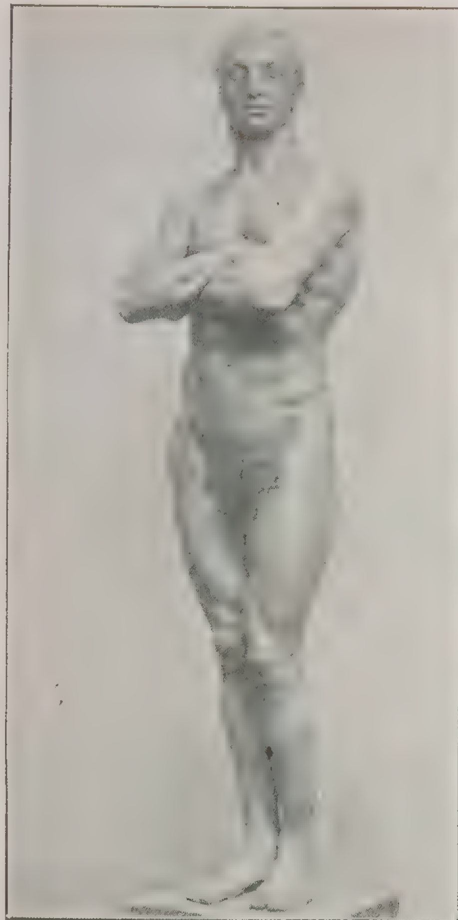
Donald Thompson, periodista norteamericano, provisto de un pasaporte diplomático, que tomó las presentes fotografías.



En el Cáucaso, las mujeres efectúan todos los trabajos de la limpieza pública.

Una gran escultora holandesa

Maya Serger van Panhuys



''La Fuerza'', magnífica estatua que forma parte de la exposición de la señorita van Panhuys, en el Salón Müller.



Baronesa Maya Serger van Panhuys.



''La canción'', obra de la misma artista.

Cuando se hallaba próximo a terminar el año artístico, tan abundante en exposiciones, ofreció la particularidad de una exhibición de esculturas maravillosas, acabadas de llegar de luengas tierras, pertenecientes a una artista holandesa, muy distinguida, que había culminado en Berlín entre los discípulos del profesor Suanillon.

La culta dama, que es casi una niña, llegó a Buenos Aires, por consejo de su profesor poco antes de morir, trayendo unos cuantos desnudos de hombre y mujer, vaciados en yeso y varios caballos, modelados en el lazareto que se estableció en Berlín para curar los que procedían, heridos, del frente.

Las obras de mayor concepto no llegaron aún; las expuestas bastan para comprender el temperamento artístico de la baronesita van Panhuys.

Son pura fuerza de realidad comprendida en formas armónicas y vigorosas, que dan la sensación de un fuerte temperamento artístico, volcado de una cima de Europa al perezoso azul de Sud América.

Las creaciones de la señorita van Panhuys ennoblecen la realidad, no con ideaciones de lo pequeño accesorio, sino acentuando decisiva y conscientemente los principales rasgos.

De la armonía de formas surge una impresión que turba y produce emoción solemne. Resultan pensamientos severos los que constituyen el alma de la grande artista, elegante y sobria como sus obras. Se percibe en ellas cierta embriaguez de meditativa solitaria, colocada frente a la victoria.

Aunque la superficie del yeso es poco sensible a cualquier impresión de vida, estos desnudos representan temblores y calideces de la carne, que cobran la impresión de lo vivo.

Aseguraba Nietzsche que con los problemas profundos hacía lo que con el baño frío: entrar y salir en seguida; moraleja que parece tomar en cuenta la señorita van Panhuys, puesto que un frío agudo comunica mucha agilidad a la estética de sus desnudos.

La singular artista se incorpora con oportunidad a nuestro mundo artístico y llegará a triunfar en él fácilmente. Su talento se asomó al campo de la genialidad, acrisolado en muy duras pruebas. En Europa ha triunfado del más difícil enemigo del sacrificio: la dulzura de soñar y vivir esa poesía aristocrática, reservada a la juventud rodeada de bienestar dorado.

Durante los terribles días de la guerra, sus brazos aristocráticos se han visto en el trance de conducir al taller los leños para caldear el helado estudio, hierros para fabricar armazones y caballetes, agua para amasar y humedecer el barro.

Ante todo es preciso consignar que las esculturas de la señorita van Panhuys no comprimen problema alguno de psicología en la figura humana. Sus desnudos de hombres y mujeres no exhiben con gestos y teatralidades ningún problema filosófico ni social. Son escuetas bellezas de expresión anatómica, en ejercicio o en reposo, pero que se limitan a describir la naturaleza observada muy concienzudamente en los conceptos de actitud culminantes en los modelos, apropiándolos para idealizar bellezas varoniles o espiritualidades femeninas en los seres humanos y a comprender la gracia natural que existe en los movimientos libres de los animales.

La factura admirable que titula ''La fuerza'' tiene tales acentos de verdad, que parece que estuviera esperando el martillazo y la imprecación de Miguel Angel: ''Parla, cane!''

La exposición de la baronesa Maya Serger van Panhuys hará comprender a los perezosos y enfermos de imaginación que la escultura no ha de quedar relegada a ser un arte menor de entretenimientos decorativos, subalternos de cualquier adefésica arquitectura. Han adquirido entre nosotros demasiada importancia los filósofos de lo nimio, por no saber considerar que la fuerza de la belleza es fuente inagotable de verdad, cuando constituye el fruto intelectual de una vida bien empleada.

Es ante todo la escultura un arte del modelado que produce el fenómeno de la realidad estética. Pero para eso ha de emplear con justeza una generosidad de expresiones que se concrete a estar exenta de exageraciones.

Los que premeditan revoluciones de arte con el solo objeto de adquirir popularidades asombrosas, atentan contra la ''moral de las ideas modernas'' que se proponen exaltar precisamente. Cuanto más quieran elevarse, más hondamente esconderán sus raíces en las obscuridades de la tierra. En lugar de libertar sus espíritus, los esclavizan. Como no acomodan los cerebros a las ideas actuales, se supeditan exclusivamente a lo inactual primitivo que hay dentro de sí mismos. Lo que entienden ser más ''intelectual'' y más ''libre'', es lo más ''arbitrario''. Como que está formado con residuos atávicos de ideales envejecidos.

Indudablemente, la escultura de la señorita van Panhuys es un noble aporte que recibe el arte argentino. Saludémosla.

Julián DE LA CAL.



''La fuente'', escultura de la notable artista holandesa, señorita van Panhuys, expuesta en el Salón Müller.

SECCIÓN VERMOUTH

¡HORROR!

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Tu mujer está en el hospital? ¿Has recibido un gran susto?

—¡Peor!

—¡Oh!

—¿Te acuerdas de aquel tío de quien somos herederos? Bien; anteayer cumplió ochenta años, ¡y no nos acordamos de mandarle una tarjetita!

BUEN CERVECERO

El hombre se preocupaba de la buena calidad de la cerveza que vendía. Por eso le estimaban sus clientes. Si la cerveza era floja, reclamaba en seguida a la fábrica. Y los clientes lo sabían. Pero lo que ignoraban eran los términos en que hacía la reclamación al corredor de la fábrica:

—Es pura agua. Viene aquí uno, se toma cuatro litros de cerveza y no le hace absolutamente nada. En cambio, antes, la gente se emborrachaba en seguida y uno podía cobrarle lo que se le antojara. ¡Eso era negocio!

UN INDIGNADO

—¡Es una vergüenza! ¡no hay orden! ¡no hay policía!... Soy ladrón conocido y hace dos semanas que nadie me pone preso...

LA DONNA É MOBILE

—¡Qué desesperación! Usted mismo, hace dos semanas, me prometió la mano de su hija, y resulta que ahora se casa con otro!

—No se aflija, amigo—le contestó bonachonamente el padre de la joven. —Venga a la ceremonia del casamiento y colóquese detrás de mi hija: puede ser que en ese momento se le ocurra cambiar, y que si lo tiene a mano, se case con usted...

UN APROVECHADOR

—El año pasado, señor—dijo el tenedor de libros al patrón del establecimiento—cuando mi mujer tuvo un hijo, usted me adelantó cincuenta pesos. Ayer ha tenido dos mellizos...

El patrón le interrumpió:

—Así son ustedes: ¡si uno les da la mano, después se toman el brazo!

SERVICIO DOMÉSTICO

—¿Por qué llevan esos ramilletes a la casa de enfrente? ¿Están de fiesta?

—Sí; van a festejar las bodas de platino de la cocinera con la cocina: ¡hace ya cuatro meses que está en la casa!

EL REGRESO

La esposa del aviador estaba a punto de llorar.

—¿Qué le pasa, doña María?—le preguntó la vecina compasiva.

—¿Qué me pasa? Jorge está empeñado desde hace una semana en matar al gato que no nos deja dormir. Como último recurso, esta mañana resolvió elevarse con el animal hasta los mil metros y dejarlo caer desde esa altura.

—No hay motivo para afligirse...

—¡Oh, sí! El gato ya ha vuelto y Jorge todavía no.

LA NUEVA REIVINDICACION

—Les hemos concedido todas las condiciones que pedían—comenzó diciendo el gerente a la delegación de obreros que se le presentaba con un nuevo pliego;—quisieron aumento de sueldo y lo obtuvieron; ocho horas de trabajo y ya las tienen; a algunos les pareció que ocho horas era mucho, y entonces convinimos en que trabajara cada uno las horas que quisiera, las que le serían pagadas a tanto la hora. ¿Y ahora?

—Venimos en representación de esos últimos: estamos muy conformes con el sueldo, pero no con la duración de las horas de trabajo: queremos horas de 45 minutos.

UN HARAGAN

—Es cierto que Saturnino es haragán, como usted dice; pero no se puede negar que posee un gran talento. Imagínese que ha inventado un aparato para encender el calentador desde la cama con sólo tirar de un alambre.

—¿Y le da resultado?

—Puede ser... como es tan haragán todavía no se ha decidido a mover el brazo para tirar del alambre.

COSAS DE AUTOMOVILISTA

El automóvil se detuvo resueltamente. Era todo un carácter ese automóvil de cuarenta caballos: donde resolvía quedarse se quedaba de veras.

—Sin embargo, es una máquina de cuarenta caballos...—dijo el que lo manejaba a los pasajeros. Uno de éstos observó filosóficamente:

—Pero treinta y nueve, por lo menos, deben de estar muertos...

NIÑO EDUCADO

—Así me gusta, Miguelín; los chicos bien educados pelan bien la fruta que van a comer. Pero, ¿dónde has puesto la cáscara?

—La como primero... Así tengo dos cosas para comer.

LA MUÑECA

—¿Por qué no le compras una muñeca irrompible?

—El nene tenía una, pero me he convencido de que las muñecas irrompibles no sirven para los chicos: las usan para romper muebles.

ANIMAL RARO

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¡vieras qué animal más raro!... ¡Se puso las manos en los bolsillos y se tragó la cabeza!

Y la madre creyó que la niñita decía un desatino, pues no se acordaba de la tortuga.

MEDIO CIEGO

—¡Por favor! Una limosnita de veinte centavos para un pobre ciego...

—¡Pero usted es ciego de un solo ojo!

—Bueno, entonces deme diez centavos solamente.

DULCE SUEÑO

Se despertó sobresaltado:

—¡Acabo de soñar que Manuel me daba un soberbio bofetón!

Se acostó de nuevo, dióse vuelta, cerró los ojos y más tranquilo, murmuró:

—¡Si pudiera soñar que le doy otro!

FLIRT

—¿Es cierto que me amas a mí sola?

—Tan cierto es que en cuanto nos casemos, cierro la puerta para toda tu familia.

Víctima voluntaria

puede llamarse a todo el que, padeciendo hemorroides, se somete, con mansa resignación, al cruel suplicio de esta enfermedad, sin oponer a ella más que inútiles lamentaciones sobre una suerte adversa.

Si usted sufre esta dolorosa afección, sepa que un resto de voluntad, un instante de decisión que venza el aplastamiento moral que le domina, puede llevarle a la meta de un feliz éxito que su crónico pesimismo ya no le permite ni siquiera sospechar.

Noridal es un precioso elemento cuya eficacia indudablemente ignora usted, desde que continúa sometido a semejante martirio; pero si después de conocer la existencia de este maravilloso específico, que cuenta con la aprobación del Departamento Nacional de Higiene, usted sigue soportando los agudísimos dolores, las pérdidas sanguíneas, la congestión intestinal, los trastornos digestivos, la inquietud nerviosa, etc., etc., que acompaña a las hemorroides, y no se alarma ante la posibilidad de que surjan fístulas, ulceraciones o gangrena por estrangulación hemorroidal, y de que sea inevitable una arriesgada y cruenta operación quirúrgica, forzosamente hay que calificarle de víctima voluntaria, como decimos al principio, por cuanto teniendo a su alcance el modo de extirpar radicalmente la terrible enfermedad que le consume, con sólo el empleo del Noridal, prefiere usted continuar sufriendo los padecimientos físicos antes de comprobar con un mínimo esfuerzo de acción la maravillosa eficacia de este específico.

De venta en todas las farmacias.

Pequeñas grandes causas

El aparato genital de la mujer es una puerta abierta a la infección, especialmente en su abertura al exterior. La menor causa traumática es capaz de desarrollar una enfermedad, como sucede en las vulvitis, que son muy frecuentes, observándose a toda edad y por las causas más variadas: el roce de las ropas, el rascado, el flujo vaginal o uterino, sin contar otras tanto o más frecuentes que las citadas, a las que se deben agregar los insuficientes cuidados de higiene.

En este último caso, la acumulación de secreciones sebáceas, restos epiteliales y epidérmicos entre ambos labios, dan a los microorganismos un excelente medio de cultivo, especialmente en las personas gruesas.

Los síntomas varían, naturalmente, con el grado de la infección, reduciéndose a veces a una simple sensación de calor o grandes picazones.

Más acentuada, da dolores como los de una quemadura, con impresión de hinchazón acompañada de adenitis inguinal, que molesta la marcha. Cada emisión de orina provoca dolores intensos, hasta el punto de, a veces, hacerla casi imposible. Debe agregarse a esto un flujo seromucoso o muco-purulento y un poco de sangre.

Si bien no es de una gravedad suma, los síntomas alarman mucho al paciente y actúan a veces sobre el estado general. Todo esto puede evitarse perfectamente con sólo aplicar los más elementales preceptos higiénicos: lavados en las niñas, lavajes en las señoras con solución tibia de *"Lysoform"*, una o dos veces por día.

No necesita el uso de ningún otro bactericida, porque el *"Lysoform"* basta. Su gran poder, agregado a su falta de olor, tan desagradable en sus similares, ha hecho del *"Lysoform"* el preferido por las señoras en su toilette íntima.

De venta en todas las farmacias.

PROGRESOS DE LA CIENCIA



Una reciente observación científica demuestra que la música aumenta la producción de leche. Próximamente se instalará un tambo modelo con una orquesta de cuarenta profesores.

Un sobrino de Dios

Hacia el año 1543, recorría las tierras hispanas un individuo extraño, alto, delgado y de verdes ojos penetrantes. Conocía admirablemente bastantes idiomas y uniendo a esto infinitos y sutiles conocimientos científicos y filosóficos asombraba a los labriegos y aun a los clérigos y personas leídas.

Se llamaba Jorge David, y presumiendo de origen divino se titulaba sobrino de Dios. Su fama corrió prestamente por todas las provincias, tanto que llegó a los augustos oídos del Emperador.

Carlos V seducido por la curiosidad le hizo venir a su presencia, y una vez ante él hubo de ordenarle que le mostrase su popular sabiduría:

—¿No sabes nada más?—hubo de replicarle el Emperador luego que Jorge David le puso largamente de manifiesto el caudal de su saber.—¡Pues te aseguro que cualquier caballero de mi séquito te aventaja!

—¡Señor!—respondió entonces David.—Si no supiera más que lo que habéis visto, fuera indigno de mi divino linaje. Sepa V. M. que además de los lenguajes humanos poseo el de todos los animales... ¡Nadie deja de reverenciar en mí el poder altísimo de que procedo, cuando escucha mis conversaciones con las aves, y ve cómo obedecen prontamente mis mandatos pronunciados en palabras humanas!

Y cuando esto hubo dicho, hizo traer a su presencia gran número de variados pájaros y empezó a dirigirles palabras en distintos idiomas.

Si el Emperador no fuera de suyo tan desconfiado, Jorge David hubiera visto coronados por el éxito sus experimentos, pero Carlos V pensó que en todo aquello había patraña, y encarándose con el adivino le dijo:

—Muy bien me parecen tus tretas, pero aún no me doy por vencido. Has de hacer lo que con estos pájaros que tan a gusto se portan, con un loro que me han enviado de América, y que a todo lo que le digo contesta: ¡Viva España! Si consigues que te obedezca y grite ¡Viva Carlos V!, será para ti toda mi gracia real, y si no te mandaré ahorcar por hereje y brujo.—Y puso frente a frente al loro y al que se decía sobrino de Dios. Vanos fueron los intentos del pobre David: el loro a cada cosa que le decía gritaba ¡Viva España!... Jorge, irritado, dió una vez en el pico del animal con su varita "mágica", y éste entonces, después de repetir su grito eterno, más fieramente que nunca, abatió sus alas, y lanzándose sobre David sin respetar su origen, le dió tal picotazo en sus "divinas" narices, que le abrió otros dos ventiladores además de los naturales...

—¡Ay, señor... ay, señor!—gritó el encantador lanzando alaridos dolorosos, al par que Carlos reía grandemente...

—¿Qué...?—le respondió el monarca.—¿Era eso lo que le mandabas...?—y tornó a reir.

Entonces, Jorge David a sus pies, de rodillas hubo de suplicarle:

—¡Señor...! ¡No riáis mi desventura y no me penséis fullero... Lo sucedido es que yo sólo puedo dominar los seres naturales, y si yo soy sobrino de Dios, ¡este loro vuestro... por fuerza ha de ser hijo del demonio!

¿Se debe dormir la siesta?

Tratándose de principios de higiene, puede decirse en general que los conoce mucha gente, pero que muy pocos los practican, excusándose entre otras cosas con la vida febril que se hace hoy.

¿Cuántas personas hay, por ejemplo, que observen el elemental principio que recomienda no acostarse inmediatamente después de cenar o por lo menos dos horas después, es decir, cuando esté acabada o casi acabada la digestión? ¿Y quién hace caso de esa otra regla según la cual se impone un paseo digestivo después de la comida del mediodía, o un ejercicio cualquiera, aunque sea ligero, para favorecer y activar la digestión?

Pero en lo tocante a esto último hay que convenir en que los mismos higienistas no están de acuerdo y ha sido vivamente discutida la pregunta que sirve de título a este artículo.

Unos dicen que este corto sueño suplementario es nocivo para la salud y otros defienden lo contrario. ¿A quién debemos creer? Porque cada cual aduce en apoyo de su opinión experiencias concluyentes que como vamos a ver son absolutamente contradictorias.

Pero importa ante todo decir que esta cuestión tiene mucha relación en la tan compleja de las relaciones del ejercicio con la digestión y con la no menos compleja de la influencia recíproca de lo moral sobre lo físico.

Por lo que hace a la primera, tenemos el experimento clásico de Claudio Bernard.

Después de haber dado a dos perros la misma comida encerró a uno y llevó al otro al monte. Por la noche sacrificó a los dos y examinó su estómago. La digestión era completa en el que había estado en reposo, mientras que en el otro que había andado corriendo todo el día no estaban digeridos todavía los alimentos. El reposo era, pues, favorable a la digestión. Pero veamos la segunda experiencia hecha por el doctor Corvisart. Después de haber comido exactamente lo mismo los perros, a uno se le ató y al otro se le dejó en libertad. Al reconocerlos, el primero apenas había empezado a hacer la digestión, mientras que el otro la había hecho perfectamente. Tal vez la pena de verse atado causó el retraso del primero, pero el caso es que sólo dos experimentos semejantes dieron resultados diferentes.

¿Qué debemos deducir de esto? Que cada cual con arreglo a su temperamento debe ser su propio guía, porque lo que es bueno para uno resulta perjudicial para otro.

Hay personas a quienes puede provocar una acción bienhechora un ejercicio moderado o un paseo lento y hay otras, en cambio, para quienes el reposo resulta útil para que la digestión se efectúe con regularidad.

Los muchachos, por ejemplo, corren, saltan y juegan después de comer y se encuentran muy bien. Los obreros del campo, por el contrario se encuentran mejor después de echar la siesta y los obreros de la ciudad lo pasan perfectamente fumándose un cigarro y tomando un café después de comer para reanudar el trabajo sin pegar los ojos y sin hacer ejercicio.

La cuestión que parece sencilla a primera vista es muy compleja, porque todo depende de la persona y de su edad.

Pero aun cuando no hay medio de pronunciarse en uno u otro sentido, sí puede decirse que la necesidad o el hecho de dormir después de comer, a menos que la alimentación sea demasiado copiosa, revela generalmente un estado enfermizo de las vías digestivas en los que se dedican a trabajos sedentarios y no hacen ejercicio corporal.

UNA "AGACHADA" DE ROZAS (CRÓNICA DE 1828)

por Gontrán Ellauri OBLIGADO

I

De cómo logró don Juan Manuel de Rozas el ascendiente y la popularidad que gozó entre el "gauchaje", será el tema de esta anécdota de su extraordinaria existencia, que hoy voy a relatar, siquierá en breves palabras, y tal cual la oí contar a mi noble abuelo, testigo presencial de aquella época nefasta que culminará siempre en la historia argentina para baldón imborrable de su protagonista...

II

Corrían los días turbulentos de la anarquía argentina, originados por la "tragedia de Navarro". Don Juan Manuel de Rozas, a la sazón comandante general de las milicias bonaerenses, después del trágico fin del coronel Dorrego, el 13 de diciembre de 1828, había proseguido su marcha hacia el norte, buscando la incorporación del general Estanislao López, que al frente de un ejército numeroso, acampado a inmediaciones del arroyo Aguiar, distante unas siete leguas, poco más o menos, de la ciudad de Santa Fe, se aprestaba a volar en socorro del gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires.

De más está decir la sorpresa que le causó al mandatario santafesino la noticia, que le llevara Rozas, de la derrota y el fusilamiento de su amigo y aliado, por el jefe del ejército unitario, general don Juan Lavalle.

Resuelto a vengarla, hizo un pacto ofensivo y defensivo con el "restaurador de las leyes", con el propósito de llevar una invasión a Buenos Aires y restablecer la preponderancia federalista, amenguada por la revolución triunfante del 1.º de diciembre.

III

El futuro "héroe del desierto", huésped del generalísimo santafecino, era, como es de imaginar, atendido con la gentileza y exquisitez propia sólo de la más estrecha camaradería.

Rozas, como buen criollo y educado en el campo, madrugaba siempre. Gustaba gozar de las dulzuras encantadoras de la naturaleza.

Era un día canicular. El sol, asomando recién su disco luminoso en el oriente se aprestaba a su carrera triunfal por los cielos argentinos.

Rozas paseábase por entre los grupos de soldados, conversando con ellos alegremente.

De súbito, encontrando a su paso al ordenanza del general López, le pidió le indicara cuál era el potro más "chúcaro" de la tropilla de "reservados".

El asistente, ante tan imprevisto pedido, no atinaba qué contestar. Luego, vuelto de su sorpresa y señalando un corral que se divisaba a pocos pasos, replicó:

—Mi general, es aquel "zaino" que se recuesta ahora contra los palos.

—Vaya y tráigamelo. Lo voy a subir —le dijo Rozas, sonriente.

Imposible es relatar la sorpresa que se pintó en el semblante del soldado. Atónito, se "hacía cruces" al percatarse que ese militar de silueta tan fina y delicada como la de una dama, de porte aristocrático, "pueblero"—como ellos lo designaban,—pedía nada menos que un potro para montarlo, y, sobre todo, cuando ese animal era el más bravo de los "reservados", aun por el gaucho Robles, el domador oficial del ejército de López, hasta entonces sin rival por esos pagos.

Y pensaba para su coleto:

—Se va a matar el "pueblero"...

Sin embargo, obedeciendo la orden recibida, marchó con otros camaradas hacia el corral enunciado...

IV

Se enlazó al potro, y una vez traído a la presencia del jefe porteño, se aprestaron a ensillarlo. Pero Rozas se opuso a ello...

—Lo voy a montar en pelos—dijo. Y luego de ponerle un "bocao", que improvisó con un cabestro que le facilitaron, se ajustó las "nazarenas" y... ¡arriba!

De un salto, con agilidad felina, se puso encima del potro, que al sentir el peso extraño, bufando fieramente, arrancó en una salvaje y frenética carrera, tratando, en "corcobos" desesperados, de librarse del audaz jinete. Pero éste era el "gaucho de Cerrillos", y los esfuerzos titánicos del bruto quedarían frustrados...

V

Dejemos al jefe porteño en su tarea y, abriendo un breve paréntesis, digamos algunas palabras, siquiera, acerca de los móviles que pudieron impulsarle a tan singular deseo...

Es que Rozas—decía mi abuelo—quería captarse las simpatías de los soldados de López... El astuto comandante de "los colorados", el héroe del año trágico de 1820, entreviendo, quizás, lo necesario que le sería para el logro de sus ambiciones, gozar de un ascendiente entre el gauchaje del poderoso ejército santafesino, trató de afianzarlo como una incontrastable columna de su popularidad futura...

¡Oh! y él—como que habíase criado entre ellos—bien sabía que nada hay más atrayente, más deslumbrador, "más de hombre"—si se quiere—para el paisanaje, que encontrarse con un "pueblero" "capaz de llevar un potro—a sofrenarlo en la luna"—según la gaucha expresión de Estanislao del Campo,—y, máxime cuando ese potro es el más "reservado" de la tropilla, y ha "basureao" a los más renombrados domadores...

VI

Excusado es decir que el animal no tuvo más remedio que rendir su fiereza ante el rigor del rebenque del domador aristocrático, y que cuando Rozas, dando por terminada su misión, le enderezó "al tranco" hacia el lugar donde López —avisado de lo que ocurría—le esperaba ya para felicitarle, un grito unánime de aclamación surgió de los pechos de los soldados, electrizados ante la hazaña inesperada del "pueblero"...

Y mientras López y Rozas se abrazaban cordialmente, el jefe "porteño", al oir los vítores que en su homenaje se desgranaban aún por todo el campamento, comprendió que desde ese instante había asegurado en las filas de las huestes santafesinas sus simpatías invencibles, factor muy principal del que había de valerse, desgraciadamente, para sentarse en el sillón que honraron, poco antes, por su acierto y probidad, Rivadavia, Rodríguez y Las Heras, y desde el cual, por veinte años ¡largos años! ensangrentara la tierra, cuna de los invictos patricios de mil ochocientos diez.

Contribuciones pagadas en animales

Los indígenas del Congo pagan sus contribuciones en especie, como es natural en un territorio que empieza a civilizarse.

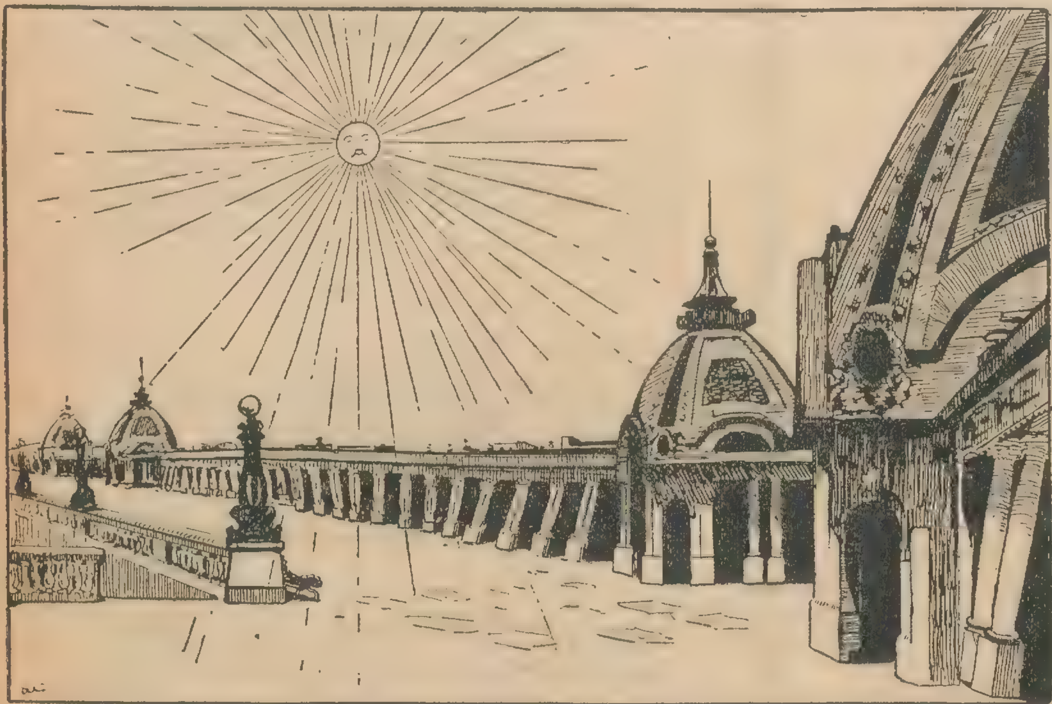
Los animales domésticos alcanzan precios que, por lo bajos, ya los quisiéramos nosotros para nuestros mercados. El animal que más cuesta es el camello, y su valor no pasa de veinte pesos oro. Un buey cuesta veinticinco francos, una vaca cincuenta y un caballo setenta y cinco.

La costumbre de pagar en especie no es tan remota como pudiera creerse. Todavía en muchos pueblos de España se paga al médico, al boticario y al cura con parte de la cosecha de cereales, y en algunos puntos de Inglaterra existe igual costumbre.

La exposición a un frío extremado produce generalmente pérdida de energía, tanto física como mental, seguida de pereza, somnolencia y aversión al movimiento. Las facultades mentales se entorpecen, los sentidos se embotan, y se apodera de la víctima un deseo irresistible de echarse y de dormir. Si no vence este deseo se aletarga, del letargo pasa al estupor, y finalmente muere.

En algunas ocasiones, preceden a los síntomas consignados otros que se asemejan mucho a los de la borrachera, y que son debidos a un estado especial de la sangre, la cual, cuando la temperatura es muy baja, no toma suficiente cantidad de oxígeno, y por lo tanto, produce un efecto pernicioso sobre el sistema nervioso.

"Mar del Plata Humorístico", del álbum que, con este título, acaba de publicar nuestro distinguido colaborador, Sr. Baudilio Alió.
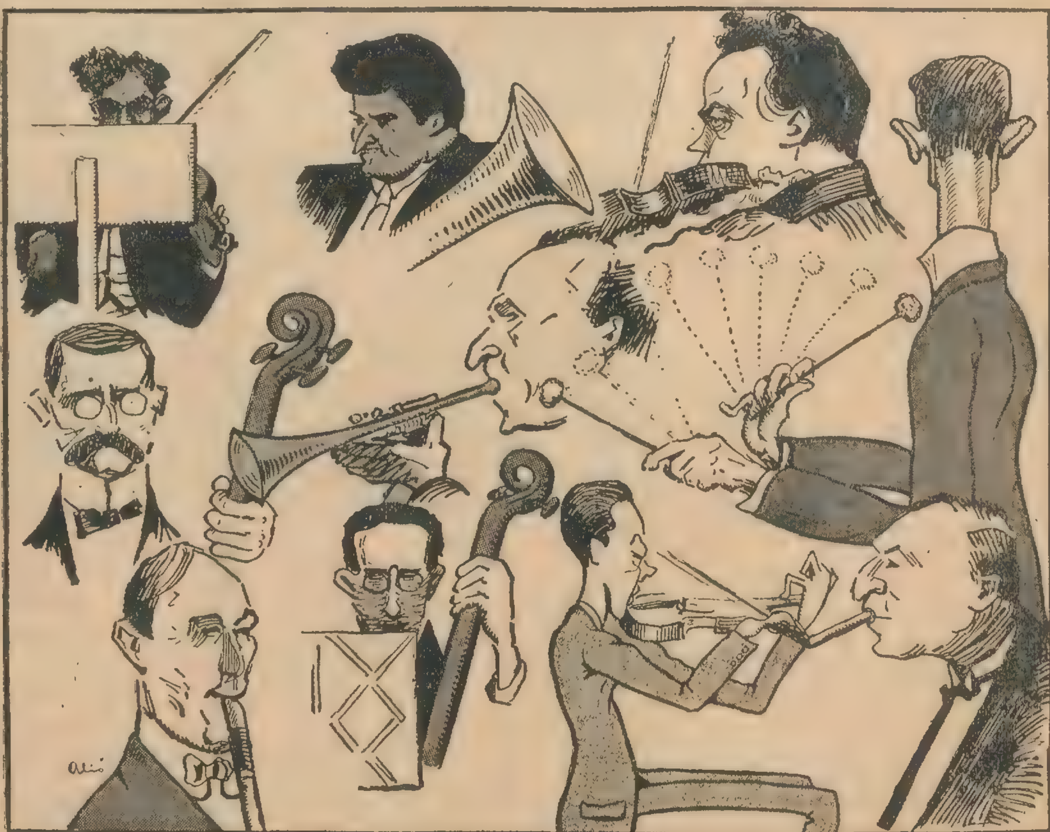


La Rambla a la hora en que Febo cae a plomo.



Autocaricatura, por B. Alió.



Fuente de la plaza Luro.



Algunos profesores de orquesta.



El Grand Hotel.

DE CÓMO EMPECÉ A SER BESTIA

por José María CAO

Cumpliéndose hoy el segundo aniversario de la muerte de este notable caricaturista, reproducimos a continuación, como un homenaje a la memoria del que fué nuestro malogrado compañero, el interesante artículo que publicara en el ''Almanaque Gallego'', el año 1904.



José María Cao. Dibujo a pluma por D. Corti.

''Se previene a los fieles que no se dejen embaucar por los que digan que en la gruta llamada de la Virgen hay agua milagrosa, pues dicha agua carece en absoluto de propiedades sobrenaturales''.

Así rezaba poco más o menos un cartelito pegado a la salida del Santuario; y... efectivamente, lo primero que hice fué ir a la ''Gruta''.

Hacía un día espléndido, a no soplar algunas bocanadas de viento norte, cálidas y amargas al paladar.

Pasé un puente muy alto; torcí a la derecha por un camino de árboles, y luego, en el centro de una rotonda de sauces, bajo un toldo de trepadoras, encontré artísticos pedruscos de cemento que manaban agua, y sobre este pedestal una Virgen, de cemento también, copiada de la del Santuario, aunque de tamaño mayor.

Un italiano, vendedor de estampas y amuletos, cuidaba de aquello.

Aquello era la Gruta con los pedruscos y la Virgen, cuatro bancos de madera, un vaso de vidrio, agua, y en el agua peces y cangrejos.

Se estaba muy bien allí: bebí directamente del ''manantial'', me senté a descansar y tuve sueño...

Transcurrió... no sé cuánto tiempo.

... ...

La Virgen me miraba como si quisiese decirme algo. Bajó lentamente de su pedestal, y se sentó a mi lado.

—Mira qué cosas me hacen allá—dijo la buena señora indicándome con el dedo la Basílica.

Miré, y vi en el Santuario, ''como si lo tuviera en la mano'', confuso montón de solípedos que un hombre, vestido de máscara, llevaba tirando de una cuerda. La virgencita, desde su camarín, les echaba maíz. También rumiaban en el conjunto multitud de vacas.

—Oye cómo cantan—siguió diciendo la señora;—hoy se derrocha incienso por todo lo alto. Aquella vaca gorda, que va a la cabeza, es la esposa de un general; este caballo tordo es un poeta.

—Con náuseas vengo, señora—le interrumpí,—y pude llegar hasta este sitio huyendo de las bestias. Hace un momento dejé un caballo rubio, pintor, que me trae loco dando vueltas a mil autosugestiones de las cosas que imita. Con él queda un maestro de escuela que conjuga ''abolía'', ''abolías'', ''abolía'', cuidándose mucho de que no le abulan el maíz ni el gran efecto que produce entre los analfabetos potros. Cerca le anda un caballo negro—¡valiente bestia!—es un sabio que se sabe de memoria todas las cosas de la botica y otras muchas más: ese revienta de orgullo y no lo disimula. El otro...

—Conozco, no prosigas, los conocemos. Pero vuelve a mirar...

¡Cosa más extraña...! Desde la Gruta, por toda la amplitud de la tierra hasta el lejano horizonte, no se percibía otra cosa que cabezas y cuerpos de bestias: relinchos, corcovas y carreras; cuerdas flotando al viento y sacos de maíz tirados por el suelo.

Me quedé reflexionando: y en medio de todo esto ¿quién soy yo...?

La señora Virgen de la Gruta me acarició pasándome la mano por la frente. Se transfiguró. Desprendiéronse por sus hombros largos bucles de cabellos verdes como la esmeralda: finísimo tejido de copos de nieve ceñía su cuerpo de morteciño fuego, y de sus negros ojos proyectábanse reflejos de aurora.

Entonces, variando la interrogación, le pregunté:

—Y tú ¿quién eres?

—¿Yo...? Lo que tú quieras que sea.

—¿Eres mi amiga?

—Sí.

—Pues dime quién soy yo.

Parecía juego de carnaval.

Permanecimos en silencio largo rato. Se me ocurrió que salía de mí mismo; que mi cuerpo quedaba transparente, resultando todas sus partes visibles y translúcidas. En el cerebro, un punto luminoso aparecía y desaparecía recorriendo las anfractuosidades...

—Tú eres eso: un centro psíquico; la síntesis de millones de neuronas diferenciadas, una cenobia de imágenes, un laberinto de filamentos sensoriales y motores, un canal medular con sus bulbos, cerebrina, lecitina, fósforo...

Me puse de rodillas; pero la santa me levantó dulcemente.

—No, por Dios—le dije—no repitas eso; basta de disección! Yo tengo un origen más elevado. ¿Cómo ha de ser error el presentimiento de mi naturaleza extramundana?

La señora se encogió de hombros:

—¿Qué quieres?

—Dime de dónde vengo; dime cómo se formó mi alma.

Presa de mortal congoja esperé la contestación, mientras en el cerebro de mi cabeza se movía un laberinto de corpúsculos neuroplásmicos: disgregaciones y enlaces fulgurantes en rápido movimiento.

—Vuelve en ti—sonó armoniosamente la voz de la señora—y súbete conmigo...

Me tomó de la mano, y sin gran esfuerzo trepamos a lo alto del pedestal.

El espectáculo que se desarrollaba por el campo era inaudito. La edificación había desaparecido; sólo quedaba el puente, y aquí y allá grandes masas de boscaje cubriendo el horizonte.

De un lado fluía, en dirección al puente, larga caravana de seres humanos, muchos completamente desnudos, otros cubiertos de pieles. Por la traza y el color semejaban hotentotes; llevaban caballos y perros, los que iban a la cabeza, pero el resto de la masa, desnudos del todo, feísimos pitecos, marchaban libres de todo cuidado. Estos últimos tenían más de simianos que de hombres; muchos avanzaban a cuatro pies, ágiles y cerdudos, sirviéndose de los brazos como de muletas y armaban gran confusión y algarabía.

Alzóse de repente una ventisca, y anchos remolinos de tierra velaron la llanura.

Pero en los términos cercanos pude distinguir una compacta fila de animales extraños, que saltaban, corrían, se arrastraban en revuelta confusión: largo y oscilante río que a trechos dibujaba las sinuosidades del terreno como la mancha de un hormiguero.

Cuando se despejó la polvareda vi con sorpresa que la procesión ''humana'' se había concluído, porque lo que por tal podría tomarse, eran monos deformes parecidos a ranas gigantescas.

Sentíase un calor de tormenta muy molesto. Las emanaciones del campo apenas dejaban claros perceptibles a mi curiosidad.

Era casi imposible determinar alguna cosa en la singular afluencia de monstruos que pasaban, y tuve miedo; creí, no obstante, reconocer un paleonterio, y detrás, enormes paquidermos y mastodontes. Entonces empecé a conjeturar que, siguiendo así, la regresión era evidente; después de los marsupiales los monotremos y ahora los primeros mamíferos.

No cabía la menor duda.

La vegetación se hizo extraordinariamente grande. Los árboles y trepadoras de la Gruta cubrían el cielo. Y como si el cercano riacho se hubiera desbordado, innumerables charcos de agua verdosa brillaban al sol en todas direcciones. Era de ver cómo chapoteaban los megaterios en su afán de pasar el puente los primeros, seguidos de cerca por un rebaño de corpulentos cetiosauros; y eclipsando la luz del cielo como rápidas nubes de tormenta, los pteridáctilos, negros demonios de alas membranosas hendían el espacio a gran altura.

En número incalculable estremecían el aire siniestros aleteos; el agua se desbordaba en oleadas al empuje del tropel, y la fangosa tierra se abría en surcos al paso de los iguanodones y otros saurios de los que nadie tendrá jamás la menor idea.

¡Qué bufidos; qué horribles erotoreos; qué silbidos...!

La tierra pareció cubrirse de agua por completo. Helechos arborescentes cruzaban sus arcos de palmas bajo las nubes.

Por la ancha vía de rotas y abatidas plantas me fué imposible saber qué sucedía. Algunas formas que desaparecieron al instante me parecieron megalosauros, y adiviné gran cantidad de peces en aquel torrente, perseguidos por las húmedas bocazas de los ictiosauros.

Hubo un momento de silencio: fué cuando el prmier plesiosauro, alzando el alto cuello por encima de todo, abrió turbulento cauce con su mole a los aligatores.

Me tapé los ojos y no quise ver los repugnantes anfibios, la escolta de laberintodontes que cerraban el cortejo, ni los saltadores peces, ni nada más...

El calor se había hecho insoportable; afortunadamente empezó a llover de un modo torrencial, lo que dió motivo a mi amable compañera, la Virgen de la Gruta, para invitarme a descender a guarecernos en una especie de cueva que abría su boca próxima al manantial.

Descendimos, y antes de entrar, giré la vista en derredor, a través de los claros que dejaban las anchas hojas acuáticas; aquello era un mar cenagoso, a cuya superficie asomaba, de trecho en trecho la cabeza de algún enigmático pez; un silencio de muerte llenaba los ámbitos, más profundo y solemne a medida que arreciaba el monótono caer de la lluvia.

Mi compañera y yo, mal seguros en aquel promontorio de peñas artificiales, éramos los únicos supervivientes de la tierra.

Entramos en la cueva.

—El mundo ha muerto—dije a media voz.

—Olvidas que regresamos—contestó la señora, y que vamos, no a favor, sino contra el tiempo.

—Y bien, ¿dónde está la explicación del enigma que te pido?

La Virgen desprendió de su garganta un diamante lenticular, y lo puso en mis manos:

—Mira al agua del charco que tenemos a nuestros pies.

Pasó sus manos por unas sensitivas que cubrían sus orillas: como heridas de muerte, plegaron sus hojas y abatieron sus tallos contra el suelo en una gran extensión; y era que se habían comunicado la señal de alarma y se fingían muertas...

El mundo superior que acabábamos de dejar no era nada comparado con las maravillas que encerraba el agua estancada que se extendía hasta el fondo de la cueva.

Cuando cesó el remolino que hicieron algunos pececillos que se escondían, vi con el prodigioso cristal aparecer algunos metazoarios: cenobias de volvocinas como masas gelatinosas afectaban formas arbóreas muy raras, o filamentos catenales que parecían moverse con cierta gracia. Entre unas algas estaba un pólipo divirtiéndose en producir medusas, que daban pólipos a su vez, y así sucesivamente. En la orilla, un gusano seguía la mis-

ma metagénesis, creando a cada rato formas extraordinarias.

Un stentor solitario, cansado tal vez de hallarse solo, se entretenía en partirse por la mitad para convertirse en dos y no aburrirse más.

Había miles y millones de infusorios de todas formas en cada gota que tomaba con el dedo. Todos aquellos animalitos hacían algo; pero no conseguí saber a qué género de vida se entregaban. De los pocos que conocí, llamaron mi atención algunas funarias que chupaban azúcar en un tallo, y una cantidad enorme de selaginellas rastreando emanaciones de ácido málico de las puntas sumergidas.

Libidinosos zoosporos armaban gran confusión sobre una masa oscura escondida en el fondo... Aquí mi amable compañera, tomando una de aquellas células vibrátiles con la punta de un alfiler de oro, y arrancándole la pestaña me dijo:

—Tú fuiste algo de esto... hace algunos años; cuando eras un espermatozoo, nadie podría diferenciarte de este animalito que ves aquí. Tuviste la suerte de entrar primero en una vesícula que te acogió en su seno amorosamente, y desde ese instante fuistes hombre.

—¡Yo te saludo, hermano microgonidio!

Allá en un riconcito se emparejaban las paurelias, las bursarias, los oxtrichinos, mientras que a mansalva los didinios cazadores hacían de las suyas, ¡vaya con el carnicero; y qué modo de hacer puntería!

Otros cidiados preferían granitos de harina de algunas semillas: eran los precursores del régimen vegetariano. Los paramecios, por el contrario, se atracaban por todas partes de bacterias; pero ninguno como el terrible cirtosomo lencas, atreviéndose hasta con los rotíferos. Una englena me guiñó su ojo pigmentario como diciéndome: ¿Qué tal...?

Descargas de tricocitos; un montón de paramecios muertos. ¡Una hecatombe! Alcé la cabeza, y quedé absorto en el conjunto grandioso de aquel mundo de protozoarios y de bacterias.

Dos amibas cariñosas vinieron hacia mí, extendiendo sus pseudopodios con movimientos de gelatina. ¡Aquellos animalitos no eran más que dos gotas de aceite! Quedé asombrado.

—Eso es mucho todavía—dijo la señora de la Gruta:—antes de los plasmófagos, que al fin y al cabo toman oxígeno y alimento vegetal, están los protistas de período azoico. Míralos en esta mancha verde. Estas fitomóneras cromáceas, comedoras de carbono, que con un poco de agua y nitro forman por archigonía su plasma "viviente", han necesitado más de cincuenta millones de años para nacer, constituirse, cambiar de materiales, y en repetidos ensayos dar, en progresión ascendente, hijos superiores a la patria.

Alzó la vista. En la bóveda de la cueva brillaban algunos cristales de cuarzo.

—Vámonos. ¿Cómo podrás entender la vida...?

Empezó a entrar una niebla espesa, como vapor de agua iluminado por un incendio y la cueva, los charcos, las plantas, la tierra, todo desapareció en un instante y quedamos los dos flotando en el espacio.

Debió transcurrir mucho tiempo antes de que pudiera darme cuenta de mi estado.

Un terror nunca sentido aceleraba las pulsaciones de mi corazón.

—¿Dónde estamos?

—Allá—dijo la señora, como reflexionando,—¿no ves aquella manchita luminosa? Es polvo incandescente que ensaya formar el esferoide rotatorio que ha de ser la Tierra.

Después vinieron grandes masas de niebla a envolvernos de nuevo.

Y quedé sin sentido.

Cuando abrí los ojos, al cabo de un número infinito de millones de siglos, el espacio era... la extensión vacía. Pero aquí y allá, como gotas que caen en la superficie de un lago, formábanse círculos concéntricos que no rodeaban, sino que convergían y me daban la idea de una impresión cinematográfica invertida.

Después... nada.

—Yo vivo—dije palpando mi cuerpo,—y siento que alguna fuerza obra sobre mí.

—Puede ser—contestó aquella alma única que coexistía conmigo.—Eso te dará sobrado tema para discurrir sobre los dinámodos de la sustancia pyknótica que habéis inventado y sobre el kinetismo de todo lo que vibra... Un juego de palabras, y nada más, como el protilo.

—Explícamelo tú; yo quiero conocer qué significación encierra este primer estado que por tantas y tan maravillosas evoluciones produjo, en último término, mi alma inteligente y soñadora.

—No tiene órganos ni sentidos para conocer las primeras verdades de este enigma, ni yo frases, por consiguiente, para que tú me entiendas.

—¡Una sola idea! ¡te la pido de rodillas!

—Pues ¡sea!

Desapareció la celestial imagen, y en su lugar, un espantoso esqueleto, envuelto en largo y flotante sudario, vino hacia mí desde lo alto.

Y apuntándome al pecho alzó la guadaña y descargó el golpe, circular y rápido.

Oí silbar la hoja... Di un grito y me lancé a plomo de cabeza al abismo.

. . . .

. . . .

—¿Qué tiene, señor? ¿Qué le pasa?—dijo el italiano de las estampas, cuidador de la gruta, alzándome del suelo por los hombros.

Me ahogaba. Frío sudor inundaba mi rostro, y sentía el cuerpo dolorido por la caída.

—¿Hace mucho que duermo?—pregunté al buen hombre.

—Unos veinte minutos.

—Gracias.

PUEDE ESTAR SEGURA



La suegra.—Voy a hacer la siesta. No hagas ruido porque puedo despertarme.
El yerno.—Puede estar completamente segura de que no haré el menor ruido.

Y salí a escape a tomar el tren.

Cómodamente instalado en el vagón, vi frente a mí a la excelente matrona, esposa de un general, piadosísima señora que honra con su presencia todas las funciones religiosas y fiestas de caridad.

¡Una vaca...! ¡Qué atrocidad! ¡Lo que son los sueños...!

De estas reflexiones me sacaron unos muchachos que discutían sobre un partido de football. Efectivamente lo más elegante es fijar la pelota con las de atrás. ¡Qué inocente alegría!

En el vagón de cola (segunda clase), venían muchos obreros cantando un himno anarquista. ¡Oh! ¡El problema! ¡El problema...?

En el banco de al lado hablaban mi amigo el pintor y el maestro de escuela con un tosco y rico hacendado.

El pintor decía:

—Tengo deseos de pintar un incendio en plena pampa cuando el fuego asola los campos.

—Si viera—contestaba el estanciero medio aburrido.—"vez pasada" hemos perdido cuatro mil cabezas; luego las cosechas andan mal, y...

—Muy bien—interrumpió el maestro—pero no se dice "asola" sino "asuela". En esto de los verbos irregulares...

Dos niñas hermosísimas, en un banco del testero, hablaban con una mímica encantadora, poniendo todo su cuidado en ello. Miraban de cuando en cuando con el rabillo del ojo, y una de ellas se alisaba el bandó con la mano. La mano era escultural.

A mi espalda la reunión era literaria. Uno dijo "ornia" y el poeta contestó de repente: "bigornia", y se quedó tan fresco.

Por fin la estación terminal. Estábamos en la ciudad. Un carruaje.

—Pronto, cochero, que tengo prisa.

Ardía en deseos de cenar. En casa de un amigo se daba una comida íntima en celebración del triunfo de su partido alzado en armas. Este amigo es un comerciante librecambista.

Habría baile; y pensando en todo, en lo que diría y podría hacer para que me tuvieran en mayor consideración y estima, sentí de pronto una vocecita en los oídos que parecía surgir de mi propio cerebro, y que pronunció muy claro:

—"Ahora sí..."

—Esto es debilidad, pensé; y para mal de mis pecados, aquel desatentado sueño...

Saqué la cabeza por la ventanilla para distraerme, haciéndome el secreto propósito de no volver a pensar en semejantes fantasías, ni en nada que fuese propio de un hombre corriente y formal.

—"Ahora sí..."—volvió a decir la vocecita...

—Ahora sí ¿Qué...?—dije yo malhumorado.

—Nada, señor, contestó el cochero.

—No hablo contigo.

Pero cuando estuve en el último tramo de la escalera y ponía el dedo en el botón del timbre, después de atusarme los bigotes y ensayar una expresión conveniente con los músculos de la cara, la vocecita, clara y sonora, como cantando en un micrófono, redondeó la frase:

—"Ahora sí que positivamente eres una bestia."

Pero se vive muy bien así... ¿Quién hace caso...?

ASI ES LA VIDA



Idealismo y realismo.

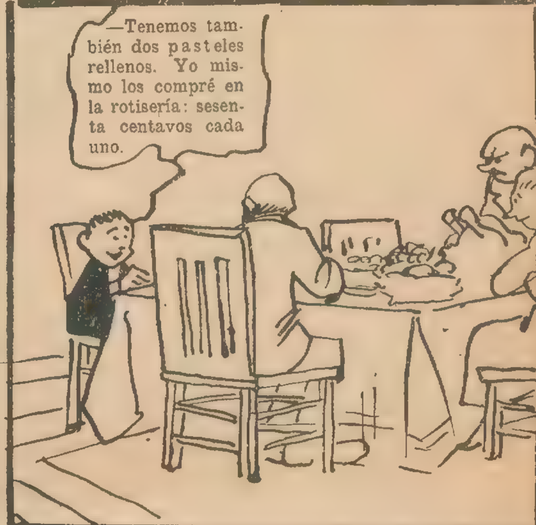
PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí





















PARA LA GENTE DE CAMPO

LA ELECTRICIDAD EN LA AGRICULTURA

Un agricultor de Evanston (Illinois, Estados Unidos), se dedicó no hace mucho tiempo a ensayos muy interesantes de cultivo por medio de efluvios eléctricos.

Sembró trigo el día 25 de julio en un campo próximo a su casa, y el cereal se dió muy bien, sin que fuera bastante a impedirlo la extremada sequía del terreno.

La energía la tomó de las líneas de la "North Shore Electric Company"; la corriente, alterna de una frecuencia de 60 períodos por segundo, se elevaba a una tensión de 250 kilovatios por medio de un transformador estático, y circulaba siempre en igual sentido en el circuito de utilización.

La electricidad de alta tensión así engendrada corrió en efluvio entre una red de conductores y el terreno.

El experimentador cultivó toda clase de plantas: maíz, trigo, tomates, melones, pepinos, berenjenas, lechugas, rábanos, cebollas, coliflores, coles, zanahorias, etc., etc.

Aunque sembradas tardíamente, esas plantas, a pesar de ser la estación muy seca, se dieron harto mejor que las plantas no sometidas al tratamiento eléctrico, y su madurez fué notablemente precoz.

La corriente se enviaba a la red con intermitencias; de dos a seis horas diarias, mañana y tarde, durante los días secos y calurosos; mayor número de horas en días de humedad.

El consumo de energía fué muy pequeño: el experimentador sólo pagó de 10 a 15 francos mensuales a la sociedad que le suministraba el flúido.

Con cuatro caballos basta para electrificar una superficie de cultivo de 8 hectáreas. La hierba y la grama electrificadas crecieron de manera asombrosa.

El tratamiento se aplicó también a plantas de estufa: la red conductora se había colocado a un metro del suelo, y un hilo se enterró bajo las plantas cultivadas.

Los crisantemos se desarrollaron magníficos, y los bulbos de la espadaña electrificados, tardaron 36 horas, en vez de una semana, en abrirse.

ENFERMEDADES DE LA CAÑA DE AZUCAR

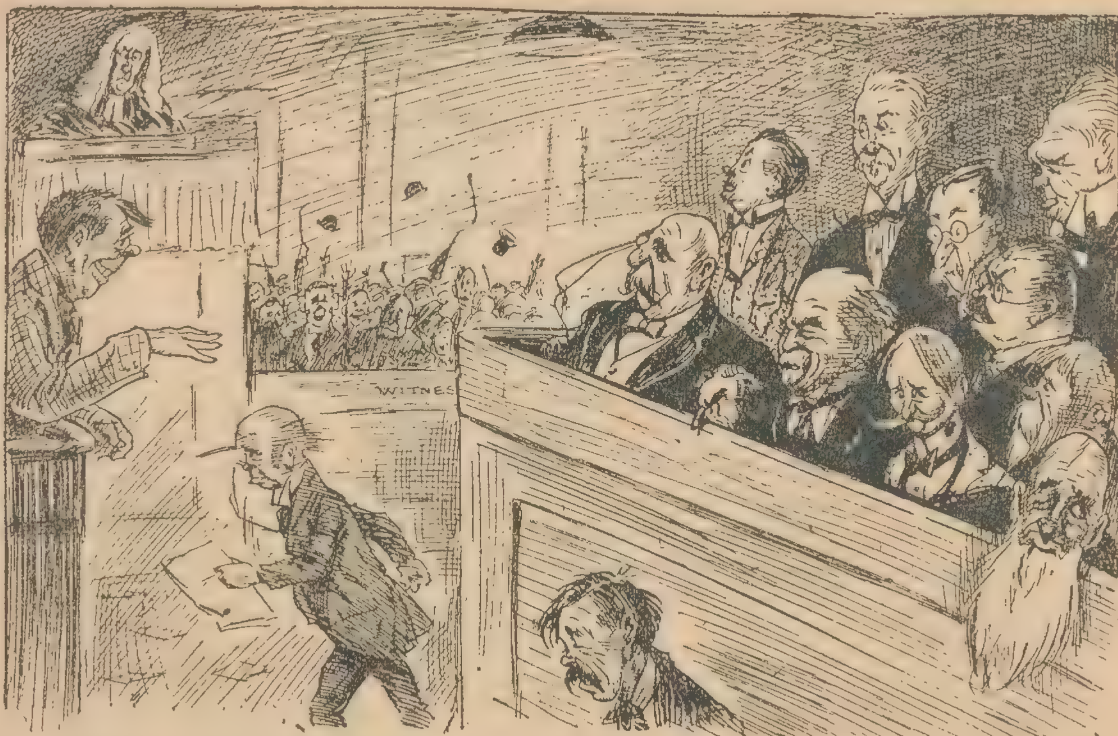
Las enfermedades de la caña que más frecuentemente se presentan son el "alargamiento vicioso", el "calzón de sequedad", el "calzón de agua" y el ataque por insectos y roedores.

El "alargamiento vicioso" está caracterizado por un crecimiento exagerado de las plantas, ofreciendo el tallo poca resistencia y doblándose fácilmente hasta ponerse en contacto con el suelo, con lo que resulta que se pudren las cañas y se impiden las labores. Para evitar los perjuicios de esta enfermedad, se recomienda aporcar a tiempo por medio de arador de doble vertedera a fin de evitar el flexionamiento de los tallos.

El "calzón de agua" está caracterizado por tomar los pies de la caña un color rojizo que se atribuye a exceso de humedad. Como remedio, se harán desagües y se darán labores con arado.

Entre los animales enemigos de la caña, los más temibles son las hormigas, los ratones y las tuzas. Para combatir las hormigas, se recomienda poner en la boca de los hormigueros una cucharadita de Púrpura de Londres, substancia muy venenosa que mata todas las hormigas que se le ponen en contacto. Para los ratones existe un virus contagioso que se llama "virus Danysz", el cual se aplica cogiendo algunos ratones vivos, inoculándolos por medio de una inyección de virus y dejándolos libres para que se enfermen y transmitan el contagio a los otros ratones que plagan los campos; la enfermedad producida por el virus destructor de las ratas, no se transmite a ningún otro animal ni al hombre. Con respecto a las tuzas, es la plaga más difícil de destruir, por vivir en profundas y ramificadas galerías subterráneas, alimentándose de las raíces de las plantas, saliendo pocas veces a flor de tierra. Los procedimientos que han dado mejor resultado contra las tuzas, son el empleo de sulfato de estricnina, en rebanadas de camote o de papá, veneno muy activo y que debe manejarse con muchas precauciones al colocarlo dentro de las madrigueras de tuzas, y el sulfuro de carbono, líquido inflamable que debe manejarse también con cuidado, operando lejos del fuego y que se aplica mojando en este líquido pedazos de algodón que se arrojan al interior de las madrigueras, después de lo cual se tapan con lodo los agujeros de salida de las tuzas, para encerrar los vapores del sulfuro de carbono que son venenosos y matarán no solamente a las tuzas grandes que se encuentren en el nido, sino también a las crías.

HOMBRE CORTÉS



El juez. — Queda reconocido que no hay culpabilidad de su parte, y, por consiguiente, se le absuelve.
El acusado. — ¡Cuánto siento haberles dado tanto trabajo por nada!

CULTIVO DE LA ESPARRAGUERA

La esparraguera es una hortaliza que no debe faltar en toda chacra o huerta, puesto que sus productos son muy buscados y vendidos a buen precio. Una hectárea de esparraguera bien atendida, cuando esté en plena producción, puede dar un beneficio líquido de dos mil pesos nacionales por año.

Conviene más producir las "arañas" personalmente; en un almácigo bien preparado, se siembra durante la primavera, las siguientes variedades que son las más adecuadas en el país: de Argenteuil, violeta de Holanda, Colossal de Connover, Mammouth y Palmetto. Al año siguiente se dispondrá de "arañas" para la formación del esparragal.

Durante el otoño se abren las zanjas, que deben tener una anchura de 35 a 40 ctms., y 25 de profundidad, separadas 60 ctms. una de otra; luego se echa una capa de 5 ctms. de estiércol, que se entierra con una punteada o con el tridente, emparejando después el fondo de la zanja.

Hacia fines de invierno se repasan las zanjas, aplanando el fondo y dando una ligera labor con la azada; luego se echa una capa de 5 ctms. de mantillo o tierra negra, y después se colocan las arañas, cada 40 ctms., teniendo la precaución de extender bien las raíces, y se cubren con una capa de 6 a 8 ctms. de mantillo o de buena tierra liviana.

Durante el primer año deben efectuarse las carpidas necesarias para mantener el esparragal bien limpio de malezas; en el invierno se echa una capa de estiércol descompuesto. En el segundo año se repiten las carpidas y se remueve la tierra de las zanjas. En el tercero, se vuelve a repetir los mismos trabajos y puede empezarse la cosecha. Al llegar el cuarto año, ya está el esparragal en plena producción; la cosecha debe hacerse por la mañana, por medio de cuchillos especiales, pero el método moderno los ha suprimido, efectuándose con la mano, que se introduce con cuidado y, al tomar el espárrago, se da un movimiento de rotación y se despega en seguida de la araña.

Durante el cuarto año y sucesivos no deben descuidarse las carpidas continuas para mantener el suelo libre de yuyos, como tampoco las remociones de la tierra y los agregados de estiércol.

PISOS PARA CORRALES DE AVES

Cuanto mayores sean las enfermedades causadas por el alimento, más urgente es la necesidad de todo cuidado posible en otros objetivos. No hay mayor factor, en el bienestar de las aves, que un terreno seco en los corrales. Esto significa confort, y siempre se paga con aumento en la producción. Serrín es el material mejor para este fin, pues es higiénico y menos incómodo que cualquier otra cosa. Una capa de veinte centímetros de espesor durará muchas semanas sin renovar, y requiere muy poco rastrillo porque las aves la remueven por sí mismas. Si se pudiera adquirir unas cuantas carretadas de un establo del pueblo donde los caballos estén sobre serrín y depositarlo unos cuantos meses hasta que se seque, no habría nada más barato y mejor. Pero en una hacienda, hallamos muchos sustitutos eficientes. Los restos del trigo son un alimento bueno para este fin, pero los del heno y avena de la trilla no tienen valor alimenticio. Las aristas de la cebada son indígenas, y las de la avena entra mucho en los ojos del ganado. Estas si se conservan secas, servirán para los corrales de aves todo el invierno. Pero requerirán limpieza completa cada quince días, pues este material se humedece y no se puede usar como el aserrín. La mejor región para las aves es la natural, con arbustos bastante crecidos para abrigo y espacio libre para pasear. Debajo de los abetos siempre está seco. Los bosques podrían utilizarse en grandes extensiones para gallineros, si no fuera por los animales dañinos. Así se puede mantener una gran industria por medio de este sport.

NUBES ARTIFICIALES CONTRA LAS HELADAS

Para preservar los cultivos de los daños que acarrean las heladas, se ha puesto en práctica un curioso procedimiento que consiste en producir grandes nubes de humo que detienen la radiación del suelo.

El humo se produce valiéndose de alquitrán, resina o petróleo, en los países donde abunda este producto, como ocurre en los Estados Unidos de Norte América.

El éxito del sistema depende de la mayor prontitud en su aplicación, y él debe dar resultados inmediatos.

Con objeto de asegurar la eficacia del mencionado procedimiento, conviene tener distribuídos por el campo, convenientemente situados, varios recipientes conteniendo petróleo u otra substancia que produzca humo; y apenas se empieza a notar un descenso alarmante en la temperatura, los peones de la finca deben tomar una antorcha y una lata de gasolina, echar un poco de ésta en el petróleo, y prender fuego al líquido.

Inmediatamente se desprenderá una espesa nube de humo, que cubrirá la región que se quiere proteger.

EL TE DE LOS CONVALECIENTES

por la condesa de PARDO BAZAN

Estaban aun un poco mustias, con un poco de niebla en los ojos mortecinos; pero ya deseosas de salir al ruedo y disfrutar su juventud, porque habían visto muy de cerca lo que horripila, y parecía inverosímil que hubiesen escapado de sus garras.

Eran señoritas de la mejor sociedad, sorprendidas, en medio de su existencia de suaves frivolidades y esperanzas de amor y ventura, con un porvenir riente y palpitante de indefinidas promesas, por la epidemia terrible, que elegía sus víctimas entre las personas en la fuerza de la edad, como si desdeñase a los viejos presa segura, en no lejano plazo. Unas habían sufrido la bronconeumonía, con sus delirios y su asfixia cruel; otras habían arrojado la sangre a bocanadas; en otras se habían iniciado los síntomas de la meningitis... Y cuando se creería qu iban a cruzar la puerta negra y el misterioso río que duerme entre márgenes orladas de asfodelos y beleños, y en que el agua que alza el remo recae sin eco alguno... el mal empezó a ceder, la normalidad fué reapareciendo, y las interesantes enfermitas reflorecieron, por decirlo así, no con toda la lozanía que se pudiese desear, pero como esas rosas blancas un tanto lánguidas y caídas, que en el vaso colmo de agua poco a poco van atersándose...

Todas tenían amigas entre las que no perdonó la Segadora, y aunque al pronto se lo ocultaron las familias, por no deprimir su ánimo, al fin lo tuvieron que saber, sucediendo algo muy humano y natural: que las convalecientes no se afligieron demasiado, porque la idea del propio bien consuela pronto del mal ajeno, y esta involuntaria reacción de egoísmo es una de las fuerzas defensivas de la pobre organización nuestra...

Y así que pudieron salir de casa, una extranjera distinguida y simpática, la secretaria de la embajada rusa, la Kriloff, tuvo la ocurrencia de ofrecer un té a las convalecientes, un té blanco, sólo de muchachas, y poco numeroso, por limitarse a las que habían escapado del peligro y a media docena de amiguitas que no habían sufrido el mal. La condición—cosa admitida socialmente, por otra parte, desde años atrás — era que las madres no las acompañarían y se contentarían con ir a recogerlas a eso de las ocho.

El piso que habitaba la rusa estaba primorosamente dispuesto para la fiestecilla. Desde la antesala se percibía un perfume insinuante y delicioso, ya la adornaban palmeras y flores, colocadas artísticamente, no con la empalagosa profusión que caracteriza a la decoración oficial, sino con oportuna gracia. Vestían las paredes telas raras y objetos de Oriente, estatuillas bizantinas de esmaltes, iconos sobre fondo de oro, de negras caras y vestiduras cuajadas de turquesa y perlas; y sobre los muebles, incrustados de plata y nácar, se veían labores en marfil, lozas persas y armas de mango enriquecido con coral y diamantes. El servicio del té estaba preparado en mesitas octógonas, de taracea delicadísima y los manteles, de colores, ostentaban bordados de oro. Todo era original y curioso en su exotismo, y las muchachas empezaron a gozar impresiones nuevas y a cuchichear admiraciones. Lo primero que se ofreció la Kriloff fueron largos cigarros de Oriente, en una bandeja de cobre nielada de acero, y si algunas hicieron remilgos, la mayor parte de las convalecientes los encendieron con monería, sacando volutas de humo azul, y no desdeñando los emparedados de caviar y la confitura de hojas de rosa. Una de ellas, Natalia Torrente, aceptó un sorbo de wodka, el temible aguardiente ruso, padre de la locura, y las demás, animadas por el ejemplo, comenzaron a discutir si probar o no aquella bebida.

—El wodka, — opinó la Kriloff, — que sacudía la alborotada cabeza rubia, de un rubio casi blanco, no les puede hacer daño alguno. Yo he oído decir a eminentes doctores que todos los alcoholes son remedios contra la gripe. Pero es tal vez el wodka un poco áspero para sus gargantas. Les puedo ofrecer kirsch y Oporto...

Natalia Torrente, la decidida deportista, no encontraba áspero el aguardiente aquél, y, a la disimulada se echó dos o tres vasitos de los de afiligranada vaina de plata. Y afirmó después que todas las concurrentes al té, una por una y la que más y la que menos, habían aprovechado el consejo médico de la rusa, y que los dedales de cristal de Bohemia vermiculados no se vieron plenos ni un instante. Ya la escena que siguió al té no tenía, a la verdad, otra explicación posible sino un ligero estado de... ¿cómo llamarle?, de desorientación en las cabezas, por la virtud de los licores...

Sucedió que una de las convalecientes, la linda Toria Fuenseca, se lanzó a preguntar a la Kriloff si era cierto que sabía evocar los espíritus. La contestación fué una sonrisa enigmática; y otra de las convalecientes, Rosa María Mendoza, batió palmas, imploró a la rusa y exclamó:

—He oído también que vaticina usted el Destino... ¡Pues, díganos el nuestro!

La Kriloff cambió de semblante. A la sonrisa y a la amenidad de dueña de casa que recibe y obsequia, sucedió una expresión inquieta en su rostro singular, aureolado por la clara cabellera fosca.

—Es una experiencia — dijo — que hice alguna vez; pero... créanme... vale más dejar al Destino envuelto en sus velos. ¡No quieran nunca saber el porvenir!

Todas, excitadas y vehementes, en pie, rodearon a la diplomática.

—¡Por Dios! ¡Sería usted tan amable! ¡El Destino, justamente, es lo que interesa! ¡El Destino!

La rusa frunció el entrecejo; se encogió de hombros, como diciendo: "allá ellas", y alzando un tapiz bordado de pájaros y flores imposibles, hizo entrar a las muchachas en un reducido aposento, alumbrado por la luz de una linterna de vidrios verdes, que difundía una luz semejante a la que emiten, en verano, las luciérnagas. Los rostros, a tal claridad, adquirían un tinte espectral. El fondo de la estancia lo formaba un enorme espejo, sin otro marco que las sedas de un doble cortinaje que lo cubrían y que la rusa descorrió.

Las muchachas sintieron un sutil escalofrío al verse de pronto tan descoloridas, con tales ojos de sombra, en aquel cristal que parecía un sombrío lago cruzado por reflejos lunares.

—¡Silencio! — ordenó bajito la rusa. — ¡Vayan ustedes por turno acercándose; una sola, que las demás se retiren a un lado, vueltas hacia la puerta!

La primera que se lanzó a reclamar turno fué Natalia Torrente... Y allá en el fondo del lago, vió lo que la hizo exhalar un chillido agudo, debajo del cual, un grupo de hombres sacaban a una mujer cubierta de sangre, semejante a un pelele, con los miembros rotos... Natalia, horrorizada, se reconoció...

Nerviosamente se adelantó Rosa María Mendoza. Tardó algún tiempo en precisarse la imagen, vaga y como formada de humo; pero al fin se vió, y a su alrededor, tres hermosas criaturas; dos varoncitos y una hembra, lindos como amores. Y cuando se embelesaba en la contemplación de los niños que eran suyos, que eran de su misma carne — ¡qué cielos!, ¡qué soles!, — del fondo del lago salió una mano descarnada, esquelética, que les fué apretando la garganta uno a uno, y soltándolos tronchados, como rotos muñecos. Ella se veía luchar, luchar; querer desprender de los tiernos cuellos la mano terrible;... pero no podía, no podía, y las lágrimas rodaban de sus ojos, en hilos, hasta el suelo...

Al retirarse temblando María Rosa, se adelantó, emocionada, Toria Funesca, que, como no ignoraba nadie, estaba prendada hasta la médula de Enrique Ambas Castillas, y se consideraba probable la boda para cuando la novia recobrase completamente las fuerzas y la salud... ¿Qué iba a decir el espejo? Lo que dijo no se supo nunca, ¡porque Toria se lo calló muy bien! Lo dijeron los hechos; el casamiento de Iñigo, de allá a pocos meses, con una millonaria procedente de los países donde rueda el oro. En aquel momento sólo pudo verse que Toria, apartándose del espejo maldito, cayó con una convulsión violenta. Y la Kriloff, arrastrándola fuera del cuarto misterioso y haciéndola respirar un antiespasmódico, repetía:

—Se lo dije a ustedes... ¡No conviene consultar al Destino! En el porvenir hay siempre lo peor... Conste que yo no quería...

El resultado de la sesión fué muy penoso. Las muchachas aseguraron que lo habían pasado admirablemente, que no cabía cosa más divertida que un té así; pero fué lo positivo que dos o tres quedaron enfermizas y tristonas, y que Toria, al siguiente día, recayó con caracteres graves, y fué milagro que se la pudiese salvar. Con tal motivo se murmuró de la secretaria, y se le mostró un poco de frialdad en determinados círculos. No obstante lo cual, algunas señoras le pidieron que, en reserva, le permitiese consultar al espejo.

En la peluquería

Un individuo entra a comprar un frasco de loción para hacer crecer el cabello: loción de resultado maravilloso. De pronto advierte que el dependiente que le sirve es completamente calvo. Naturalmente, le expresa su asombro. El dependiente, después de un instante de vacilación, le responde:

—Estoy en la casa desde ayer, nada más.

Flores de cristal

En el Museo de la Universidad de Harvard hay una colección de plantas modeladas en cristal. Es una colección maravillosa, tanto por el número como por la belleza y perfección de los ejemplares. Hay en ella flores desde la más sencilla hasta la más complicada, con sus pétalos, hojas y tallos de un color natural.

Dicha colección se denomina colección de Ware. Las plantas fueron modeladas por Leopoldo Blaschka, fundador del arte de modelar ejemplares en cristal. Nació el 27 de mayo de 1822, en Aicha, pueblo del Norte de Bohemia. Su padre era mecánico de aparatos eléctricos y artífice en cristal. Leopoldo empezó a trabajar de joyero, y se dedicó a la lapidación y montaje de piedras preciosas, pero luego dejó esta profesión por la de los trabajos en cristal.

En 1853 hizo un viaje a los Estados Unidos en un buque de vela, durante el cual dibujó los invertebrados marinos que pescaba, y de los cuales hizo en 1853 los primeros modelos en cristal para el Museo de Historia Natural de Dresde. Estos trabajos llamaron mucho la atención, y fueron el comienzo de un negocio muy limitado, porque no empleaba más ayudante que su hijo.

Rodolfo, el hijo, nacido en 1857, se educó para naturalista, y luego se puso a trabajar con su padre. Ambos estudiaron e hicieron modelos de formas marinas en cristal, que después han sido muy buscadas por los coleccionistas y conservadas en gran estima por los museos.

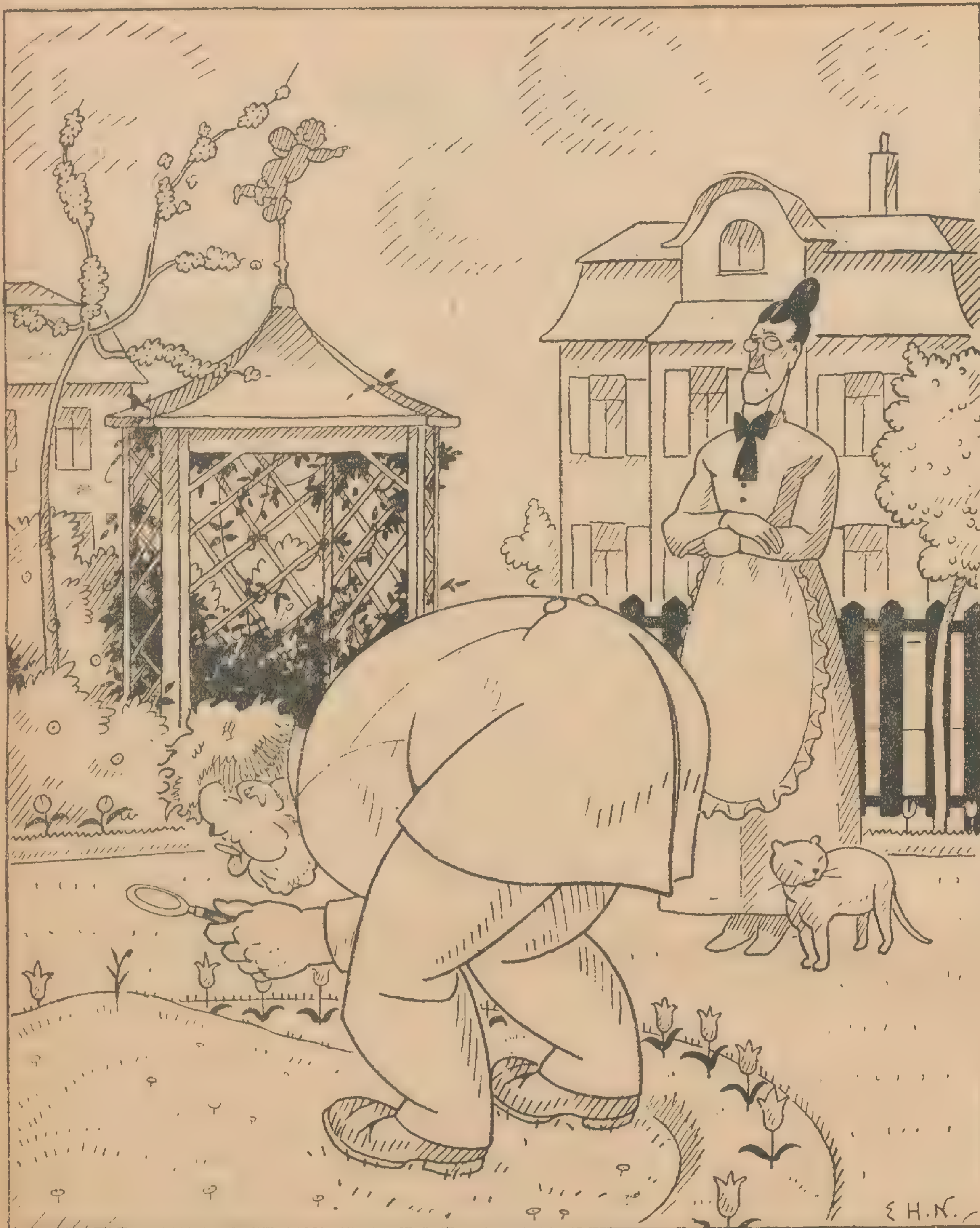
En 1854 Leopoldo hizo modelos de flores, y en 1862 acabó una colección de unos sesenta ejemplares de orquídeas modeladas en cristal.

En 1886 los Blaschkas volvieron a hacer modelos de flores, y también de Zoología.

En 1895 murió el padre, y aunque el hijo vive, desconoce el secreto de la fabricación de modelos de plantas en cristal. Dícese que está trabajando en ello, pero si no consigue descubrirlo, será un arte perdido.

Estanislao S. ZEBALLOS

VOCACION



—Después de treinta años de servicios, el mayordomo del ministerio se ha jubilado y ahora se dedica a la botánica.
—¿Tiene alguna preparación para eso?
—Sí: está acostumbrado a agacharse.

• Besos históricos

Aun antes de los días de Cléopatra y Marco Antonio, cuyos besos estuvieron a punto de ocasionar la ruina de un imperio, el beso ha desempeñado con frecuencia un papel no despreciable en la marcha de la humanidad. No es, por lo tanto, de extrañar que muchos ósculos se hayan hecho famosos, y de ellos se haga mención en la historia. Y no vamos a hablar ahora del beso de Judas, disfraz de la más cobarde traición; ni del que Joab, uno de los capitanes de David, pretendió dar a Amasa en el momento en que le atravesaba con su espada, ni del que, según es fama, dieron a César algunos de sus asesinos en el momento de acribillarle a puñaladas. No. Besos fueron éstos que, aunque en el modo de darlos no se diferenciasen de los demás, por llevar envuelto el odio no merecieron aquel nombre. Los besos de que queremos hablar son los que pasaron a la historia como testimonios de amor, de respeto o de admiración. Algunos de los cuales, fuerza es reconocerlo, tuvieron luego funestos resultados, que sin duda no esperaba ni el que los dió, ni quien los recibiera.

De estos besos fué el que acompañó a la declaración amorosa de Enrique VIII de Inglaterra a Ana Bolena. Aquel beso selló la caída del catolicismo en el reino, y costó más tarde la cabeza a la infeliz Ana, que pudo tener todas las faltas que se quieran, pero que, al fin, no fué sino una víctima más de los caprichos de aquel monarca voluble y sin conciencia.

Beso funesto también fué el que Moctezuma, el último emperador indígena de Méjico, dió a Hernán Cortés en prueba de leal amistad. Sus súbditos tradujéronlo por muestra de debilidad, y considerándose vendidos por su propio soberano, diéronle muerte en cuanto vinieron a las manos con los españoles.

La historia demuestra que un beso de mujer, si ésta es joven y bonita, se entiende, puede comprar al más incorruptible de los hombres. Ejemplo, aquella duquesa de Devonshire, Georgina, tan preciosamente retratada por Gainsborough, la cual, habiéndose encargado de buscar electores para el célebre Fox, no encontrando mejor manera de convencer a un testarudo carnicero para que le diese su voto, no tuvo reparo en plantarle un beso en la mejilla.

Otro caso parecido, también en la historia de la Gran Bretaña, es el de la duquesa de Gordon, que con un millar de besos creó el regimiento que todavía lleva el nombre de Highlanders de Gordon. Ello ocurrió en junio de 1794. La duquesa y su hijo, futuro coronel del regimiento, recorrían las montañas de Escocia predicando la guerra a Francia; sus palabras llenaban de patriótico entusiasmo el corazón de los jóvenes montañeses, y los lindos labios de la bella dama acababan de decidirlos. Cada nuevo recluta era premiado con un beso. Todavía los Highlanders de Gordon conservan, como preciada reliquia, la toca de terciopelo y seda azul que en aquel viaje luciera la gentil duquesa.

Dejar plantado al novio con un beso no es, en verdad, cosa que hagan muchas mujeres. Sin duda por eso se conserva recuerdo de un caso en la historia de la nobleza italiana. El duque Mássimo de Antikoli estaba enamorado de una muchacha de la clase media, hija de una modesta familia romana. Ella también le amaba, pero sus padres se oponían al matrimonio, previendo las consecuencias de una boda desigual y temiendo a las malas lenguas. El duque, sin embargo, convenció a la joven de la necesidad de celebrar un matrimonio secreto, o por lo menos creyó haberla convencido, pues en lo mejor de la ceremonia, cuando el sacerdote hacía a los novios las preguntas de ritual, ella se arrojó en brazos del noble, y besándole apasionadamente le dijo: "Esto os demostrará cuánto os amo, pero nuestra boda es imposible". Y sin atender las súplicas del enamorado duque, la joven se negó obstinadamente a proseguir la ceremonia. El recuerdo de aquel beso fué todo lo que quedó de aquel sueño de amor.

Bismarck, que jamás tuvo motivo para hablar mal del matrimonio, debió a un beso su felicidad conyugal. Cierto día, asistiendo a una boda, conoció a una señorita que le produjo impresión tal, que apenas volvió a su casa escribió a sus padres pidiéndoles su mano. Como es natural, los papás de la interesada se alarmaron ante un amor tan impetuoso, y después de pensarlo algunos días, contestaron al futuro estadista señalándole día y hora para que fuese a tratar con ellos tan trascendental asunto. Pero a Bismarck no le cuadraba la calma. Acudió, en efecto, a la cita, pero apenas entró, sin saludar a nadie, tomó a la joven por la cintura, la levantó en el aire, y la estampó un beso en cada mejilla. Los padres se escandalizaron, pero la cosa no tenía más que un remedio: anunciar la boda. Y la boda se anunció y se celebró.

Y Bismarck no tuvo nunca por qué arrepentirse de su conducta.

"Todo lo que soy se lo debo a mi mujer", decía muchos años después, cuando, después del kaiser, era el hombre más importante de Alemania.

La nieve y la madera

Por raro que parezca, la ausencia de nieve dobla el precio de la madera. La mayor parte de la madera que se gasta en Europa procede del Canadá, Escandinavia y Rusia, y estos países sufren mucho con los inviernos crudos.

Durante cinco meses del año, su superficie permanece enterrada bajo una capa de nieve, y en el corazón de los grandes pinares el termómetro desciende a veces hasta 35° centígrados bajo cero. La nieve es una de las mejores substancias no conductoras del calor y del frío. Un termómetro que marque treinta centígrados bajo cero, por ejemplo, en la superficie de una capa de nieve de un pie de espesor, sube al cero si se entierra debajo. La nieve es, por lo tanto, una enorme sábana que protege las raíces contra los grandes hielos, y, además, conserva el calor natural del suelo.

Los pinos grandes resisten cualquier grado de frío, pero no así los jóvenes, y un invierno sin nieve los mata irremisiblemente. Por esta causa, si dejase de nevar desaparecerían los enormes bosques le Europa del Norte, Asia y América.

El compañero MANSILLA.
(Del M. O. P.)

EN LA QUINTA DE BOLÍVAR

por José Juan TABLADA

¡Qué suplicio mayor que el de la vida
sabiendo ya con honda certidumbre
que su parte de dicha está vivida
y todo lo que falta es pesadumbre!...

Rafael Pombo.

La Quinta de Bolívar me ha parecido el relicario de la tristeza de Bolívar. Al mismo pie del Monserrate, del hosco peñón que por próximo resulta enorme y abrumador, la Quinta, a su vez, parece hundirse en un cráter. Llegamos al pórtico que encuadra una puerta de hierro forjado y que recuerda, aunque en pequeñísima escala, la estructura de los arcos de triunfo. De la puerta a los corredores de la Quinta, que se divisa en el fondo, semejante a un "bungalow", media una avenida sombreada de pinos que se recorre lenta y religiosamente, durante los breves compases de la ideal marcha fúnebre sugerida al espíritu por la grave leyenda del sitio venerable. La tarde de frío invierno bogotano agrava aquella melancolía que semeja apartarse a nuestros pasos para ir a emboscarse más allá, bajo las coníferas umbrías o entre las indistintas arquitecturas del fondo.

Otras residencias de próceres visité que no me insinuaron tal tristeza. La casa campestre de Wáshington en Mount Vernon, de holandesa pulcritud, de intactas praderas, de boscajes llenos de trinos de aves, semeja en conjunto un terso grabado inglés de limpios colores. En los jardines de la antiguo Malmaison, donde habité varias semanas, oí las campanas de Rueil que angustiaron el ánima de Napoleón... Uno y otro sitio preparan con serenidad armoniosa para la eficaz evocación; uno y otro paraje parecen sustraer a nuestro pésame la tristeza que contienen, para plasmarla y exaltarla monumentalmente, en estatuas de mármol frío, en relieves de bronce silencioso, arrancándolas al suelo atormentado y a nuestros ojos pensativos para bañarlas en oro y en azul, sobre las columnas votivas y los arcos triunfales.

¿Por qué la tristeza legendaria de Mount Vernon y la Malmaison parece ya monumentalizada, fría, clásica, integrada totalmente a la historia, cuajada para siempre en mármoles definitivos, remota y casi ajena a nosotros, como la desesperación del Laocoonte o el dolor de las Nióbides, en tanto que la tristeza de Bolívar, en la Quinta de Bolívar, está a nuestro lado próxima y palpitante?... ¿Por qué los númenes de Napoleón y de Wáshington parecen ya integrados al mármol y a la paz de sus sarcófagos, mientras el espíritu de Bolívar se siente aún vagar, bajo estos árboles añosos y por esta casa en ruinas, con la angustia implacable de las almas en pena...?

Durante nuestra peregrinación por la Quinta, por los jardines, por los corredores y las oscuras salas, ya próximo, ya lejano, pero siempre pertinaz y angustioso, un grito de agonía nos ha acompañado sin cesar... Ese grito que Gustavo Santos, nuestro amable guía, califica de "esquiliano" y que parece, en efecto, exhalado, a través del gesto único y de la bocina acústica, por la máscara de la tragedia antigua, es el grito de un enfermo hospitalizado en la Quinta que por ahora es un sanatorio militar. Así, después de haber sido buen retiro de un rico home colonial, anfitrión del propio Virrey, y nido de los amores, de los placeres y de las melancolías de Bolívar, la Quinta siente hoy su augusta tristeza turbada por dolores anónimos y oscuros... "Profanados" íbamos a escribir, ligeramente, porque tal vez es el dolor lo único que equipara a la humanidad y nivela al prócer y al pária cuyas lágrimas son absolutamente iguales... El dolor del leproso no profana al del monarca; ambos se adunan en idéntica santidad.

Recorremos las habitaciones. En este pequeño salón está la chimenea de mármol sobre cuya repisa firmó el héroe la denegación de indulto a los conjurados de septiembre; aquella de más allá se antoja la alcoba que Manuelita Sáenz "la amable loca", perfumara con su frívola feminidad; esotra es el comedor privado y contigua está la sala de banquetes donde en cierta ocasión el héroe subió sobre la mesa y la recorrió de uno a otro extremo entre la plata derribada y los añicos de la cristalería... ¿Por qué Bolívar subió sobre la mesa, él que más bien fué eutropélico aun en la misma orgía?... quizás por lo mismo que subió a los Andes, por ese instinto de predominar que movía su "voluntad disparada", por esa influencia de Dionysos que, según Rodó, lo exaltaba; para ver desde arriba el occipucio de sus generales y comensales; por lo mismo que subió al Chimborazo, más alto que La Condamine y que Humboldt, y que junto al salto de Tequendama, como emulado por el gigantesco desplome de la catarata, brincó osada y temerariamente, hasta la piedra musgosa y resbaladiza, como para integrarse en el ímpetu y el trueno del torrente...

Disipado ese profano y dionisíaco episodio del banquete, vuelve la tristeza reinante a agolpar sus telarañas en los ángulos de los muros y a murmurar entre las frondas de los árboles carcomidos y centenarios. Estos cerezos son del tiempo del Libertador; este bosque de cedros fué plantado por su mano. Los cerezos, de la especie silvestre, son el mismo capulín mexicano; el bosque es particularmente sombrío, es inquietante, es fúnebre, quizás porque el sol muere, tal vez porque el "grito esquiliano" sigue llegando hasta allí, estremeciendo las duras frondas cupresinas, como si de ellas quisiera colgar, lúgubres ex votos, los harapos de una alma destrozada!

Junto al bosque se levanta el Mirador de la Quinta. Alguien hace notar que de toda ella es ese sitio el más propicio para evocar al Libertador de pueblos. Tiene, en efecto, el Belvedere la soledad y la altitud del genio.—Desde su gran ventana, por una escarpadura, asoma allá abajo Bogotá, sobre la sábana; pero una Bogotá idealizada y transparente en la combustión crepuscular, semejante, con sus tejados suavemente bermejos y sus muros blancos tocados de un reflejo primaveral, a una ciudad de poema chino hecha de coral y de jade, de porcelana y malaquita.

En efecto, en las tardes de la vida, evocadas en el pensamiento poético de Pombo, epígrafe de estas líneas, Bolívar, junto al alféizar de aquel mirador, debe haber contemplado a Bogotá tendida a sus pies... Sintiendo revolotear en su mente el amargo verso del Dante: "Nessun maggior dolore..." ¿recordó entonces los días juveniles, cuando contemplando a Roma desde el Aventino, concibió su epopeya libertaria y redentora? ¿Recordó los días de madurez gloriosa en que desde los miradores de plata, desde las heladas cumbres de los Andes, vió su sueño de Roma realizándose sobre América libertada? ¿Descendiendo al crepúsculo por las empedradas rampas del alto mirador, fuése entonces a escribir una de aquellas cartas tristísimas que parecen alumbradas por el espectral fulgor de su estrella en descenso y entre cuyas líneas se arrastra un lamento del Eclesiastés? Una carta como aquella dirigida a Santander:

"por doquiera me asustan los espantosos ruidos de las caídas; mi época es de catástrofes: todo nace y muere a mi vista como si fuese relámpago..." "No, amigo mío, no puede ser: ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme en ir a esconder mi cabeza sobre las tinieblas del olvido y del silencio, antes que del granizo de rayos que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mí uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada..." "Bonaparte, Castelrealgh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Iturbide, San Martín, O'Higgins, Riva-Agüero, y la Francia, en fin, todo cae derribado o por la infamia o por el infortunio, ¿y yo de pie? No puede ser: debo caer."

Esa ola de pávida elocuencia, que tiene frémitos de trueno y ardor de profecía, acude a mi memoria, la conturba y luego de ella se exhala, rodando sus truenos cóncavos por los ámbitos todos de la mansión heroica.

Y luego con las últimas luces del crepúsculo, de los negros pinos centenarios; de la casa envuelta en penumbra inquietante como de "maison hantée"; de las piedras musgosas, de la vetustez, de la ruina, de la sombra, pareció exhalarse y penetrar en mí la ráfaga glacial de una lamentable certidumbre.

Torné a evocar las estatuas yacentes, los númenes, incorporados al mármol y a la paz de sus mausoleos, de Napoleón y de Wáshington, aquél transfigurado en el éxito de su ambición satisfecha hasta poner coronas de reyes en la frente de sus soldados; éste durmiendo, cabe la fuerza y el poderío del pueblo por él libertado, como un Faraón en el seno de una pirámide inconmovible y eterna.

No así Bolívar, cuya obra no era sólo la redención de América, libre del yugo extraño, sino la unificación de América, fortalecida por vínculos que afirmaran esa libertad y la hicieran invencible de los peligros futuros que su iluminación ya preveía.

De entonces a acá, del Norte, donde rugió el mar de sombras que se tragó a Atlántida, de quien Platón recogiera un último suspiro, llegan las intermitentes embestidas, como periódicos terremotos que van menoscabando la libertad de nuestra América, soñada por Bolívar invencible en su unión... El Leviatán devora territorios, islas, litorales; el lugar mismo, equidistante corazón del continente latino, donde debía celebrarse el congreso anfictiónico, echando para siempre los cimientos de la inconmovible fuerza futura es, a su vez, devorado por las viscosas fauces.

¡Y entretanto tiemblan en voluntario aislamiento las naciones de América que podían juntas y unidas erguirse soberbiamente en la confianza de su fuerza!

¿Qué mucho, pues, que en esta Quinta, que es el relicario de la tristeza de Bolívar, vague su espíritu entre las ruinas de su obra trunca y desplomada, como implacable alma en pena?...

Así vagará mientras no sea aplacada por el supremo sacrificio propiciatorio que anhela su númen.

No dormirá sino sobre el vasto bloque del único mausoleo, digno de su grandeza, que pueden edificarle nuestras manos. Sólo la Unión latinoamericana coronará su obra y cumplirá su testamento, aquietando su alma y las zozobras de sus hijos...

¡Bolívar no puede dormir mientras su América tiemble!

Bogotá, 1919.

ALQUIMIA

Eres inverosímil como una conjetura,
y tentadora como la ondulación de un seno...
Muerdes en la palabra... y hay en tu mordedura
una ignorada alquimia de miel y de veneno!...

¿Por qué voy hacia tí... si te conozco tanto?...
¿Sibaritismo? ¿Oculta delectación suicida?
No sé, pero la llama de tu capcioso encanto
enciende el deleznable acero de mi vida!...

Y pues químicamente vengo pensando, escucha;
cuando mi vida caiga vencida en esta lucha,
recoge el cuerpo mío, víctima de tu amor...

Y ordena, desde la amplia cartuja de tu encierro,
que de mi pobre sangre extraigan todo el hierro,
y hagan con él horquillas para tu tocador!...

Agustín ACOSTA

La piña, panacea universal

Durante estos últimos años se ha venido haciendo experimentos para conocer los efectos medicinales de las frutas, y muy especialmente en lo que pueden ayudar a la digestión, y se ha comprobado que en este respecto no hay fruta tan valiosa como la piña americana.

Uno de los experimentos que lo comprueban consiste en poner una raja de piña sobre un bife. Al cabo de muy poco tiempo se pone la carne blanda hasta bastante profundidad como si estuviera digerida. En la fabricación de ciertas gelatinas alimenticias, se emplea por eso la bromolina, que es el principio activo de la piña.

Además de esto, el jugo es muy bueno para casos de difteria, porque ejerce una poderosa acción diluyente de las excreciones, tales como la membrana diftérica. Aplicado con hisopo o con un pulverizador, el tiempo de contacto con la excreción no es suficiente para que la disolución sea completa; pero si para ablandar las excreciones y facilitar su desprendimiento. También ablanda las epidermis callosas, aunque algo más despacio que el ácido salicílico. Una rajita pequeña aplicada a un callo, lo ablanda de tal modo en el espacio de ocho horas, que se puede arrancar de cuajo sin dolor ninguno.

Una cosa rara

Un comandante dió en la monomanía de adelantar las horas de comer todos los días.

—Si sigue usted así—le dijo su asistente—llegará usted a comer con un día de anticipación.

—Eso no importa—contestó el comandante.

—Pues yo creo que sí, porque si se amplía la medida a todo se llegará a morir la víspera de su muerte.

Colaboración espontánea

¡Gracias!

Para FRAY MOCHO

Cansado de sufrir, en esta vida,
los combates más recios de la suerte,
invoqué la presencia de la muerte
llena mi alma de pasión suicida.

. . . .
. . . .

Te vi una tarde. Se calmó mi herida;
ante tus ojos me sentí más fuerte.
Los dos nos comprendimos. Con tenerte
volvió a surgir mi inspiración florida.

Prendado de tu amor, de tu belleza,
ahuyenté la maléfica tristeza,
con la luz de mis cánticos triunfales.

Y hoy, uno del otro entrelazado,
recordando mi horrísono pasado,
me siento el más feliz de los mortales.

José CONSTENLA.

He besado tus labios

He besado esos dulcidos labios
que bordean tu boca encendida,
y te he dado en el beso mi alma
y me has dado en el beso tu vida.
Al llevar a los tuyos mis labios,
al sentir en tu boca la mía,
una voz desde el fondo del alma
parecióme, muy quedo, decía:
"No profanes, mortal, ese templo,
donde un tierno beso aun virgen anida."

He besado esos labios purpúreos,
he libado su dulce ambrosía,
y aun parece que siento aquel roce
de tu trémula boca en la mía.
Al calor de tus tiernas miradas,
al temblor de tu voz conmovida,
al apremio de tu húmeda boca
y al sentirse en mis brazos caída,
desoyendo la voz de mi alma,
robé el tierno beso que diste vencida.

Juan Carlos ZULOAGA.

Soñé una noche...

Soñé una noche que a la luz primera
del astro del dolor, junto a una losa,
contemplaba el lugar en que reposa
la que alegró mi infancia pasajera.

Y de los aires, pálida viajera,
vi bajar una sombra misteriosa,
como la espuma blanca y vaporosa
que detuvo a mi lado su carrera.

Acercóse y me vió con dulce anhelo:
yo estaba absorto y ella sonreía;
besó mi frente y recobró su vuelo.

¡Bienhechora visión! Desde ese día,
"allí está", digo siempre, viendo el cielo...
¿Cuándo vuelves a verme, madre mía?

Guido Ademaro GUIDI.

La tarde

Huye la tarde; el astro que declina,
de cambiantes de luz llena el espacio,
y en el bosque, en el llano y la colina
quiebra sus rayos de color topacio.

Dulce, atrayente languidez presenta
la tarde cuando se recoge breve,
y la alta cumbre majestuosa ostenta
fugitivo esplendor sobre la nieve.

La noche esquiva su reinado empieza,
el campo taciturno se ensimisma;
yo, que huyo del horror de mi tristeza,
me encanta la tristeza en que me abisma.

¡Ah! yo formulo mi doliente queja
ante el cansancio que a mi vida hiere...
¡Morir en tanto que la luz se aleja!
¡Morir en tanto que la tarde muere!

Teófilo C. CHIESA.

Ensueño en una noche de verano

Para la señorita Julia Alvarez, cariñosamente.

Santificaron tus besos rumorosos
las moradas llagas de mis ojos,
y fueron tus sagrados labios rojos
acunando mis ensueños silenciosos...

Acallaste mis canciones dolorosas
con la agónica ternura de tu voz:
fuiste Ruth, la moabita, a tu Booz
le ofrendaste las dulzuras de tus rosas!

... Se adurmió la luna en el boscaje
y éste calló su cántiga salvaje,
como temiendo perturbar su sueño...

¡Y partieron nuestras almas sensitivas,
como blancas Esfinges pensativas,
en el blanco esquife de un ensueño!...

Fernando S. AMIEVA.

RECLAMOS DE PINTORES

Algunos artistas extranjeros no reparan en los medios para atraer la atención del público sobre sus cuadros.

El ardid predilecto de un conocido pintor inglés, famoso por las hermosas mujeres que figuran en sus cuadros, es pagar a la modelo más bonita para que se pase los primeros días de exposición cerca del cuadro en que aparece pintada. Los visitantes no dejan de fijarse en el parecido del original y del retrato, y no pasa mucho tiempo sin que todo el mundo hable del cuadro.

Otro artista envía a las exposiciones tres individuos de aspecto excéntrico, vestidos a la última moda yanqui, para que se pasen el rato yendo hacia atrás y hacia adelante ante el cuadro, contemplándole con aire misterioso. Cuando se para alguna gente empiezan a discutir en voz alta los méritos de la pintura, y, naturalmente, los espectadores no dejan de interesarse inmediatamente por el cuadro.

En una de las últimas exposiciones de Londres, cierto pintor expuso una extraordinaria cabeza de estudio de mujer. En el lienzo se veía la cara de una bellísima joven con ojos excepcionalmente grandes y luminosos y cutis de una palidez mortal.

Circuló la historia de que aquel era el último cuadro que pintaría el artista, porque estaba locamente enamorado de su bella modelo, y ésta se hallaba en el último grado de la tuberculosis. Esperábase que muriera de un momento a otro y el apenado pintor dejaría de pintar para siempre y marcharíase al extranjero. La triste historia impresionó tanto al público, que acudía en grandes masas a contemplar el lienzo de la joven moribunda. Su pálida y sugestiva faz prestaba color de realidad al cuento, y todo el mundo lo creía verídico. Si lo era o no, es cosa que no se ha llegado a saber, pero lo cierto es que el artista apesadumbrado ha seguido exponiendo lienzos en las exposiciones.

CONSUELO



—Acabo de leer que se ha vendido un cuadro de Degas por 320.000 francos, y por ese cuadro le habían pagado al autor, cuando era joven, sólo 750 francos.
—Ya ves como es mejor que no nos compren los cuadros.

Una vez se presentó en una exposición un cuadro entre cuyos detalles figuraba un sobre con su sello de correos, tan maravillosamente pintado, que alguien acusó al artista de haber pegado un sello verdadero en el lienzo. Por espacio de varias semanas hubo acaloradas discusiones a propósito del sello, y por fin se reveló el secreto del artista. El sello estaba pintado, pero el pintor se había valido de una poderosa lente de aumento para copiarlo con tan extraordinaria riqueza de detalles. El incidente "hizo el reclamo" de la obra, la cual fué adquirida a buen precio por un yanqui.

Aun algunos artistas famosos no desdeñan los poderes del reclamo juicioso.

J. Collier y C. M. Q. Orchardson, artistas ambos de mucho renombre en Inglaterra, suelen presentar cuadros enigmáticos que despiertan grandemente el interés público.

En la exposición de la Academia de Londres, celebrada hace algunos años, dió mucho que hablar un cuadro del segundo de los dos artistas citados. Se titulaba el lienzo "Su hora más negra", y representaba un joven vestido de frac, con el rostro macilento, y expresión abatida, sentado en un aposento muy sombrío.

Todo el mundo trataba de hallar la solución del problema, suponiéndose que todo el misterio estaba en una carta de amor rota, y en un abanico que yacían a los pies del joven.

Mr. Walter Crane, otro artista famoso, atrae no poco la atención por la originalidad de la firma.

En todos sus lienzos se ve una gran C, y dentro de ella una grulla sobre una pata, en actitud cómica y meditabunda. Hay que tener presente que Crane, apellido del pintor, quiere decir grulla en inglés.

Otro artista pinta en un ángulo de sus cuadros un diablillo negro, haciendo una mueca, y la firma de Mr. M. L. Wyllie parece una empalizada rústica.

El más bello poema

(Versión de J. González Alonso)

El más bello poema es la vida, la vida que se lee al tiempo de componerla, donde el numen y la conciencia se alían y ayudan mutuamente; la vida que tiene conciencia de ser un microcosmos y que representa ante Dios la repetición en miniatura del poema universal y divino. Sí: sé hombre, esto es, sé naturaleza, sé espíritu, sé la imagen de Dios, sé lo que hay de más grande, de más bello y de más elevado en todas las esferas del sér: sé una idea y una voluntad infinita, una reproducción del gran Todo. Y sé todo esto no siendo nada, borrándote, dejando entrar a Dios en tí como el aire en un espacio vacío, reduciendo tu "yo" egoísta a no ser más que el continente de la esencia divina. Sé humilde, recogido y silencioso, para escuchar en el fondo de tí mismo la voz sutil y profunda; sé espitual y puro para entrar en comunión con el espíritu puro. Retírate con frecuencia al santuario de tu conciencia íntima, vuelve a entrar en tu "puntualidad de átomo" para emanciparte del espacio, del tiempo, de la materia, de las tentaciones y de la dispersión; para escapar de tus órganos, de tu propia vida; esto es, muere frecuentemente, e interrógate en presencia de esta muerte como preparación a la última muerte.

Federico AMIEL.

La lucha del agua contra la tierra

La obra destructora del mar no cesa un momento. En su furioso combatir de siglos y más siglos, el mar va royendo poco a poco los continentes, alterando el perfil de las costas, perforando istmos, socavando acantilados, y, en una palabra, tragándose la tierra firme. Unos centenares de siglos más, y, según la opinión de geólogos autorizados, el agua habrá vencido en su lucha contra la tierra, nivelando totalmente el planeta. De la transformación que éste viene sufriendo bajo la acción del mar, es ejemplo el Canal de la Mancha. Al decir del sabio Lavalley, hubo un tiempo en que Francia e Inglaterra estuvieron unidas por un istmo, de igual suerte que España y Africa. El borde sudoeste de dicho istmo se elevaba a la altura de las rompientes de Folkestone o de Blanc-Nez, y se hundía en las aguas por una escarpadura, continuación de las que se dan frente hoy en ambas naciones. El istmo se deprimía en dirección nordeste con pendiente suavísima, hasta llegar al nivel del mar del Norte. La base de la escarpadura del sudoeste, minada por el mar, retrocedió, y atacadas a su vez las rocas, fueron éstas desmoronándose por trozos sucesivos, hasta que el entero istmo se hundió en el seno de las aguas, quedando creado por la Naturaleza el Canal de la Mancha, así como un hundimiento análogo determinó el Estrecho de Gibraltar. No están muy conformes los geólogos acerca de la antigüedad de la separación de Francia e Inglaterra, como no lo están tampoco respecto de la de Europa y Africa; pero predomina la creencia de que en la época cuaternaria, el hombre primitivo podía pasar a pie enjuto desde el continente europeo al africano, y desde Francia a Inglaterra. Esto ocurría, a juicio de los referidos hombres de ciencia, 650.000 años antes de la época geológica actual; ayer, como quien dice, dada la respetable ancianidad de que estos no menos respetables señores atribuyen al globo terráqueo. Pero volvamos a nuestro asunto.

Decíamos que el mar va tragándose poco a poco la tierra. Hay naciones, cual Inglaterra, que en pocos siglos han perdido, por esa causa, buena parte de su territorio. Un castillo británico, entre Ribble y Dee, que se encontraba hace cincuenta años a 800 metros del mar, se halla hoy a dos metros escasos; dentro de poco, estará en el agua. Entre las Sorlingas y Land's End, había en tiempos un territorio de 227 kilómetros cuadrados, en extremo poblado y en extremo piadoso, puesto que contaba con 140 templos con otras tantas ciudades o aldeas. Hoy, ese territorio está convertido en unas desoladas marismas. El ducado de Cornualles tenía en tiempos de Eduardo I (siglo x) una superficie de 600.000 hectáreas; en 1776, habíase ya reducido a 388.000 hectáreas; en la actualidad, la superficie de dicho ducado es de 335.000 hectáreas. En Selsea (Sussex), los barcos anclan hoy en lo que hace cien años era magnífica posesión abundantísima en caza.

Y no es esto todo. En el condado de Suffolk se encuentran cinco pueblos mencionados en la Historia, que ahora no parecen por parte alguna. Por lo que respecta al Yorkshire, las localidades tragadas por el mar ascienden a doce, habiendo sido rapidísima la desaparición de algunas de ellas. Sólo en un año, Dunwich perdió 400 casas. Así ocurre, que recorriendo las costas inglesas durante la marea baja, se distinguen, ya los restos de un bosque o ya los de una ciudad, lo que ha dado origen a sinnúmero de leyendas fantásticas parecidas a la famosa del Rey de Is, en la Bretaña francesa. Y así es cómo la nación que hoy es señora de los mares, tendrá a éstos, andando el tiempo, por sepultura.

El limón como bactericida

Un eminente bacteriólogo japonés ha comprobado que los ácidos cítrico y málico contenidos en el limón, en la manzana y en otras frutas, pueden destruir toda clase de gérmenes patógenos.

Tanto el zumo del limón como el de la manzana, aunque estén muy diluídos, matan en quince minutos los gérmenes del cólera y en media hora los de la fiebre tifoidea.

La prueba es fácil de hacer. Si se exprime un limón en un vaso de agua que contenga gérmenes del cólera, puede beberse el agua al cabo de quince o veinte minutos con perfecta impunidad, porque todos los gérmenes habrán muerto.

Los citados jugos matan también los gérmenes de otras enfermedades, por cuya razón a los individuos que tienen necesidad de lavarse el estómago se les puede aconsejar que, en vez de someterse a la operación, beban zumo de naranja, con el cual conseguirán lavarse el estómago tan perfectamente como con el tubo del aparato que usan los médicos, siempre que no se padezca catarro gástrico. En este caso no hay más remedio que emplear el tubo para quitar las mucosidades que se adhieren tenazmente a las paredes del órgano, pero en los casos corrientes de biliosidad, lengua sucia, mal olor de boca y dolor de cabeza, la dieta de frutas resulta un purificador maravilloso.

La Mala Real Inglesa, no es mala: es buena

Y tan buena que sirve de comparación para las grandes compañías de navegación. Lo que pasa es que se ha traducido como suena. "The Mail Royal": El Real Correo, (Mail, maleta, posta), por la Mala (Mail) Real Inglesa. Y tan tranquilos y tan corriente.

EL BUEN DIOS



—Mira, hija mía, cuántas flores nos da Dios.
—Deben de haberle dicho que papá te regaló dos floreros el día de tu santo.

SU RETRATO

por Mauricio LEVEL

¿Y bien, qué dices?

El señor Tron permanecía inmóvil, pensativo, con las manos cruzadas a la espalda, la frente inclinada, balanceando la cabeza con movimiento rítmico y lento, fruncidas las cejas, frente al retrato de su mujer, que le sonreía desde el marco.

Después de algunos minutos de este mudo examen, el pintor repitió su pregunta:

—¿Y qué decís?

El señor Tron, sin dejar de mirar la tela, respondió con voz suave:

—Sí, es bonito...

—No me parecéis muy entusiasmado...

—¡Oh! Sí... sí... Sólo que...

—¿Sólo qué? — interrogó el pintor.

—¡Oh! — dijo el señor Tron algo turbado — es muy bonito, muy bonito... Lo único es que no encuentro a mi mujer tal como la conozco, tal como la veo...

—¿No está parecida?

El señor Tron retrocedió un paso, inclinó la cabeza, y poniendo su mano como pantalla delante de sus ojos, convino que sí, que estaba parecida.

—¿Y entonces?

—No sé... Ella es, sin ser ella.

Vamos — dijo el pintor sorprendido, — no os comprendo.

—Ni yo tampoco — continó distraídamente el señor Tron.

—Esperad, aproximémonos por este lado, para que veáis el cuadro con buena luz... vamos a detallarlo, ¿queréis?

El señor Tron hizo signo de asentimiento, porque quería descubrir qué detalle, qué error le quitaba el parecido.

Comenzaremos por los ojos — dijo el pintor... — mirad esos ojos azules, de un azul gris, de mirada profunda y de cambiantes reflejos... los ojos dan casi toda la expresión del rostro, son como una puerta entreabierta del alma y por donde se puede ver cruzar el pensamiento. Ya véis cómo están muy exactos con su mirada indecisa, sus pupilas húmedas, las pestañas negras y crespas y los delicados párpados, por los que se transparentan las venitas azules. Hélos aquí, tales como como son, bajo el arco prolongado de las cejas. En fin, vos podréis juzgar mejor; voy a ocultaros lo demás del rostro, esperad... sabréis sin duda que las árabes no se muestran de otro modo y sin embargo se las reconoce sin dificultad.

—Sí, — dijo el señor Tron — nada falta a los ojos, y seguramente no es ahí donde está el error.

—Bueno, la nariz ahora. Recta y un tanto corta. Hay narices risueñas y tristes, pero ésta no es ni una ni otra. Es una naricita picaresca, inteligente y curiosa. Examinadla un instante... ¿No os parece ver palpitar sus diáfanas ventanillas?... Y más arriba, la bien dibujada frente, delicada y blanca sobre la que cae el cabello con algo de timidez...

Por segunda vez el señor Tron movió la cabeza.

—Incontestablemente, esta es la verdad. Es su misma nariz, su misma frente... y sus mismos cabellos. Hasta aquí, todo es de una semejanza y exactitud perfectas... Y sin embargo!...

Hizo crujir sus dedos y agregó:

—Tiene algo.

—Continuemos—dijo el pintor.—Mi retrato me da de un modo perfecto la impresión de la realidad de la vida, no creo haber hecho otro mejor, y cuantos lo han visto son de la misma opinión. Vuestra esposa está encantada.

—¡Oh! — dijo el señor Tron. — Las mujeres se encantan siempre con un retrato que las embellezca.

—Perdonad, pero éste no le hace favor ninguno. Encontraréis en él todas las pequeñas imperfecciones que puede tener el rostro de vuestra esposa... Por ejemplo, ¿habéis notado que la señora Tron tiene un ojo ligeramente más chico que el otro?

—Sí, es verdad... No me había fijado.

—Pues vedlo, aquí está... Os advierto que os lo pregunto para ver el modo de arreglar mi opinión a la vuestra, si es que ella me parece fundada.

Lo más difícil en un retrato es la boca, y ésta es particularmente dificultosa de delinear. El dibujo es puro y preciso, pero tiene una extraña movilidad de expresión. Para examinarla he necesitado días de observación y trabajo; he pasado horas enteras sin dar una pincelada, conversando con vuestra mujer, tratando de encontrar ese rastro que pudiera acentuar la expresión de sus labios... A fuerza de ensayos y de estudio he llegado al resultado que quería obtener, o al menos creo haber llegado a él.

Es incontestable que si hay algún defecto es ahí donde lo encontraréis, a pesar de que todo es preciso, y que el dibujo os muestra los labios redondeados de comisuras profundas y de un colorido que los hace húmedos, ardientes y carnosos...

—Es sorprendente — murmuró el señor Tron.—A medida que habláis me veo obligado a convenir que tenéis razón: no encuentro la menor objeción que haceros; fracción por fracción, es mi mujer, pero en el conjunto hay no sé qué de más o de menos que me la cambia. Si fuera conocedor, tal vez podría explicar mejor mi pensamiento.

Se quitó sus anteojos, y limpiándolos cuidadosamente, con su pañuelo, continuó:

—Me expreso mal, sin duda. Tal vez esto os hará comprenderme mejor; si me encontrara de improviso delante de esta tela, me diría: es prodigioso cómo se parece a mi mujer. Pero no tendría la sensación de que es ella. ¿Me comprendéis?

—No mucho — dijo el pintor... — Inútilmente lo examino y no encuentro nada; la línea de la barba, autoritaria aunque suavizada por ese pequeño hoyuelo, la redondez y el aterciopelado de las mejillas, la transparencia de las orejas, donde los diamantes brillan como dos gotas de agua límpida; los matices ardientes de los cabellos, donde las sombras ondulan con inesperados reflejos leonados o cobrizos, y el colorido del conjunto, todo, en fin, ¿no es brutalmente verdadero?

Y ved cómo la figura se destaca de la tela! y cuán admirablemente se armoniza al fondo de los tonos rosados!... y con cuánta seguridad descansa la cabeza sobre los hombros, en una actitud atrevida, sencilla y familiar a la vez...

El corpiño claro donde la degradación de tonos pasa del azul pálido, casi blanco, hasta el azul pastel, iluminado por el suave rayo del sol. ¿Y las manos?... No son absolutamente manos dibujadas y plantadas de cualquier modo. Son unas manos de dedos finos, con uñas rosadas y bonitas. No, francamente, no sé qué es lo que os choca...

El señor Tron, observando siempre, silbaba una canción mientras se respondía a una multitud de preguntas que interiormente se dirigía. Y pensaba:

—Lo que me dice este artista es sólo la verdad... Tal vez, sin saberlo, me obstino como un estúpido...

La tensión de espíritu lo hacía congestionado y el sol, que reflejaba en los vidrios, enrojecía sus orejas, y en su frente brillaban gruesas gotas de sudor.

Mientras reflexionaba, la puerta del taller se abrió y entró una mujercita ligera y alegre, de nariz picaresca y ojos risueños, y tan parecida al retrato, que se habría dicho que había surgido de la tela.

El señor Tron se quedó con la boca abierta.

—¡Ah! — exclamó el pintor! — Llegáis a tiempo. Hace un rato que discuto con vuestro marido; ¡figuraos que no os encuentra parecida.

La señora Tron volvió la cabeza hacia su marido y a sus ojos descendió una expresión de desprecio y lástima. Con un gesto que quería decir mucho, alzó los hombros...

En ese momento ella estaba junto al cuadro y el pintor se quedó mudo de sorpresa, porque a su vez él no reconocía absolutamente a su modelo.

Mientras tanto, el señor Tron, ya sereno, declaraba triunfante:

—¡Ya lo véis cómo se parece! ¡Esa es la expresión que siempre he conocido a mi mujer!

INEXPLICABLE



—¿No sabe usted por qué llevo estas condecoraciones?
—No; nadie lo sabe en todo el mundo.

El cuadro de mayor precio

No todos supondrán que el cuadro que mayor precio ha alcanzado no pertenece a ningún pintor de estos tiempos, sino que se remonta a la época de Alejandro el Grande, el cual pagó al pintor Apeles una cantidad equivalente a 5.275.000 francos por un retrato.

El rey aparecía con un haz de rayos en la mano, tan bien hechos, que al decir de Plinio parecía que iban a salirse del cuadro.

Tanto gustó el retrato a Alejandro, que mandó colocarlo en el templo de Diana, en Efeso, y desde entonces prohibió que nadie le retratase más que Apeles.

El artista pintó después un retrato ecuestre, que al pronto no gustó al monarca; pero, mientras estaba examinándolo, dice Plinio que pasó un caballo y relinchó al ver al congénere pintado, tomándole por vivo, lo cual dió a comprender al pintor que el animal entendía más de pintura que Alejandro.

Los pozos santos

Los irlandeses recibieron el cristianismo a principios del siglo IV de manos de San Paladio, pero no se propagó por la isla hasta el siglo V gracias a San Patricio, verdadero apóstol de Irlanda. Aquella apartada tierra no tardó en ser apellidada la "isla de los santos" por su religiosidad; pero el cristianismo no pudo transformar de un modo bastante completo las costumbres de los irlandeses. Hombres de raza céltica, tenían todas las buenas cualidades y todos los defectos de los celtas, y aún hoy conservan ciertas costumbres y creencias primitivas como por ejemplo la de los pozos santos, a los que acuden en ciertas épocas los peregrinos y rezan determinadas oraciones ante el tronco de los árboles que rodean los pozos, donde dejan colgados ropas y efectos a modo de exvotos.

LA SONRISA DE LEONARDO

por Manuel DÍAZ RODRÍGUEZ

¿Es a Marco d'Oggionno o a Cesare da Sesto a quien ve Leonardo por debajo de su redondo birrete florentino, sobre los amplios y duros pliegues de su ropón de nítido Carrara? En verdad, ya no recuerdo si él ve de preferencia a uno de los cuatro discípulos de su predilección apoyados al pie de su escultura, ni siquiera si el escultor quiso imprimir a la imagen del maestro el carácter del artista, cuyos ojos divagan por lo azul, absortos en la visión de las eternas pautas, o el carácter del sabio, cuyos ojos no se alzan de la tierra, empeñados en descifrar, a través del alma de las cosas, el misterio de la vida.

Pero, a dondequiera vuelva el escultor los ojos de la estatua, sí recuerdo muy bien que cuantas veces me era indispensable pasar al pie del monumento, y eso era a menudo, por hospedarme a dos pasos de ahí, yo hubiese jurado que los ojos de Leonardo me seguían con miradas entre compasivas y burlonas. Acaso el maestro me reprochara mi veleidad, mi cambio, mi compañera, mi pronto olvido de la enseñanza admirable que rebosa de su apotegma sabio pero cruel: "e se tu sarai solo, tu sarai tutto tuo". O quizás el maestro se ensañaba contra mis nuevos propósitos de vida que, si bien muy ocultos en lo hondo de mi corazón a los ojos mortales, no se esquivaban de seguro a su mirada extraterrena. Reconocíame reo de haber quebrantado un gran precepto leonardino, pero ¿qué iba yo, insignificante, obscuro y tosco obrero de la palabra, a merecer por ello la ironía del maestro sin par de la Cena y de la Virgen de las Rocas? Los ojos del maestro, abiertos al porvenir, consideraban tal vez con sonrisa paternal mis nuevos propósitos adversos al arte y la literatura. Pasaba yo entonces por una súbita crisis de seriedad y ponderación burguesa. Atento sólo a esbozar planes prácticos de vida, acababa de volver a Milán, a donde fuí a tratar y conversar exclusivamente de negocios con un banquero milanés, interesado en los proyectos de colonización de una compañía ítalovenezolana. Lo que no acierto a explicarme, sin embargo, muy bien, es por qué, a pesar de mis propósitos, cargaba empezado un primer capítulo de novela en el fondo de una valija.

Desgraciadamente, como ya era avanzado el verano cuando llegué, el señor banquero se hallaba ausente de Milán, veraneando por los lados de la frontera suiza, en Madésimo, lugarejo de los Alpes encaramado, casi a la orla de las nieves eternas, en lo alto del Spluga. Ansioso de fijar de una vez el nuevo rumbo de mi vida, resolví continuar viaje has a Madésimo. Apenas me detuve lo necesario a mostrar a mi compañera la ciudad, que ella no conocía, y yo amaba tanto, por su cordialidad casi española. Saboreaba la dulzura de los recuerdos, apercibido a no dejarme vencer de la irresistible seducción de las cosas del arte. Propiamente la seducción no estaba en la belleza misma, en las mismas cosas del arte, sino en el poder de evocación de la memoria que, al evocar en la faz de las obras maestras mi propio despertar a la vida, me representaba el falaz consorcio de la eterna belleza con la primera sonrisa de mi juventud. ¿Surgiría de ahí la insistente burla de Leonardo? Con dulces dejos de añoranza, melancólico y tímido, pasé de nuevo ante la sobrenatural expresión mística del Jesús, frente al candor impecable del Sposalizio, a la sombra del bosque de mármol de la catedral, desde cuyos excelsos ápices emprende la ascensión de la gloria todo un pueblo de héroes, de artistas, de santos, presididos por la dulce efigie beata de la Reina del Cielo.

Mas, el verdadero peligro de seducción no se hallaba tampoco en el recuerdo, ni en la página de gloria de las obras maestras del arte, sino en mi propia juventud y en la belleza del camino. Y eso era tal vez lo que decía la mirada burlona de Leonardo. Yo ignoraba que me fuera imprescindible recorrer en toda su extensión el riente lago de Como para enderezarme al Spluga. Y no hay, en luna de miel, más inseguro itinerario para ir a parte alguna a hablar con nadie de negocios. A mi juventud, que iba del brazo del amor, se le preparaba la prueba de luchar contra todas las tentaciones del paraíso. Porque para ella fué encontrarse a las puertas del paraíso nuestra llegada a Como, la ciudad en flor, laboriosa y pequeñita, al extremo suroeste del lago; la incansable tejedora, minúscula y popular, que se da, en su coquetería, el muy caro gusto de beber el agua de los Alpes en la mejor labrada copa de la tierra.

Aquí, como en casi toda Italia, no se sabe jamás de fijo si la obra de arte es continuación de la naturaleza, o si la naturaleza continúa la obra de arte. La belleza ambiente parece necesaria a las pinturas de Luini que esplenden en la catedral, como estas pinturas parecen a su vez necesarias a la belleza de las cosas. Arte y naturaleza coexisten en tan perfecta comunión, que las telas del Luini y del Ferrari surgen, entre las flores de la tierra, como otras flores, de eterna fragancia, pero de un mismo jardín.

Al salir de Como, después de pasar, a la derecha, debajo de Brunate, empinado en el cerro a ver hacia el Monte Rosa, o a mirarse a sí mismo en el espejo del agua azul, no bien se traspone la punta de Geno, se descubre en toda magnificencia a los ojos el delicioso jardín lombardo. A la orilla misma del lago, o cuesta arriba, aldeas y "villas" numerosas, tal vez más numerosas y de seguro más ricas en este lago que en el Mayor las "villas" de la aristocracia milanesa. Por todas partes el olivo y la vid, el ciprés y el castaño. Todas las flores mezclan sus aromas y todos los árboles entrelazan sus follajes en la dulzura del vergel: de dondequiera que llegue la brisa, apenas toca en la molicie del agua trémula, o suspira en la ataraxia de la luz, no puede sino aquietarse y languidecer, hasta ponerse a dormir, borracha, o a soñar, enferma de mal de amores.

El máximo esplendor del paisaje se dilata hacia la Cadenabbia o Tremezzo, donde, irrumpiendo del medio de las aguas, el promontorio de Bellagio, como negra prora de bajel, parte en dos la ternura del zafi o. A la derecha sigue el brazo del Lecco, donde puso a vivir vida de amor conturbada a los protagonistas de su novela célebre el Manzoni, mientras el brazo de la izquierda, el de Como y el más bello sin duda, era precisamente aquel por donde nosotros íbamos, lago arriba, en la exquisita semiinconsciencia del encanto. Nada hay en el mundo tan bello, y ningún bajel tan propio como el bajel de tierra de Bellagio para el viaje del idilio. Embalsaman su flaneo derecho los bancales de flores de la "villa" Julia; tiene a su alcance a la izquierda los árboles y mármoles divinos de la "villa" Carlota, en la orilla oeste del lago; encierra atrás, en el remanso de las grutas de la "villa" Melzi el secreto de encantadas ninfeas; y, mientras adelante con la negrura de su proa parte en dos mitades resplandecientes el zafiro, se halla, arriba, aparejado y arbolado de infinitos masteleros de esmeralda en los cipreses de la "villa" Serbelloni.

Ahí, muy pronto, vendría mi corazón a poner a soñar sus sueños y a florecer su idiolio sobre el agua de turquesa, al claro de luna.

Cuando atracamos, en el extremo norte del lago, a un puerto de nombre desagradable a nuestros oídos, a Colico, para desde este punto continuar en ferrocarril hasta Chiavenna, ya sabía yo el secreto de la sonrisa de Leonardo.

Llegados a Chiavenna, encontramos que hacía rato partiera la diligencia del Spluga, y preciso nos fué alquilar cierta semblanza de carruaje, donde no sin dificultad acomodamos nuestras personas y maletas, para en seguida confiarnos a la merced y experiencia de un cochero, por sus tiernos años, en agraz, y del jamelgo único del tiro, un bayo de remos fuertes y nerviosos. Apenas comenzamos a trepar cuesta arriba, cuando a los viñedos y olivares de Chiavenna suceden tupidos bosques de castaños. A la sazón los árboles, debajo del follaje flamante y espléndido, se erizan de fruto. La carretera se desenvuelve subiendo en zigzag, desembarazada, límpida y monótona. El reglamentario y despacioso andar de nuestro carruaje exaspera esa monotonía. El noble amor al caballo, o el saludable respeto a ordenanzas muy justas, nos obligan a invertir cuatro o cinco horas para la misma vía que, al bajar, se desanda en tres cuartos de hora apenas. A medida que avanzamos, el espectáculo de la montaña se hace más noble y austero, particularmente en un sitio donde la piedra del cerro, desnuda, se tiñe de rojo. Los bosques de castaños nos van escoltando a lo largo de la carretera, para sólo desaparecer cuando empiezan los pinares de la cumbre. Y en el níveo frescor

que viene en alas de la brisa, llega a calmar nuestra jaqueca incipiente el alma del paisaje, la música innumerable del agua que sale cantando, cerca y lejos, del corazón de las rocas.

Más allá de Campo Dolcino, horadando la piedra, la carretera se hace túnel, para salvar después, a favor de un puente, el curso de un arroyo, y entrar, por fin, en el vallecito de Madésimo, al que en perenne y ceñido abrazo rodean las crestas alpinas, imponiéndole una fúlgida corona de glaciares.

En medio del paisaje roquero, hay algunas cabañas de pastores alrededor del "Stabilimento" u Hotel a donde vienen, en lo arduo del verano, tras un poco de frescura, o so pretexto de beber de un agua rica en hierro, personajes de Milán, de Florencia, de Roma, de toda la península; aparte de este edificio, otra casa, modesta compañera del hotel en importancia arquitectónica, y donde por sólo una noche hallaremos alojamiento precario; a la derecha y detrás de la casa, baja el agua en cascadas con tan alto rumor, que nos desvelará toda esa noche, y tan fresca a la mano, como si estuviera saliendo de la propia entraña del glaciar en aquel punto; y por último, encima y a la derecha de la cascada, parte, monte arriba, murmurando el pinar, hasta donde un lago alpino, en su único ojo azul, compendia el azul infinito del cielo.

Reinan tan intensos el frío y el cándido fulgor de nieve de los próximos glaciares, que el bochorno y la noche parecen cosa imposible en aquel vallecito. A mediados de julio, se está como al fin del otoño o al comenzar del invierno. Y a veces, por agosto, la nevada cae de improviso, ahuyentando a los veraneantes, y a los mismos pastores que se acogen desde luego con sus rebaños a la tibieza de la llanura.

El señor barón, o sea el banquero, su señora y sus tres hijos, todos estos de nombres disilábicos, aun sin conocernos ni saber de nuestro viaje sino a la llegada de nosotros, nos dispensaron cordialísima acogida. Como no se hallara espacio ni para un huésped más en el "Stabilimento", nos ayudaron a encontrar hospedaje efímero en la sola casa digna de este nombre, después de la casa de Hotel, y cuya dueña rústica, a nuestra simple demanda de otra cama, contestara a nuestras palabras, repitiéndolas en dialecto: "¡un alter lett! ¡un alter lett!", con tal extrañeza y en tono tal, como si le estuviéramos pidiendo nada menos que la corona de Saboya.

El banquero y su familia nos acompañaron esa tarde y al otro día á visitar los alrededores pintorescos, entre tanto nos presentaban, al azar de la ocasión, a los temporadistas ilustres. A las puertas del Hotel, y mientras a nuestra vista evocaba, con su gran corpulencia debajo del sombrero de alas prodigiosas, la procera y familiar figura de nuestro don Pedro Arismendi Brito, conocimos al gigantesco y envidiable artífice de la reducción económica del reino, al senador Luzzatti. Más tarde, lejos de ese punto, a la vuelta de un vago sendero, en la montaña, una sorpresa mayor nos reservaba el destino. Sospecho que el banquero imaginaba presentarnos a otro senador, cuando con amistoso ademán, y con un persuasivo y suplicante "onorevole", se dirigió desde lejos a un hombre, aunque bajo de estatura, de presencia imperiosa, que en dirección contraria venía, y, al vernos, por un instante pareció turbado, confuso, tal vez dispuesto a coger a campo traviesa, en el deseo de evitarnos. Por fin, a las ineludibles instancias del banquero, aquel hombre volvió a nosotros los ojos, fulgurantes en la cara formidable y bravía, y, con el gesto de quien tiene toda la concienza de su fuerza, tranquilo y como al mismo tiempo apercibido al ataque, se detuvo, plasmando en carne viva el soberano verso dantesco,

"A guisa di leon quando si posa".

Era Carducci. Al sonar del nombre me estremecí. ¿Carducci? ¿El poeta? ¿El autor del "Himno a Satanás?" ¿El maestro de las "Odas Bárbaras?" Mientras nos presentaba al poeta, y aun después, el banquero prodigaba de tal suerte a Carducci el "onorevole", el tratamiento de los senadores en Italia, que el poeta manifestó impaciencia, y yo me aventuré a dirigirmele, llamándole "maestro", para expresarle cómo él y sus versos eran admirados y queridos entre nosotros. Una centella de alegría rejuveneció sus ojos ya viejos de sesenta años, y entonces me hizo varias preguntas relativas a América. Fueron unas pocas frases, entrecortadas y breves, pues, minutos después, ya el viejo poeta, huraño y esquivo, desaparecía en un sendero del pinar, que nosotros más tarde seguiríamos también, hasta donde un soberbio tumulto de peñascos llena un claro del bosque. Fué una visión fugaz, como han de ser las visiones de la gloria, para que nuestra vulgaridad cuotidiana y creciente no las mancille.

Si al ascender al Spluga ya lo hacía con muy escaso deseo de ir a hablar de negocios, y luego con secreto agrado escuché al banquero exponer su pesimismo a propósito de las últimas noticias de Venezuela, ahora se me desvanecieron de súbito mis proyectos de negocios con la compañía de colonización ítalo-venezolana. Rehuí, por miedo a la seducción irresistible del arte, y entretanto pasaba el estío y regresaba el banquero, un viaje circular por la península, y he aquí que toda la vida de Italia, toda Italia, se había refugiado y condensado a latir como un solo corazón en la cima del Spluga. Porque toda la vida de Italia, toda Italia, la Italia una de la lengua y del espíritu, la que por vez primera abrió sus alas de águila sobre la cuna del Dante, la que se irguió y voló con ímpetu de alegría sobre el triunfo del Petrarca, en la luz del Capitolio, y, como en una insuperada cima, se posó a lanzar un grito doloroso y único en la joroba de Leopardi, acababa yo de verla palpitar sobre la rebelde greña lírica de una cabeza de león, en la frente de Carducci.

El monte, el paisaje, se animaron desde ese instante para mí, a través de los versos del poeta, con vida múltiple, nueva y maravillosa. Cada pino escondía una hamadríada; hadas y ninfas poblaban los aires y el bosque; y ondinas y náyades en theorías harmoniosas bordaban los remansos, cuando no se precipitaban, en cabalgata y con estrépito de walkirias, por cascadas y torrenteras.

Mientras, al regreso, bajábamos el Spluga, pensé por última vez, pero ya como en algo cristalino, transparente y luminoso, en la sonrisa de Leonardo. Y, cuando esa misma tarde pisaron nuestros pies la dulce tierra de Bellagio, mi corazón desbordaba, hasta romperse, de amor y poesía. Gracias al amor y a la poesía, era mi corazón un hermano gemelo de aquel divino lago de Como. Por ellos, todas las influencias, buenas o malas, todas las imágenes, de gracia o fealdad, al llegar a mi corazón cuajaban en rasgos de belleza, tal como las aguas, claras o turbias, de las vertientes próximas, al caer a serenarse en el lago, armonioso y profundo, sin cambiar de substancia, cambiaban, sin embargo, de esencia y de color, transfigurándose en alma de zafiro. El amor, la belleza, el arte, la vida, eran azules, y las mismas formas y fantasmas del odio tomaban, en el sereno lago de mi corazón, el color de los cielos.

Hoy, vientos de borrasca han asombrado el cristal con los légamos del fondo; hoy, todo el azul ha huído a refugiarse a la ribera, a las grietas de los peñascos, en la florecita evocada del poeta en su "Elegía del Spluga"; hoy, el acónito,

"perfido azzurro fiore, veste la gri-
[gia riva".

Cuando se empezó a tomar té en Europa

El té, la bebida popular en Inglaterra, no se aclimató allí hasta el siglo XVII.

Pepys, el cronista más concienzudo de su época, escribió: "El día 28 de septiembre de 1660, fué cuando tomé la primera taza de té".

El brebaje, de origen chino, puesto de moda por la reina Catalina de Braganza, esposa de Carlos II, apasionó a toda la corte de Inglaterra, y era tanto más apreciado, cuanto por su origen, era mayor su precio.

En el siglo XVII se vendía a 200 o 250 francos la libra, cantidad que representaría más de 1.000 francos hoy, si se tiene en cuenta la baja que en el término de tres siglos ha sufrido el valor relativo de la plata.

El precio de la mercancía no fué obstáculo para que el consumo aumentase, pero es muy probable que al principio las infusiones de una hoja que tan cara costaba no fueran tan fuertes como hoy.

En los primeros años del siglo XVIII, se acostumbraba a tomar té tres o cuatro veces al día, bebiéndose en cada sesión diez o doce tazas.

El obispo Gilberto Burnet se bebía veinticinco todas las mañanas. No hay que decir lo que le hubiera ocurrido al venerable prelado Salisbury si por entonces se hubiese acostumbrado a tomar la infusión en la dosis que la tomamos actualmente.

Estas orgías de agua caliente eran presididas por un ceremonial bastante complicado. Los bebedores de té se sentaban en torno de una mesa redonda, y cada cual, después de apurar su taza, se la entregaba a la dueña de casa. Si la cucharilla se dejaba en el platillo, era indicación de que no se quería tomar más, pero si se dejaba dentro de la taza valía tanto como pedir la repetición, lo cual daba motivo a escenas chistosas, porque a lo mejor iba a la reunión un provinciano o un extranjero que no estaba al tanto de la costumbre, y como dejaba siempre la cuchara dentro de la taza, veíase condenado a tomar taza tras taza y sobre ello poner cara de agradecimiento a la amable señora que se lo servía, aunque el agasajo resultaba peor que la tortura por el agua.

Para evitar confusiones de tazas y cucharas, éstas estaban numeradas.

De tan curiosa costumbre quedan todavía vestigios en algunas poblaciones de Inglaterra.

Medicina

ANOREXIA

Esta palabra, quizás poco empleada en el lenguaje común, es de etimogía griega y significa privativo de deseo. Y en su aplicación médica, es sinónimo de falta de apetito o repulsión de los alimentos; síntoma, en realidad, muy extendido y que puede responder a causas múltiples.

Sería extenderse demasiado, saliéndonos del marco que nos hemos trazado, enumerar, aunque sólo fuese alguna de ellas; sólo queremos referirnos a la falta de apetito producida por el mal funcionamiento del estómago y el de los intestinos, que son, a nuestro parecer, causantes esenciales de aquel síntoma.

El estómago no cumple su misión; entre otras causas por falta de jugos apropiados para la digestión de los alimentos; por debilidad de las contracciones musculares, por exceso de material ingerido o por la mala calidad de los mismos.

Los casos anormales enumerados, son, por otra parte, fáciles de evitar o curar, cuando ya producidos, mediante ciertos medicamentos, tan sencillos como de eficacia reconocida, y cuya acción debe reducirse: primero: a estimular la fibra gástrica, provocando secreción de jugos aptos y en cantidad suficiente; segundo: activar los movimientos peristálticos del estómago, anulando esa semipasividad tan nociva como molesta; tercero: como consecuencia conjunta de las modificaciones apuntadas, la eliminación de os residuos en tiempo oportuno y de modo natural.

Y no es necesario para todo ello, preocupaciones mayores, que molestan todavía más el funcionamiento de víscera tan importante, ni esperar que ella reaccione con sus medios propios. Basta sencillamente pedir auxilio al "Neomix", nueva y acreditada especialidad contra las enfermedades del estómago, para conservar o hacer retornar a su normalidad el trabajo de su estómago.

"Neomix" se halla en todas las farmacias.

Dr. M. C.

¡No basta cuidarse durante la enfermedad! En la convalecencia, es cuando el cuerpo reacciona con mayor intensidad, si el régimen alimenticio es realmente apropiado. 2 ó 3 copas diarias de

Malta PALERMO

El Extracto preferible a todos

favorecen la digestión de los alimentos en el más alto grado. Excelente fortificante, vivifica rápidamente el organismo y mejora la constitución de la sangre. No excita, cura por su alto valor nutritivo. La mejoría que produce en los convalecientes es, pues, de origen natural y por consiguiente segura y duradera. Si dudara, consulte su médico o pídanos los certificados.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERÍA PALERMO, S. A.

BUENOS AIRES

EN MONTEVIDEO:

JUAN MUSANTE

25 DE MAYO 701

